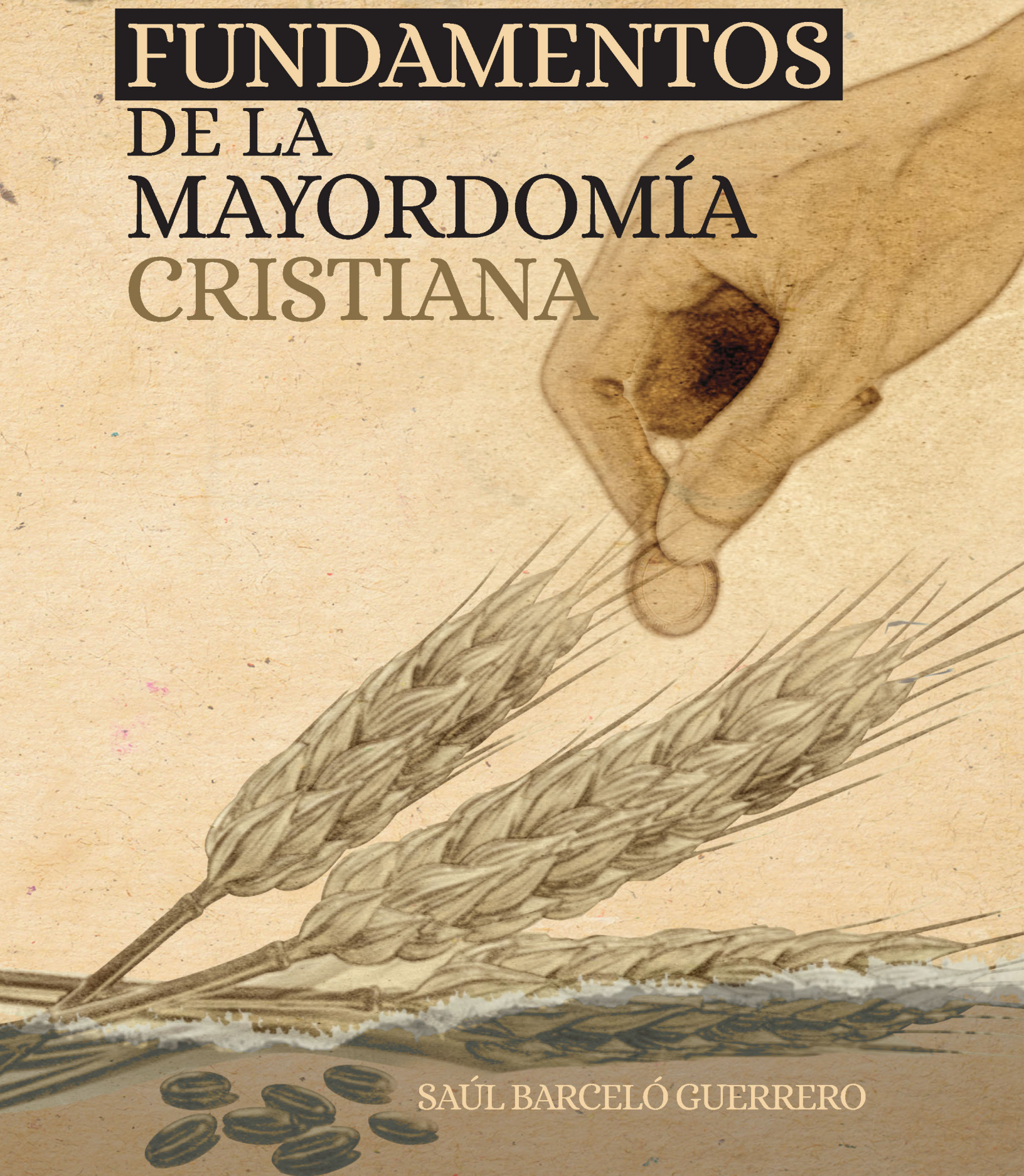


FUNDAMENTOS DE LA MAYORDOMÍA CRISTIANA



SAÚL BARCELÓ GUERRERO

FUNDAMENTOS
DE LA
MAYORDOMÍA
CRISTIANA

FUNDAMENTOS
DE LA
MAYORDOMÍA
CRISTIANA

SAÚL BARCELÓ GUERRERO

FUNDAMENTOS DE LA MAYORDOMÍA CRISTIANA
es una producción de:



IADPA

Inter-American Division Publishing Association®

2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.
tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente: **Saúl Andrés Ortiz**
Vicepresidente de Producción: **Daniel Medina**
Vicepresidenta de Mercadeo y Ventas: **Ana L. Rodríguez**
Vicepresidente de Finanzas: **Moise Javier Domínguez**

Dirección editorial
Jorge Luís Rodríguez

Revisión
Andrés Jiménez

Diseño, y portada
Kathy Hernández de Polanco

Diagramación
Daniel Medina Goff

Copyright © 2022

Inter-American Division Publishing Association®

ISBN: 978-1-78665-568-4

Impresión y encuadernación: **USAMEX, INC.**

Impreso en México / *Printed in Mexico*

1ª edición: noviembre 2022

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas (SBU). También se ha usado la Reina-Valera Antigua de 1909: **RVA**, la versión Dios Habla Hoy: **DHH** © SBU, la Traducción en Lenguaje Actual: **TLA** © SBU, la Reina-Valera Contemporánea: **RVC** © SBU, la Reina-Valera Actualizada: **RVA15** © Mundo Hispano, la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Bíblica, la Nueva Traducción Viviente: **NTV** © Tyndale House Foundation, la Palabra de Dios para Todos: **PDT** © Centro Mundial de Traducción de la Biblia. En todos los casos se ha unificado la ortografía y el uso de los nombres propios de acuerdo con la RV95 para una más fácil identificación.

En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o el editor.

Las citas de las obras de Elena G. de White se toman de las ediciones actualizadas caracterizadas por sus tapas color marrón, o, en su defecto, de las ediciones tradicionales de la Biblioteca del Hogar Cristiano de tapas color grana.



DEDICATORIA

A los fieles y generosos hermanos
de la Misión de Baja California Sur,
por cuyo conducto Dios ha bendecido
ese territorio.





CONTENIDO

Prologo	8
1. El Dios del cielo	10
2. La creación	20
3. El día que todo cambió	34
4. Una labor enriquecedora	46
5. Una maravilla hecha de barro	58
6. Una cosecha de talentos	74
7. «El tiempo es oro».....	88



8. Lealtad sin condiciones	104
9. Rancho «Los dos socios»	118
10. Una ofrenda aceptable	130
11. Por la senda de la generosidad	144
12. Una pandemia terrible, pero poco combatida	156
13. Jornal, denarios y otros privilegios	164

PRÓLOGO

Poco antes de la publicación del libro que tienes entre manos, la División Interamericana celebró sus primeros cien años de existencia. La celebración del primer centenario de la Iglesia Adventista en Interamérica constituye un recordativo de la gran misericordia de nuestro Dios y su constante providencia. La historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en nuestro territorio ha estado marcada por las bendiciones y los milagros divinos. Ahora bien, los mayores milagros que Dios ha realizado son las vidas de cada uno de los casi cuatro millones de miembros de iglesia que conforman nuestra División.

Cada interamericano ha sentado las bases para el cumplimiento de la misión y el crecimiento de la iglesia. Cada día hemos de tener presente que es el miembro de iglesia el que establece la dinámica que sigue la iglesia a nivel mundial. Eres tú, apreciado hermano, quien hace posible que los bautismos ocurran; eres tú, apreciado hermano, el que devuelves fielmente los diezmos y las ofrendas como un acto de adoración al Señor; eres tú, apreciado hermano, el que has depositado tu confianza en la iglesia y cada día la apoyas con tu tiempo, tus recursos, tus talentos y tu influencia. Por todo lo anterior, estoy sumamente convencido de que es el miembro de iglesia quien le da forma al cumplimiento de la misión en cada rincón de nuestro territorio.

Para el miembro de iglesia en la División Interamericana, las palabras de Pablo en 1 Corintios 4: 20 constituyen una realidad presente: «El reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder». Cada miembro de iglesia es un escenario de la gracia de Dios, un agente elegido por el Señor para servir como colaborador en la salvación de cada comunidad y hasta donde

lo permiten sus talentos y oportunidades, en su vida se cumple la Gran Comisión que el Salvador ha dejado a su iglesia. De esta manera, es el miembro de iglesia quien define el ritmo y la velocidad a la que crece nuestra iglesia. Elena G. de White se refiere a la generosidad y el compromiso que caracteriza a los adventistas del séptimo día con las siguientes palabras: «Sus corazones serán movidos a hacer lo que puedan por ayudar a la obra. No hay personas en el mundo que estén más dispuestas a sacrificar sus medios para avanzar la causa que los adventistas del séptimo día» (*Testimonios para la iglesia*, t. p. 349).

Conscientes de la importancia de cada miembro de forma individual, desde la administración de la División Interamericana estamos comprometidos con el cuidado y la atención que cada miembro merece. Esa es la razón por la que colocamos en tus manos esta obra. En ella encontrarás los FUNDAMENTOS DE LA MAYORDOMÍA CRISTIANA expuestos por el pastor Saúl Barceló. Los primeros capítulos presentan el carácter y la naturaleza amorosa de nuestro Dios y creador y cómo él, en su inmenso amor nos colocó como administradores de este planeta y todo lo que contiene, reservándose el derecho de propiedad de todo y pidiéndonos que lo reconozcamos como el dueño de todo. Después veremos cómo el pecado destruyó la relación de nuestros primeros padres con el Creador; no obstante, la tarea que Dios le encomendó al ser humano de administrar este planeta continuó. Dios nos sigue considerando responsables por el uso que damos a todo lo que él ha colocado en nuestras manos. Los capítulos siguientes desglosan cada uno de los aspectos que conforman la mayordomía del ser humano, aquellos aspectos por los que Dios nos pedirá cuentas, a saber: nuestro tiempo, nuestras capacidades o talentos, nuestros recursos, nuestro cuerpo y el planeta mismo.

Al colocar este libro en manos de la iglesia lo hacemos con la intención de que sea un instrumento de crecimiento e instrucción, que fortalezca la vida espiritual de cada adventista así como nuestro compromiso de servir al Señor con todo lo que tenemos y somos. Dios ha mostrado su amor y su misericordia a su iglesia durante los últimos cien años y mientras estemos en esta tierra él seguirá dirigiéndonos e impartiéndonos su Santo Espíritu. Que Dios te bendiga al leer las páginas de este libro y que puedas tomar la decisión de tomar parte activa en el avance del Reino de Dios en nuestro mundo. ¡Cristo viene pronto!

Filiberto Verduzco

Tesorero de la División Interamericana

1

El Dios del cielo





Este contraste debiera motivarnos a acercarnos con humildad y reverencia ante el poder, la sabiduría y la majestad del Dios del cielo, a fin de que el Señor mismo nos capacite para tener una vislumbre de quién es él y de cuál ha de ser nuestra relación con él.



¿QUIÉN ES DIOS? ¿Cómo es él? ¿Dónde está y qué hace? La verdad es que el ser humano siempre ha sentido curiosidad por lo divino, por conocer más acerca de Dios, su carácter y sus atributos. Algunos como Marción, el hereje del siglo segundo, catalogan a Dios como un personaje hostil que debe ser rechazado.¹ Otros han argüido que el Dios que creó el mundo ha dejado que la suerte sea el árbitro definitivo mientras él se mantiene distante y «no participa activamente en los asuntos humanos».² Por otro lado, los cristianos creemos que «Dios es amor» (1 Juan 4: 8) y que su amor por nosotros lo llevó a entregarse en la persona del Hijo «para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16).

Independientemente de cuál sea el concepto inicial con el que abordemos nuestro estudio de Dios y su carácter, haremos siempre bien si seguimos el consejo que se le dio a Moisés al acercarse a la zarza en el desierto: «Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es» (Éxo. 3: 5). La grandeza suprema de Dios encuentra el contraste ideal en la diminuta capacidad humana para comprender lo divino. Este contraste debiera motivarnos a acercarnos con humildad y reverencia ante el poder, la sabiduría y la majestad del Dios del cielo, a fin de que el Señor mismo nos capacite para tener una vislumbre de quién es él y de cuál ha de ser nuestra relación con él.

Desafortunadamente, Satanás ha aprovechado esta situación para distorsionar nuestra comprensión del carácter de Dios. Esa es la principal razón por la que abundan hoy en día los conceptos

errados y confusos acerca de Dios. Es cierto que Satanás se deleita en engañar al ser humano de diferentes maneras, pero quizás su engaño favorito consiste en fomentar una visión distorsionada de Dios y su carácter. Este ha sido su *modus operandi* desde el inicio del Gran Conflicto: «Desde el principio de la gran controversia, Satanás se propuso desfigurar el carácter de Dios, y despertar rebelión contra su ley; y esta obra parece coronada de éxito».³ Esa fue la estrategia que Satanás utilizó con nuestros primeros padres: «El tentador afirmó que jamás llegaría a cumplirse la divina advertencia; que les fue hecha meramente para intimidarlos. ¿Cómo sería posible que ellos murieran? ¿No habían comido del árbol de la vida? Agregó el tentador que Dios estaba tratando de impedirles alcanzar un desarrollo superior y mayor felicidad. Esta es la labor que Satanás ha llevado adelante con gran éxito, desde los días de Adán hasta el presente».⁴

CÓMO PODEMOS CONOCER A DIOS

Visto lo anterior, resulta sencillo rastrear hasta el gran engañador el origen de todas las filosofías, teorías y tradiciones que presentan a Dios como un ser vengativo, severo y hostil con la humanidad. Entonces, cabe que nos preguntemos: ¿Cómo podemos conocer verdaderamente a Dios? ¿Dónde podemos obtener información fidedigna sobre el Creador y su carácter? Aunque no pretendo realizar una lista exhaustiva de *todas* las formas o mecanismos mediante los cuales podemos conocer más de Dios, sí quisiera señalar los tres elementos principales a los que, de una manera u otra, tenemos acceso.

La naturaleza. El Salmista, haciendo alusión al testimonio que da la naturaleza de su Creador, escribió: «Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal. 19: 1). En otro salmo encontramos la misma idea: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste...» (Sal. 8: 3). En la mente de los escritores bíblicos no hay dudas. Cuando observamos la naturaleza con ojo analítico, nos damos cuenta de que las maravillas que contemplamos son producto de una mente Maestra. Elena G. de White lo expresa de la siguiente manera: «Dios procura darse a conocer y comunicarse con nosotros de diversas maneras. La naturaleza habla sin cesar a nuestros sentidos. El corazón bien predispuesto quedará

impresionado por el amor y la gloria de Dios según lo dan a conocer las obras de sus manos. El oído atento puede escuchar y entender los mensajes que Dios nos transmite por medio de la naturaleza». ⁵

De manera que los prados, los frondosos árboles, los capullos y las flores, las graciosas nubes que se forman en el horizonte, un cielo nocturno estrellado y otras tantas escenas constituyen una demostración fehaciente de que existe un Creador. «Adán y Eva recibieron conocimiento comunicándose directamente con Dios, y aprendieron de él por medio de sus obras. Toda la creación, en su perfección original, era una expresión del pensamiento de Dios. Para Adán y Eva, la naturaleza rebosaba de sabiduría divina». ⁶

Por supuesto, no podemos soslayar que la naturaleza hoy en día dista mucho de ser lo que salió de las manos del Creador. Sin embargo, aunque está manchada y distorsionada por los efectos del pecado, continúa reflejando, así sea pálidamente, la gloria del Creador. De hecho, la naturaleza hoy nos puede ofrecer una tenue vislumbre de lo que Dios tiene preparado para sus hijos en el futuro: «Cuando tus sentidos se deleiten en la amena belleza de la tierra, piensa en el mundo venidero, que nunca conocerá mancha de pecado ni de muerte; donde la faz de la naturaleza no se verá ya más oscurecida por las sombras de la maldición». ⁷

Por supuesto, el hecho de que la naturaleza esté manchada por el pecado tiene como consecuencia que, si bien puede decirnos que hay un Creador, no siempre puede decirnos cómo es dicho Creador. También es preciso reconocer que el ser humano ha perdido la capacidad de interpretar correctamente las enseñanzas de la naturaleza. De manera que necesitamos más información para conocer a Dios. Es justo ahí donde entra en acción el segundo medio de revelación.

La Biblia. Dado que necesitamos un conocimiento más profundo de Dios y su carácter, Dios mismo decidió revelarse mediante las Sagradas Escrituras. Pedro señala que la Biblia surgió cuando «los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 Ped. 1: 21). Pablo agrega: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Tim. 3: 16). La santa Palabra de Dios, entonces, constituye

un elemento mucho más poderoso y adecuado que la naturaleza para transmitir el conocimiento de Dios, por eso el Señor Jesús dice de las Escrituras: «Ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5: 39).

Como ya hemos analizado anteriormente, el ser humano posee una capacidad muy limitada en lo que respecta a conocer a Dios. Nuestra mente no puede penetrar en el misterio que envuelve la naturaleza y el carácter de Dios. Esa es la razón por la que Dios decidió revelarse; como nosotros no podemos llegar a su nivel, él descendió al nuestro, inspiró a hombres como nosotros, habló en el idioma humano, con los recursos literarios que nos permitieran captar mejor su mensaje. Ahora bien, es preciso señalar que la Biblia no es un libro de texto común y corriente. Aunque contiene historia, no es un libro de historia. La Biblia es, en esencia, un libro de principios, como bien lo describe Elena G. de White: «La Biblia contiene todos los principios que necesitamos comprender, a fin de que estemos preparados para esta vida y para la venidera. Estos principios pueden ser comprendidos por todos».⁸

Así las cosas, el estudio de la Biblia no es un mero ejercicio intelectual, sino que es una práctica espiritual que nutre el intelecto y eleva el alma al ponerla en contacto con lo divino. Desafortunadamente, son muchos los que, al creer que la Palabra de Dios es un libro de ciencias o historia, terminan desestimándolo al considerarlo anticuado y de poco valor para el mundo moderno. Tampoco faltan aquellos que desprecian la Palabra y se burlan de los que la estudian, al considerar que el contenido de la Biblia ha quedado obsoleta frente al avance de la ciencia. Ahora bien, no hemos de olvidar que: «Puesto que el libro de la naturaleza y el de la revelación llevan el sello de una mente Maestra, no pueden sino hablar en armonía. Con diferentes métodos y lenguajes dan testimonio de las mismas grandes verdades. Aunque la ciencia descubre a cada momento nuevas maravillas, en su investigación no obtiene nada que, correctamente comprendido, discrepe con la revelación divina».⁹

De manera que la Biblia es la auto revelación de Dios y contiene la información que necesitamos para conocer el plan de salvación. Como tal, este sagrado libro constituye una mina inagotable de la que podemos

extraer los tesoros más maravillosos y el más elevado conocimiento. Pero hay todavía otro medio adicional para conocer quién es y cómo es Dios.

Jesús. El apóstol Pablo presenta la superioridad de Jesús como revelación divina al escribir: «Hace mucho tiempo, Dios habló muchas veces y de diversas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas. Y ahora, en estos últimos días, nos ha hablado por medio de su Hijo» (Heb. 1: 1, 2, NTV). La historia bíblica nos presenta cómo el ser humano descuidó la revelación escrita e hizo caso omiso de los mensajeros que Dios envió en reiteradas oportunidades. No obstante, el interés de Dios de darse a conocer fue creciendo, hasta que llegó el momento señalado y el Hijo eterno de Dios se encarnó en la persona de Jesucristo. Es así como mediante la vida y obra de Jesús de Nazaret los seres humanos llegamos a comprender cabal y elocuentemente cómo es Dios.

El apóstol Juan, que durante el ministerio de Jesús fue el discípulo que más se identificó con el Maestro, recogió varias declaraciones sobre el Dios encarnado y su misión: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17: 3). «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre» (Juan 1: 14). «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Juan 20: 21). «Respondió entonces Jesús y les dijo: “De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre”» (Juan 5: 19).

Dios había creado un mundo perfecto para allí estar con sus hijos (Génesis 1–2), había pedido que se erigiera un santuario para habitar en medio de su pueblo (Éxo. 25: 8), pero el anhelo divino de morar con los seres humanos alcanzó su clímax cuando, en Jesús, Dios se hizo hombre y unió el cielo con la tierra. Que Dios quiso encontrarse con el ser humano en la persona de Jesús es evidente al analizar diversos aspectos de su vida en esta tierra.

En primer lugar, aunque el nacimiento de Cristo fue un evento sobrenatural, al mismo tiempo ocurrió bajo circunstancias muy desfavorables. Nació en el seno de una familia pobre, cuando nació no hubo

un lugar digno para acogerlo, su vida corrió peligro justo al nacer y, de niño, tuvo que enfrentar las penurias y los sinsabores de la existencia humana. En resumen: «Para una mentalidad moderna, secularizada y positivista, que ha perdido la capacidad de maravillarse, la preexistencia, encarnación y nacimiento virginal de Cristo, parecen demasiado a menudo meros mitos en los que ninguna persona inteligente puede ya creer».¹⁰ Ya desde el nacimiento de Jesús, Dios se estaba dando a conocer como quien tiene otras opciones, como quien puede hacer camino por donde nadie ha pasado. Es Dios pues, el Todopoderoso, dándose a conocer a seres de mentalidad finita y capacidad limitada. «Al venir a morar con nosotros, Jesús iba a revelar a Dios tanto a los hombres como a los ángeles. Él era la Palabra de Dios: el pensamiento de Dios hecho audible [...]. Pero no solo para sus hijos nacidos en la tierra fue dada esta revelación. Nuestro pequeño mundo es un libro de texto para el universo».¹¹

En segundo lugar, su ministerio público nos muestra lo que Dios quiere hacer con la humanidad. «Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mat. 4: 23). Jesús mismo concibió su misión como una encomienda a llevar libertad y anunciar buenas noticias a los más desposeídos (ver Luc. 4: 16-20). Una y otra vez se abrió paso entre la multitud para aliviar el dolor, para enseñar un mejor estilo de vida y para anunciar un reino libre del dolor, de la enfermedad y de la muerte. Mientras cumplía su misión, daba a conocer el carácter de su Padre. «Había aldeas enteras donde no se oía un solo gemido de dolor en casa alguna, porque él había pasado por ellas y sanado a todos los enfermos. Su obra demostraba su unción divina».¹²

Por último, su muerte en la cruz constituyó la mayor declaración del amor divino por la raza humana. «Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Luc. 19: 10). El mismo Jesús tenía clara cuál era su misión: «Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos» (Mar. 10: 45).

Fue así como, en la cruz, ante la mirada expectante del cielo y de todo el universo, el Hijo de Dios se sometió a un juicio inescrupuloso, torturas físicas y mentales y, por último, a la muerte misma. La cruz demostró que el amor de Dios no tiene límites y que él está dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias con tal de salvarnos.

ATRIBUTOS DIVINOS

Ahora bien, ¿qué nos dicen la naturaleza, la Biblia y Jesús sobre los atributos de Dios? Analicemos a continuación algunos de los atributos que nos ayudarán a tener una mejor vislumbre de nuestro Creador y Salvador.

Eternidad. La Biblia menciona en repetidas ocasiones que Dios es eterno: «Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad» (Isaías 57: 15). «La eternidad de Dios se refiere a la vida e historia de Dios, dinámica y sin fin, la cual al mismo tiempo incluye y totalmente sobrepasa el ámbito de nuestra historia creada. De acuerdo con la Biblia, la distancia entre Dios y su creación que actualmente obstruye un comunión directa e histórica con él, no es la consecuencia de la diferencia entre un Dios atemporal, inmutable, y un hombre histórico, sino más bien la diferencia entre un Dios santo y una humanidad pecadora (Génesis 3: 22-24)».¹³

Inmutabilidad. Esta característica se refiere a la ausencia de cambio de Dios. La Biblia declara directamente que Dios no cambia (Mal. 3: 6, Sant. 1:17). Este atributo es fundamental para comprender temas como la salvación, el pecado y el juicio. ¿Te imaginarías la incertidumbre que gobernaría nuestras vidas si tuviésemos un Dios tan caprichoso como los dioses griegos?

Amor y misericordia. Tanto la creación como la Biblia y Jesús nos dicen de diversas maneras que Dios es amor. El amor es la esencia su carácter. Cuando Dios proclamó su gloria delante de Moisés se definió como el «Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad» (Éxo. 34: 6). «“Dios es amor” está escrito en cada capullo de flor que se abre, en cada tallo de la hierba que crece. Las lindas avecillas que llenan el aire de melodías con sus dulces trinos, las flores exquisitamente matizadas que en su perfección perfuman

el ambiente, los imponentes árboles del bosque con su rico follaje de esplendoroso verdor; todo ello atestigua el tierno y paternal cuidado de nuestro Dios y de su de seo de hacer felices a sus hijos». ¹⁴

Justicia. El amor de Dios va de la mano con su justicia. No es un amor permisivo que deja que cada quien haga lo que le parezca sino un amor que, al mismo tiempo, señala las consecuencias de la maldad. Regresemos al relato de Éxodo 34. Después de haber proclamado: «¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado», Señor continuó diciendo: «Pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado» (Éxo. 34: 6-7).

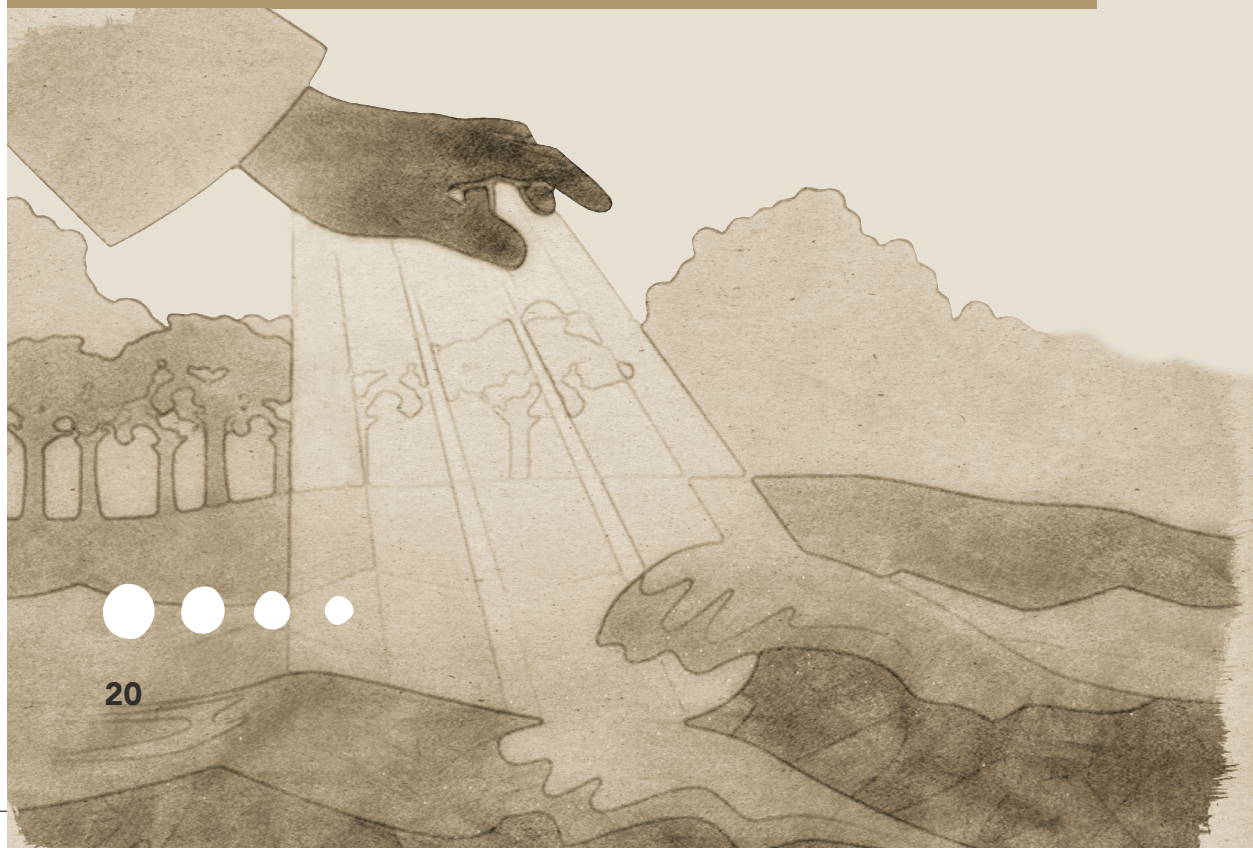
Por supuesto, hay mucho más que podemos decir de Dios. Podemos hablar de su trascendencia y de su inmanencia, su inmortalidad, su santidad, su paciencia, su omnisapiencia, su omnipresencia, su omnipotencia... En fin, si nos dedicásemos a describir a Dios y sus atributos «no cabrían en el mundo los libros que se escribirían» (ver Juan 21: 25). ¿Pero sabes qué es lo más maravilloso que descubrimos cuando estudiamos a Dios? Dejemos que sea el profeta Isaías el que nos presente esta faceta maravillosa del Señor: «Porque yo soy el Dios eterno y mi nombre es santo. Yo vivo en un lugar alto y sagrado, pero también estoy con los pobres y animo a los afligidos» (Isa. 57: 15, TLA). ¡Tan cierto como lo que acabas de leer! El Dios majestuoso, Creador y Salvador de la raza humana está con nosotros. El Dios del cielo desea estar contigo y darte ánimo a cada paso del camino. Podemos pasarnos toda la eternidad estudiando la naturaleza y el carácter de nuestro Dios, pero nada supera el gozo y la dicha de saber que ese Dios supremo quiere estar con nosotros. ¿Se lo permitiremos?

-
1. Williston Walker, *Historia de la iglesia cristiana* (Kansas City, Missouri: Casa Nazarena de Publicaciones, 1985), pp. 56, 57.
 2. George K. Knight, *Nuestra iglesia: Momentos históricos decisivos* (Doral Florida: APIA, 2007), p. 13.
 3. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas* (Doral, FL: IADPA, 2008), p. 308.
 4. *Ibid.*, p. 34.
 5. Elena G. de White, *El camino a Cristo* (Doral, FL: IADPA, 2005), p. 125.
 6. Elena G. de White, *La educación* (Doral, FL: IADPA, 2013), p. 16.
 7. Elena G. de White, *El camino a Cristo*, p. 127.

8. Elena G. de White, *La educación*, p. 111.
9. *Ibid.*, p. 115.
10. Raoul Dederen, «Cristo: Su persona y su obra» en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe*, Raoul Dederen, ed. (Doral, FL: IADPA 2005), t. 2, p. 152.
11. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 11-12.
12. Elena G. de White, *El camino a Cristo*, p. 17.
13. Fernando L. Canale, «La doctrina de Dios», en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe*, Raoul Dederen, ed. (Doral, FL: IADPA 2005), t. 2, p. 51.
14. Elena G. de White, *El camino a Cristo*, p. 15.

2

La creación





En tan solo siete días
el Señor transformó
nuestro planeta cubierto
por las aguas y las tinieblas
en el escenario perfecto
para que sus hijos pudieran
vivir felices. Esa es la razón
por la que cuando los seres
humanos olvidamos
el relato de la creación,
cuando olvidamos
que Dios es quien hace
las cosas, terminamos
convirtiendo las cosas
en dioses.



Probablemente ningún otro relato bíblico nos presente un cuadro más amplio y claro sobre el Dios del cielo, sus atributos y su carácter que el relato de la creación. En los primeros capítulos del libro de Génesis encontramos información clave para conocer y relacionarnos con el Dios de amor y majestad que vimos en el capítulo anterior.

Ahora bien, resulta necesario comprender que «la Biblia no es un tratado sistemático que desarrolla una secuencia de temas. La Palabra de Dios es historia. La historia de la relación entre Dios y su pueblo. La primera mención de Dios en la Biblia no está asociada con el verbo “ser”, ni le sigue una definición del ser divino en sus dimensiones infinitas. Dios es asociado con el verbo “hacer” en el contexto limitado de la historia humana».¹ El relato de la creación inicia presentándonos al Dios del cielo como el Ser supremo, como bien señala William Shea:

«En la primera oración del relato de la creación se presenta al único Dios verdadero: él es el único que actúa en todo momento a través de este relato. Ningún otro dios discute con él sobre lo que crea, a diferencia de como aparece en relatos politeístas extrabíblicos de la creación. Él es soberano sobre la creación que obedece su voluntad mientras ésta se coloca a la altura de su recién organizada condición. Este relato bíblico de la creación es categórico: este único Dios soberano es el único verdadero Creador».²

El relato de la creación, además, responde las principales incógnitas del ser humano. Gerhard Hase señala que la primera oración de la Biblia responde cuatro preguntas fundamentales: ¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Cuándo?

«El primer versículo de la Biblia revela la existencia de Dios. En segundo lugar, el verbo “creó” (*bara*) nos indica la actividad de Dios: Dios crea. Esto significa que el Dios que creó se revela a través de la actividad creadora. [...] En tercer lugar, la frase “los cielos y la tierra” se usa en la misma secuencia o en orden inverso 41 veces en el Antiguo Testamento, lo que indica que esta frase se refiere a nuestra tierra y las atmósferas celestiales que la rodean. La frase nos indica qué fue lo que Dios creó. Finalmente, tenemos las palabras iniciales: “En el principio”. Esta frase nos indica cuándo fue que Dios creó “los cielos y la tierra”». ³

Génesis 1 inicia con un planeta «desordenado y vacío», pero finaliza con un hermoso huerto y una pareja feliz y dichosa; y todo como resultado de lo que Dios hace. En tan solo siete días el Señor transformó nuestro planeta cubierto por las aguas y las tinieblas en el escenario perfecto para que sus hijos pudieran vivir felices. Esa es la razón por la que cuando los seres humanos olvidamos el relato de la creación, cuando olvidamos que Dios es quien hace las cosas, terminamos convirtiendo las cosas en dioses. Analicemos a continuación el relato de la creación en detalle.

SEIS DÍAS DE ARDUA LABOR

Primer día. La Palabra de Dios resume la obra creadora del primer día, así: «Dijo Dios: “sea la luz”. Y fue la luz» (Gén. 1: 3). Acto seguido Dios evalúa la luz diciendo que era buena. «Sin luz no podía haber vida. Era esencial que hubiera luz cuando el Creador comenzó la obra de sacar orden del caos y dar comienzo a diversas formas de vida vegetal y animal en la tierra. La luz es una forma visible de energía que, mediante su acción sobre las plantas, transforma los elementos y compuestos inorgánicos en alimento tanto para el hombre como para los animales y rige muchos otros procesos naturales necesarios para la vida». ⁴

Segundo día. «Luego dijo Dios: “Haya un firmamento en medio de las aguas, para que separe las aguas de las aguas”» (Gén. 1: 6). La obra del segundo día de la creación consistió en crear el firmamento. La gran masa de agua fue dividida en dos cuerpos separados. «El firmamento o envoltura acuosa alrededor de la tierra, ya existía [...]. Ese día Dios los dividió o separó en dos partes principales, las aguas de arriba y las aguas de abajo. El énfasis está sobre las aguas de arriba, que aquí se refiere al cielo atmosférico [...]. Es esta porción del espacio por encima de la tierra en la cual el agua se recoge en nubes».⁵

Tercer día. El programa de la creación comprendido en el tercer día está registrado en Génesis 1: 9-13. Lo primero que Dios hizo fue separar las aguas de la tierra seca. El salmista describe este hecho con palabras poéticas: «Él fundó la tierra sobre sus cimientos; no será jamás removida. Con el abismo, como con vestido, la cubriste; sobre los montes estaban las aguas. A tu reprensión huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron; subieron los montes, descendieron los valles al lugar que tú les fijaste. Les pusiste un límite, el cual no traspasarán, ni volverán a cubrir la tierra» (Salmos 104: 5-9).

Después de separar la tierra del agua se da una nueva orden: «Produzca la tierra hierba verde» (Gén. 1: 11). Ahora el horizonte ofrece un cuadro hermoso, con un verde intenso. La intervención de Dios en estos primeros tres días ofrece un anticipo de las maravillas que todavía faltan por ocurrir.

Cuarto día. En Génesis 1: 14-19 vemos a Dios adornando el firmamento con el sol, la luna y las estrellas. Dios creó estos astros para que «sirvan de señales para las estaciones, los días y los años» (Gén. 1: 14). Nota que los astros no poseen el poder de determinar nuestro destino, personalidad o suerte en el amor o las finanzas. Simplemente sirven para marcar el paso del tiempo. ¡Qué extraordinario espectáculo ha de haber contemplado el universo, al ver al sol y a la luna y las estrellas, cumpliendo sus primeras jornadas, aquel cuarto día de la semana!

Quinto día. El quinto día Dios trajo a la existencia a los primeros seres vivientes: los peces y las aves del cielo (ver Gén. 1: 20-23). «La palabra “creó”, *bará*, se usa por segunda vez en este capítulo para indicar la introducción de algo completamente nuevo: la creación de seres

vivientes. Al ejecutar lo que había ordenado, Dios creó los grandes animales marinos. Las grandiosas obras de Dios realizadas en los días previos, fueron ciertamente admirables, pero la naturaleza recibió su ornamento en el quinto día. Sin la vegetación creada en el tercer día, el mundo habría ofrecido una apariencia muy poco atractiva. Mucho mayor habría sido la falta de atracción y alegría si hubieran estado ausentes las miríadas de seres vivientes que pueblan la tierra. Cada uno de esos seres pequeños o grandes, debiera enseñarnos una lección acerca de la maravillosa maestría del gran Dios, a quien debemos adoración como el autor y preservador de toda forma de vida. Estos seres debieran darnos un saludable respeto por la vida, que ni podemos impartir, sino que debiéramos proteger cuidadosamente y no destruir».⁶

Sexto día. Así como el tercer día se distingue por un acto doble de creación, el sexto día también contiene dos actos creadores: los animales terrestres y la creación del hombre. En este espacio nos vamos a referir a la creación de los animales terrestres. Dice Génesis 1: 24: «Luego dijo Dios: “Produzca la tierra seres vivientes según su especie: bestias, serpientes y animales de la tierra según su especie”. Y fue así». El *Comentario bíblico adventista* establece y comenta estas tres clases de animales: *bestias*, según el lenguaje original, se refiere a los cuadrúpedos domésticos más grandes (ver. Gén. 47: 18; Éxo. 13: 12). *Serpientes* indica los animales más pequeños que se mueven, ya sea sin pies, o con pies que son apenas perceptibles, tales como gusanos, insectos y reptiles. *Animales de la tierra* se refiere a los animales silvestres errantes.

«Cuando salió de las manos del Creador, la tierra era sumamente hermosa. La superficie presentaba un aspecto multiforme, con montañas, colinas y llanuras, entrelazadas con magníficos ríos y bellos lagos. Pero las colinas y las montañas no eran abruptas y escarpadas, ni abundaban en ellas declives aterradores, ni abismos espeluznantes como ocurre ahora; las agudas y ásperas cúspides de la rocosa armazón de la tierra estaban sepultadas bajo un suelo fértil, que producía por todas partes una frondosa y verde vegetación. No había repugnantes pantanos ni desiertos estériles. Impresionantes arbustos y delicadas flores deleitaban la vista por dondequiera. Las alturas estaban coronadas con árboles aun más imponentes que los que existen ahora. El aire, limpio de impuros miasmas, era saludable. El paisaje sobrepujaba en

hermosura los adornados jardines del más suntuoso palacio de la actualidad. La hueste angélica presenció la escena con deleite, y se regocijó en las maravillosas obras de Dios».⁷

Y EL SER HUMANO, ¿DÓNDE ESTÁ?

¿No era acaso el plan original de Dios crear al ser humano? ¿Por qué no ha entrado en escena aún? La semana de la creación casi ha acabado y no vemos nada del ser humano. Creo que hay una doble razón para esta ausencia.

En primer lugar, sí, ciertamente el ser humano sería lo más importante, el broche de oro que cerraría la creación. Precisamente por eso Dios puso todo su empeño durante la primera parte de la semana a acondicionar y equipar el escenario donde el ser humano viviría. No habría improvisaciones, todo estaba planeado y el orden de la creación apuntaba a satisfacer las necesidades de la raza humana. Cuando Adán fue colocado en un lugar que tenía todo lo necesario para su subsistencia y desarrollo.

En segundo lugar, considero que la aparición posterior de Adán y Eva en el proceso de la creación implicaba que ellos no habían participado absolutamente en nada de todo aquello que habrían de disfrutar. Cuando ellos aparecieron ya todo había sido creado y, por así decirlo, Dios simplemente les entregó aquel bello lugar en el que no habían aportado nada. Nuestros primeros padres recibieron la vida y el planeta mismo como un acto de gracia de parte del Creador.

Imagínate que Dios hubiese actuado diferente y hubiera traído a la existencia a Adán desde el principio, quizá para que le ayudase en algunas pequeñas tareas durante cada día de la creación. Me imagino que, si Dios hubiese querido, por ejemplo, el tercer día, le hubiese dicho a Adán: «Mientras yo hago el roble y la palmera, tú ayúdame con los laureles y los rosales». Y si Dios le ordenaba y lo capacitaba, Adán lo hubiese hecho. Pero ¿qué habría pasado al final de la semana? Posiblemente Adán podría haber reclamado el derecho de propiedad de esta tierra. Quizás hubiese dicho: «Yo le ayudé a Dios. ¡Qué bonita la

tierra! ¿Verdad? Nosotros la hicimos». Pero no, Adán no tenía derecho a decir algo semejante. Él no había participado en ese regalo que ahora recibía por gracia.

Sí, Dios estableció un orden de cosas, desde el principio, con el objetivo de librar al ser humano del riesgo de reclamar para sí lo que solo a Dios le corresponde. Dios es el creador y por ende el único dueño legítimo de esta tierra.

Es así como, una vez creada la tierra con su abundante vida vegetal y animal, aparece el ser humano como corona de la creación. Ahora Dios dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra» (Gén. 1: 26). En la creación del ser humano Dios tomó una doble decisión:

Hagamos al hombre. Hasta aquí Dios había ordenado la existencia de las cosas y de los seres que había creado. Dice el salmista: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos, por el aliento de su boca [...]. Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Sal. 33: 6, 9). Ciertamente el poder de la Palabra de Dios trajo a la existencia todo lo que hasta ahora existía en el planeta. Pero ahora, siendo que vendría a la existencia la corona de la creación, Dios toma una decisión diferente: traerlo a la existencia a través de un proceso en el cual intervienen sus manos. El registro sagrado dice: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gén. 2: 7).

¿Te imaginas la expectativa que reinó en todo el universo mientras Dios formaba al primer hombre con sus manos? Acto seguido Dios le imparte vida y Adán se incorpora plenamente capaz de cumplir con su misión. Sus ojos eran capaces de captar todas las escenas a su alrededor. Sus oídos podían distinguir los sonidos, los cantos de los pajarillos que volaban a su alrededor; y así sucedía con cada órgano que formaba su cuerpo.

Conforme a nuestra semejanza. Evidentemente, en la mente maestra de Dios había un modelo que se seguiría en la creación del ser humano. Ya el día anterior se había creado una inmensa variedad de seres

y el sexto día, hasta antes de la creación del hombre, la superficie terrestre había recibido una inmensidad de aves y peces de diferente tamaño, modelo y figura. Así pues, había muchas posibilidades a la hora de escoger un modelo para crear al ser humano. Pero no, la humanidad no se parecería a la jirafa, ni al camello o al caballo; la raza humana llevaría la imagen de su Creador, como insignia del destino que Dios tenía para él. ¿Se parecería a Dios? ¿Cómo? Elena G. de White da respuesta a esas interrogantes mediante la siguiente declaración: «El hombre había de llevar la imagen de Dios, tanto en la semejanza exterior, como en el carácter. Aunque únicamente Cristo es «la misma imagen» del Padre (Heb. 1: 3); el hombre fue creado a semejanza de Dios. Su naturaleza estaba en armonía con la voluntad de Dios. Su mente era capaz de comprender las cosas divinas. Sus afectos eran puros, sus apetitos y pasiones estaban bajo el dominio de la razón. Era santo y se sentía feliz de llevar la imagen de Dios y de mantenerse en perfecta obediencia a la voluntad del Padre».⁸

BODA EDÉNICA

Una de las actividades que incluyó la semana de la creación fue el establecimiento del matrimonio. El registro bíblico señala que Adán, justo después de haber sido creado, cumplió uno de los deberes que Dios le había asignado. Génesis 2: 20 dice: «Y puso Adán nombre a toda bestia, a toda ave de los cielos y a todo ganado del campo; pero no se halló ayuda idónea para él». Posiblemente en ese marco de la actividad de Adán, él mismo cayó en cuenta de que algo le faltaba, sin saber posiblemente la grata sorpresa que Dios le tenía reservada. El programa de la creación aún no había terminado.

«Después dijo Jehová Dios: “No es bueno que el hombre esté solo: le haré ayuda idónea para él” [...]. Entonces Jehová Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán y, mientras este dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: “¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Será llamada ‘Mujer’, porque del hombre fue tomada”. Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne» (Génesis 2: 18, 21-24). Fue así como Dios otorgó a la raza

humana la hermosa y significativa institución del matrimonio. Dios creó al hombre con la necesidad de compañía, y antes de terminar el proceso creador, esa necesidad había quedado suplida.

Hay algunos elementos que sobresalen en este relato de la Biblia que merecen ser destacados en el siglo XXI. En primer lugar, el matrimonio es una creación divina. Dios, que trajo a la existencia a nuestros primeros padres y que deseaba lo mejor para ellos, los unió en el santo vínculo del matrimonio. Muchos suponen que el matrimonio ha quedado obsoleto, que no funciona en nuestros tiempos. Sin embargo, es importante recordar siempre el plan original. El matrimonio fue una de las primeras dádivas de Dios al ser humano y es una de las dos instituciones que, después de la caída, llevaron nuestros primeros padres consigo al salir del paraíso.

Otro elemento interesante es el hecho de que Dios haya hecho a Eva de una costilla de Adán. «Este hecho significa que ella no debía dominarle como cabeza, ni tampoco debía ser humillada y hollada bajo sus pies como un ser inferior, sino que más bien debía estar a su lado como su igual, para ser amada y protegida por él».⁹ ¡Qué orientador es este concepto!

Tampoco hemos de olvidar que Dios estableció el matrimonio uniendo a un hombre y a una mujer. La alteración de esta fórmula, así como la intromisión de otras personas en el matrimonio, siempre producen los mismos dividendos: dolor, tristeza, amargura y sufrimiento.

UN DÍA PARA CELEBRAR

La primera semana en la historia de la tierra estaba llegando a su fin. Había sido una semana cargada de actividad. Cada día, el universo había contemplado una grata sorpresa. Fue así como, en la evaluación que Dios hizo aquel atardecer del sexto día, Dios dijo: «¡Excelente! “Bueno en gran manera”» (ver Génesis 1: 31).

Y ahora Adán y Eva, mientras terminan los quehaceres del sexto día, se preparan para iniciar juntos el último día de la semana, el séptimo; que como todos los demás, comienza con la parte oscura. En realidad, este es el primer día que vivirán juntos nuestros primeros

padres y que disfrutarán las bellezas de la creación y la compañía del Creador. El programa indica: «Celebración». No hay nada que hacer, pues todo ha sido previsto. La actividad de ese día ha de acrecentar la gratitud y el reconocimiento de ellos, como criaturas, a Dios como Creador.

«Dios vio que el sábado era esencial para el hombre, aun en el paraíso. Necesitaba dejar a un lado sus propios intereses y actividades durante un día de cada siete para poder contemplar más plenamente las obras de Dios y meditar en su poder y bondad. Necesitaba el sábado para recordar con mayor eficacia la existencia de Dios, y para despertar su gratitud hacia él, pues todo lo que disfrutaba y poseía tenía su origen en la mano bondadosa del Creador».¹⁰

Esa es la principal razón por la que el hombre y la mujer aparecieron en el momento preciso. No se necesitaba su presencia antes; el Creador no necesitaba ni ayudantes ni testigos durante los primeros seis días. Pero Adán y Eva no podían faltar el séptimo día. Era para ellos el primer sábado en el Edén, evidentemente, nuestros primeros padres, tuvieron mucho que ver, mucho que escuchar del Creador, mucho que preguntar y mucho que aprender. Si bien es cierto que el mundo que Dios había creado era hermoso, el mayor don que el Creador podía concederle a la pareja recién creada era el privilegio de mantener una relación personal con él. Por eso les dio el sábado, un día especial de bendición, camaradería y comunión con su Creador. Y tú y yo todavía hoy necesitamos el sábado.

«Al bendecir el séptimo día en el Edén, Dios estableció un recordativo de su obra creadora. El sábado fue confiado y entregado a Adán, padre y representante de toda la familia humana. Su observancia había de ser un acto de agradecido reconocimiento de parte de todos los que habitasen la tierra, de que Dios era su Creador y su legítimo soberano, de que ellos eran la obra de sus manos y los súbditos de su autoridad. De esa manera la institución del sábado era enteramente conmemorativa, y fue dada para toda la humanidad. No había nada en ella que fuera oscuro o que limitara su observancia a un solo pueblo».¹¹

Nuestros primeros padres, más que agradecer por las cosas bellas, útiles y beneficiosas, debían agradecer y mantener la vía de comunicación libre de obstáculos con su amoroso Benefactor. El sábado tenía el objeto de recordar a nuestros primeros padres esa significativa experiencia.

MUCHOS ÁRBOLES, Y DOS EN PARTICULAR

Es interesante visitar algunos lugares donde la exuberancia de la vegetación rebasa la capacidad de la imaginación de los visitantes. Hay algunos árboles con frutos especiales, cuyo sabor desafía el paladar de quienes deciden probarlos. Hay otros árboles majestuosos, cuyo follaje y sombra proporcionan una fortaleza para la vida de muchos animales y hasta para el hombre mismo. Pero también hay árboles, cuya madera, en las manos de un experto artesano, produce muebles, adornos y otros artefactos útiles y bellos. Pero en el centro del huerto de Edén había dos árboles en particular que el relato bíblico identifica. Notemos: «También el árbol de la vida en medio del huerto, y el árbol del conocimiento del bien y del mal» (Génesis 2: 9). ¿Cuál era el propósito de estos árboles? ¿Qué objetivo tenía Dios al establecerlos en el huerto?

El árbol de la vida. Hay dos declaraciones inspiradas muy reveladoras en cuanto a la función del fruto de este árbol y su relación con la vida de Adán. La señora White lo dice así: «Había en profusión y prodigalidad olorosas flores de todo matiz. En medio del huerto estaba el árbol de la vida que era superior en gloria y esplendor a todos los demás árboles. Sus frutos parecían manzanas de oro y plata, y tenían el poder de perpetuar la vida». ¹² También señala que: «Para que poseyera una existencia sin fin, el hombre debía continuar comiendo del árbol de la vida. Privado de este alimento, vería su vitalidad disminuir gradualmente hasta extinguirse la vida». ¹³

Estas declaraciones revelan que Dios estableció un medio para preservar la vida del ser humano: el fruto del árbol de la vida. Adán y Eva no solo debían recordar que su existencia se debía al poder de Dios, sino que su subsistencia dependía también de lo mismo. Este elemento, hoy más que nunca, debe estar presente en nuestra mente. «Porque

en él vivimos, nos movemos, y somos» (Hech. 17: 28). El ser humano fue creado con un potencial muy elevado y con posibilidades infinitas de desarrollo; sin embargo, en ningún momento debía olvidar su constante y vital dependencia de Dios.

El árbol del conocimiento del bien y del mal. De este árbol la Biblia dice: «Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: “De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás”» (Gén. 2: 16, 17). Aquí encontramos la primera limitación para nuestros primeros padres. El fruto de este árbol era una excepción. Hay también una advertencia y la mención de un elemento nuevo y terrible: la muerte. Algo extraño al vocabulario que nuestros padres Adán y Eva estaban aprendiendo. ¿Qué entrañaba este árbol? Alguien que expresó ligeramente lo que pensaba, dijo: «En ese árbol fue donde Dios les tendió una trampa a nuestros primeros padres». Pero no, creo que estarás de acuerdo conmigo en que Dios no tiende trampas. Ciertamente este árbol tenía algo especial que Adán y Eva debían saber y debían actuar de acuerdo con la orientación que habían recibido.

Fíjate en las siguientes tres declaraciones y las palabras que he resaltado, pues ellas encierran ideas clave para comprender la función que desempeñaba el árbol de conocimiento del bien y del mal.

- «Adán y Eva podían comer libremente de todos los demás; pero de ese árbol especial Dios dijo: “No comerás”. Eso constituía la prueba de su **gratitud** y **lealtad** a Dios».¹⁴
- «Dios se reservó ese árbol como recuerdo constante de que era dueño de todo. Así les dio oportunidad de demostrar su **fe** y **confianza** obedeciendo perfectamente sus requerimientos».¹⁵
- «El árbol de la sabiduría había sido puesto como una prueba de su **obediencia** y de su **amor** a Dios».¹⁶

¿Notaste las palabras clave? Gratitud, lealtad, fe, confianza, obediencia y amor. Es decir, este árbol había sido colocado como oportunidad para demostrar el apego y comprensión de nuestros primeros padres al gobierno divino.

LA MISIÓN DE SU VIDA

Al leer el relato del Génesis y analizar todo lo que Dios hizo por nuestros primeros padres, incluso desde antes de que ellos aparecieran, nuestra mente comienza a volar y visualizar un mundo muy diferente, muy alejado de la realidad en la cual vivimos. Esto nos permite identificar el Edén como un lugar paradisíaco, adecuado para disfrutar unas buenas vacaciones. Y con frecuencia, consideramos que ese era el papel al cual fueron llamados Adán y Eva. Pero no, ese no era el motivo por el cual Dios había creado al ser humano. Dice Génesis 2: 15: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo cuidara». Adán y Eva alcanzarían su plenitud y la felicidad obedeciendo a Dios y cumpliendo la misión para la cual habían venido a este mundo.

Dios no solo obsequió un mundo perfecto a nuestros primeros padres, sino que también lo colocó bajo su responsabilidad. Así como Dios trajo toda esa bella estructura a la existencia, habría de velar por su mantenimiento y conservación. Sin embargo, decidió hacer partícipe al ser humano de esta importante tarea. Elena G. de White señala que «se colocó a Adán como representante de Dios sobre los órdenes de los seres inferiores. Estos no pueden comprender ni reconocer la soberanía de Dios; sin embargo, fueron creados con capacidad de amar y de servir al hombre».¹⁷

¡Qué gran privilegio el que se le otorgó a Adán y Eva! Un privilegio acompañado por su correspondiente responsabilidad, para lo cual Dios les otorgaría fuerza, talentos y sabiduría. Dios no se desentendía de este mundo que había creado y que había echado a andar, sino que delegaba gran parte de esta función en Adán y Eva. El mundo que Dios había soñado y el hombre que había planeado crear ahora eran una realidad. El universo entero celebraba el surgimiento de este mundo en el concurso de mundos creados por Dios, para su honra y su gloria.

-
1. Hermes Tavera, «¿Más de uno es Dios?», *Ministerio Adventista* (julio-agosto, 2009): p. 20.
 2. William H. Shea, «La doctrina de la Creación», en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe*, Raoul Dederen ed. (Doral, FL: IADPA, 2006), t. 4, pp. 181-182.
 3. Gerhard Hasel y Michael Hasel, *La promesa: El pacto eterno de Dios* (Doral, FL: IADPA, 2021), p. 6.

4. Francis Nichol ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1994), t. 1, p. 221.
5. William Shea, «La doctrina de la Creación», p. 184.
6. Francis Nichol ed., *Comentario bíblico adventista*, t. 1, p. 226.
7. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 23, 24.
8. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 24, 25.
9. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 25.
10. *Ibid.*, p. 27.
11. *Idem.*
12. *Ibid.*, p. 26.
13. *Ibid.*, p. 39.
14. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Doral, FL: IADPA, 2005), p. 65.
15. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2008), t. 6, p. 365.
16. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 32.
17. *Ibid.*, p. 24.

3

El día
que todo
cambió





Esta estrategia
representa la lucha
continua de Satanás
por presentar un cuadro
distorsionado de Dios
y su carácter. Dicha lucha
continúa hoy en el corazón
de cada ser humano,
incluyéndote a ti
y a mí.



El capítulo 1 de Génesis nos presenta la preparación del escenario y la creación del ser humano de forma compacta y resumida. El capítulo 2 presenta mucha información en pocas palabras, pero especialmente vemos cómo Dios entrega en manos de Adán la responsabilidad de todo lo creado y le otorga una compañera idónea para enriquecer su vida y ayudarlo a cumplir la misión de su existencia.

Todo el universo había estado atento a la creación de nuestro planeta. Imagino que fue un momento muy emocionante cuando «vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera» (Génesis 1: 31). Ahora que comenzaba la historia de la vida en este mundo Satanás se sintió celoso y quiso ser el foco de atención, produciendo el fracaso de ese maravilloso plan celebrado por todo el universo. Es así como llegamos al capítulo 3 de Génesis.

«Para conseguir lo que quería sin ser advertido, Satanás escogió como medio a la serpiente, disfraz bien adecuado para su proyecto de engaño. La serpiente era en aquel entonces uno de los seres más inteligentes y bellos de la tierra. Tenía alas, y cuando volaba presentaba una apariencia deslumbradora, con el color y el brillo del oro bruñido. Posada en las cargadas ramas del árbol prohibido, mientras comía su delicioso fruto, cautivaba la atención y deleitaba la vista que la contemplaba. Así, en el huerto de paz, el destructor acechaba su presa».¹

Desde que engañó a nuestros primeros padres en el Edén, Satanás ha venido mezclando la verdad con el error. Notemos parte de la estrategia que usó con Eva:

«Satanás pretendía hacerle creer que el conocimiento del bien mezclado con el mal sería una bendición, y que al prohibirles que comieran del fruto del árbol Dios los estaba privando de un gran bien. Argüía que el Señor les había prohibido probarlo a causa de las maravillosas propiedades que tenía para impartir sabiduría y poder, que de ese modo trataba de impedir que alcanzaran un desarrollo más elevado y que fueran más felices. Le dijo que él había comido del fruto prohibido y que como resultado de ello había adquirido la capacidad de poder hablar, y que si ellos también comían de ese árbol alcanzarían una posición más encumbrada, y tendrían acceso a un ámbito más amplio de conocimiento».²

Esta estrategia representa la lucha continua de Satanás por presentar un cuadro distorsionado de Dios y su carácter. Dicha lucha continúa hoy en el corazón de cada ser humano, incluyéndote a ti y a mí.

ORIENTADOS Y ADVERTIDOS

Conociendo Dios las intenciones de Satanás, hizo provisión para que nuestros primeros padres estuvieran a salvo de las malas y nefastas intenciones del enemigo.

«Nuestros primeros padres fueron advertidos del peligro que los amenazaba. Mensajeros celestiales acudieron a presentarles la historia de la caída de Satanás y sus maquinaciones para destruirlos; para lo cual les explicaron ampliamente la naturaleza del gobierno divino, que el príncipe del mal trataba de derrocar. Fue la desobediencia a los justos mandamientos de Dios lo que ocasionó la caída de Satanás y sus huestes. Cuán importante era, entonces, que Adán y Eva obedecieran aquella ley, único medio por el cual es posible mantener el orden y la equidad».³

De esta manera Adán y Eva quedaron advertidos del peligro que corrían, pero además conocieron los antecedentes de quien procuraba hacerlos caer. Ahora bien, a muchos les cuesta comprender por qué en

un lugar bello y perfecto como el Edén debía existir un elemento que pusiera en riesgo la felicidad y la armonía. La señora White, en la siguiente declaración aclara esta interrogante:

«Cuando Adán y Eva fueron colocados en el hermoso huerto, tenían todo lo que podían desear para su felicidad. Pero Dios, para cumplir sus omniscientes designios, quiso probar su lealtad antes de que pudieran ser considerados eternamente fuera de peligro. Habían de disfrutar de su favor, y él conversaría con ellos, y ellos con él. Sin embargo, no puso el mal fuera de su alcance. Permitió que Satanás los tentara. Si soportaban la prueba gozarían del perpetuo favor de Dios y de los ángeles del cielo».⁴

La frase «permitió que Satanás los tentara» suena fuerte, pareciera como si Dios estuviera propiciando la caída de nuestros primeros padres, pero no, al contrario, en este espacio estamos enfatizando el esfuerzo que el Cielo hizo para que nuestros primeros padres tuvieran *toda* la información pertinente. La tentación es la alternativa que el individuo tiene de obedecer a Dios o de no hacerlo.

El cielo hizo todo lo que podía hacer a fin de que los primeros habitantes de esta tierra, los administradores del Edén, tuvieran todos los elementos necesarios para tomar una decisión inteligente, si se presentaba la oportunidad. Mientras Adán y Eva vigilaban la marcha y el funcionamiento del jardín encomendado a su cuidado, los ángeles con sumo interés vigilaban los pasos, los movimientos y las decisiones de ellos, a fin de asegurarse de que gozaban de bienestar y estaban a salvo del peligro. Hoy todavía los ángeles celestiales están prestos a cumplir las órdenes de Dios en favor de sus hijos. «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (Heb. 1: 14).

DECISIONES A LA SOMBRA DEL ÁRBOL

En Génesis 1 y 2 Dios entrega a Adán la administración del huerto y pone a su disposición todo lo que allí había, excepto el árbol del conocimiento del bien y del mal (ver Gén. 2: 15- 17). ¿Por qué casi todo? ¿Por qué no todo? ¿Y por qué el fruto del árbol se tornó en la única prohibición para Adán y Eva? Como vimos en el capítulo anterior,

el árbol prohibido constituía una prueba de *gratitud* y *lealtad*, era una oportunidad para demostrar *fe* y *confianza* y al mismo tiempo una prueba de *obediencia* y *amor*.

Es así como llegamos a Génesis 3, donde Eva se encuentra con el engañador disfrazado de serpiente. Resulta llamativo que Eva estaba sola cuando Satanás la abordó. Los esposos se encontraban en lugares diferentes y Satanás aprovechó la oportunidad. Lo que ocurrió en la separación de los esposos y el momento en que Eva entabló el diálogo con la serpiente, contiene una valiosa enseñanza para el cristiano. Pero de esa enseñanza, me gustaría resaltar dos elementos:

Separación. Dios a través de sus ángeles había dado una instrucción específica: «No se separen».⁵ Sin embargo, Adán y Eva desestimaron la advertencia. De esto podemos aprender que ir en contra de lo que Dios ha dicho siempre representa un peligro, tanto para los esposos como para los individuos. Dios siempre sabe lo que es lo mejor para sus hijos.

Distracción. La distracción representa una especie de enajenamiento de nuestra capacidad de control y es responsable de muchos accidentes de tránsito y también de otros tipos de desastres que pueden ocurrirnos. Eva se distrajo... y Satanás aprovechó. Ya distraída Eva, no le costó ni tiempo, ni esfuerzo llegar al único lugar que representaba peligro para ellos, el único lugar donde Satanás tendría acceso a ellos.

Satanás vio el momento propicio para lanzar sobre Eva su flecha mortal. «La serpiente era más astuta que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho, y dijo a la mujer: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de ningún árbol del huerto?’”» (Gén. 3: 1). Esta pregunta inicial contenía una extraña mezcla de verdad y error; pero, además, provocaba la corrección, que de inmediato Eva se dispuso a ofrecer. Y al hacerlo, Eva cometió también el error de entrar en un diálogo con el enemigo. Todas estas circunstancias y detalles, aparentemente sin importancia, formularon la trampa de la cual Eva no pudo escapar.

El siguiente paso en este desdichado encuentro se produjo de esta manera: «Al ver la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella» (Gén. 3: 6). Ahora nosotros, sin estar en los zapatos de Eva y analizando fríamente la situación que afrontó como producto de ese diálogo, vemos la escalera que ella usó, a su juicio, para subir a un plano superior;

cuando en realidad la tomó para descender al plano de la miseria, la pena, el remordimiento y la desesperación. La pluma inspirada resume este drama de la siguiente manera:

«Tomó entonces del fruto y comió, e imaginó que sentía el poder vivificante de una nueva y elevada existencia como resultado de la influencia estimulante del fruto prohibido. Se encontraba en un estado de excitación extraña y antinatural cuando buscó a su esposo con las manos llenas del fruto prohibido. Le habló acerca del sabio discurso de la serpiente y manifestó su deseo de llevarlo inmediatamente junto al árbol del conocimiento. Le dijo que había comido del fruto, y que en lugar de experimentar una sensación de muerte, sentía una influencia estimulante y placentera. Tan pronto como Eva desobedeció se transformó en un instrumento poderoso para ocasionar la caída de su esposo».⁶

Cuando vemos lo que hizo Eva y cómo su esposo la acompañó en esta decisión nos preguntamos: ¿Qué pasó? ¿Por qué a pesar de todas las medidas tomadas por el amante Creador, nuestros primeros padres cayeron? ¿No había forma de impedirlo?

LIBRE ALBEDRÍO

La respuesta a la pregunta anterior se encuentra en el relato de la creación del ser humano: «Entonces dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra”» (Gén. 1: 26). En esta decisión divina se destacan dos elementos:

- ***La forma en que el ser humano fue creado.*** Dios trajo a la existencia a todos los demás seres vivos mediante una orden divina; pero al crear al ser humano Dios decidió hacerlo con sus propias manos.
- ***«A nuestra imagen».*** Ninguno de los seres creados antes sirvió de modelo para el nuevo ser. Dios, el Creador, decidió hacerlo a su semejanza. «El hombre había de llevar la imagen de Dios, tanto en la semejanza exterior, como en el carácter. Aunque únicamente Cristo es “la misma imagen” del Padre (Heb. 1: 3); el hombre fue creado a semejanza de Dios. Su naturaleza estaba en armonía con la voluntad de Dios. Su mente era capaz de comprender las cosas divinas. Sus

afectos eran puros, sus apetitos y pasiones estaban bajo el dominio de la razón. Era santo y se sentía feliz de llevar la imagen de Dios y de mantenerse en perfecta obediencia a la voluntad del Padre».⁷

Cuando nace un bebé, una pregunta muy común que surge es: ¿a quién se parece? ¿Al papá? ¿A la mamá? ¿A un abuelito o abuelita? El registro sagrado manifiesta claramente que Adán llevaba la semejanza de Dios. Esto implica que nuestros primeros padres tenían la capacidad de tomar decisiones morales. Así que cuando Adán y Eva decidieron acatar la sugerencia de Satanás, dando la espalda a la orientación divina, perdieron algunas de las facultades que Dios les había otorgado.

«Por cuanto el hombre fue creado a la imagen moral de Dios, se le dio la oportunidad de demostrar su amor y lealtad a su Creador. A semejanza de Dios, tenía la oportunidad de escoger, es decir, la libertad de pensar y actuar con referencia a imperativos morales. De este modo, era libre de amar y obedecer o desconfiar y desobedecer. Dios corrió el riesgo de que el hombre escogiera en forma equivocada, porque únicamente poseyendo la libertad de escoger podría el hombre desarrollar un carácter que exhibiera plenamente el principio del amor que es la esencia de Dios mismo (1 Juan 4: 8)».⁸

LAS CONSECUENCIAS DE LA DECISIÓN

Una vez que Adán y Eva consumaron la acción que los identificó como desobedientes, ellos mismos comenzaron a experimentar y a visualizar a su alrededor parte de las consecuencias que muy pronto comenzarían a desencadenarse. Todo en ellos, y también a su alrededor, comenzó a cambiar. Algunos de estos cambios los percibieron de inmediato, otros los fueron identificando poco a poco, con el paso del tiempo.

Hubo consecuencias inmediatas, como la desnudez que experimentaron tras comer del árbol prohibido. El aire que hasta ahora había sido agradable, parecía querer congelarlos. Experimentaron una sensación de necesidad y por primera vez prestaron atención a lo externo, por eso decidieron cubrir su cuerpo con vestidos elaborados por ellos mismos. También notamos en las expresiones y actitudes de la pareja cómo surgen la culpa, el miedo y la vergüenza.

También hubo consecuencias que, aunque no se manifestaron de inmediato, acompañan a la raza humana desde entonces. Cuando Dios

se encontró con nuestros primeros padres, ahora bajo el nuevo estatus de «pecadores», les declaró las consecuencias que sus actos acarrearían. La serpiente recibe una maldición (Gén. 3: 14). A Eva se le habló de la tristeza y de los dolores que experimentaría. Adán escuchó la terrible sentencia de que, por su culpa, la tierra recibiría una maldición, produciría espinos y cardos, elementos extraños hasta ahora. Y el trabajo que se le había asignado para realizar con deleite, se tornaría en una carga pesada, que para llevarla a cabo se requeriría sufrimiento y sacrificio. Continuaría siendo una bendición para el hombre, pero su realización ya no estaría revestida de placer (Gén. 3: 17-19).

«Bajo la maldición del pecado, toda la naturaleza daría al ser humano testimonio del carácter y las consecuencias de la rebelión contra Dios. Cuando Dios creó al hombre lo hizo señor de toda la tierra y de todos los seres que la habitaban. Mientras Adán permaneció leal a Dios, toda la naturaleza se mantuvo bajo su señorío. Pero cuando se rebeló contra la ley divina, las criaturas inferiores se rebelaron contra su dominio. Así el Señor, en su gran misericordia, quiso enseñar al hombre la santidad de su ley e inducirlo a ver por su propia experiencia el peligro de hacerla a un lado, aun en lo más mínimo.

»La vida de trabajo y cuidado, que en lo sucesivo sería el destino del hombre, le fue asignada por amor a él. Era una disciplina que su pecado había hecho necesaria para frenar la tendencia a ceder a los apetitos y las pasiones y para desarrollar hábitos de dominio propio. Era parte del gran plan de Dios para rescatar al hombre de la ruina y la degradación del pecado».⁹

UN RAYO DE ESPERANZA

Un día, mi hermano y yo estábamos esperando la hora de salida de su avión en el aeropuerto. Allí, cerca de la puerta estaban dos jovencitos que evidentemente eran hermanos, elegantemente vestidos con un uniforme militar. Cerca de ellos estaban sus padres, aprovechando la oportunidad de platicar unos minutos más mientras se anunciaba la salida del vuelo de sus hijos. Mi hermano se acercó a los padres y se dio cuenta de que sus hijos habían estado de vacaciones y ahora regresaban a los Estados Unidos, donde estudiaban en una academia militar.

Cuando se anunció la salida de su vuelo, los jovencitos se despidieron de sus padres y entraron en la sala. Pero el menor manifestó de

forma visible su pesar por la separación. Abrazó a sus padres, se inclinó y mientras se enjugaba las lágrimas, avanzó hacia su lugar de embarque, perdiéndose entre la multitud que lo rodeaba. Atrás quedaron sus padres tristes, llorando y alargando sus cuellos, como queriendo acompañar a sus hijos.

No cabe duda de que aquel día, allí en la puerta del Edén, se produjo una terrible despedida. Un Dios inmensamente amoroso, defraudado por la conducta desobediente de sus hijos, que ahora salen para hacer frente a las consecuencias de sus decisiones.

Pero no todo está perdido. Aquella tenebrosa escena se ve iluminada por un rayo de esperanza. Los ángeles depusieron sus coronas, el cielo guardó silencio y el universo entero quedó en suspenso, hasta que Dios reveló un perfecto plan de rescate para los perdidos. Entre las palabras que Dios les dijo a nuestros primeros padres, después de haber cometido su falta, les habló de un muro de enemistad que Dios establecería para dividir los intereses de la serpiente y los de la raza humana. «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón» (Génesis 3: 15).

«Esta sentencia, pronunciada en presencia de nuestros primeros padres, fue una promesa para ellos. Mientras predecía la lucha entre el hombre y Satanás, declaraba que el poder del gran adversario sería finalmente destruido [...]. Aunque habrían de padecer por efecto del poder de su gran enemigo, podrían esperar una victoria final [...]. Los ángeles celestiales explicaron detalladamente a nuestros primeros padres el plan que había sido concebido para su redención. Se les aseguró a Adán y a su compañera que a pesar de su gran pecado, no se les abandonaría a merced de Satanás. El Hijo de Dios había ofrecido expiar, con su propia vida, la transgresión de ellos. Se les otorgaría un tiempo de gracia y, mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo, podrían llegar a ser de nuevo hijos de Dios».¹⁰

¡Oh maravilla! ¡Había un plan de rescate! Aunque tristes y cabizbajos, Adán y Eva salieron del Edén con una chispa de esperanza en su corazón. Pero lo interesante es que el Hijo de Dios, él mismo se ofreció como garante de este proyecto de restauración. Por eso Atilio

Dupertuis solía decir a sus alumnos en clase que, aunque nuestros primeros padres tuvieron que salir del Edén, salieron habiendo aprendido algunas lecciones, entre ellas:

- Con el pecado no se juega.
- Dios todavía los amaba mucho.
- Había esperanza para ellos.

Ahora bien, no solo los seres humanos, sino también la tierra misma había caído bajo el dominio de Satanás y debía ser restaurada mediante el plan de redención. Cuando Adán fue creado, recibió de parte de Dios el señorío de la tierra; pero cuando cayó bajo el dominio de Satanás, este ejerció el señorío perdido por Adán. El hombre, la tierra y el señorío dado a Adán se perdieron, pero mediante el plan de salvación, todo se rescataría. En el próximo capítulo abordaremos con más detalle la función del ser humano como administrador de la creación, incluso a pesar de la caída. Pero por ahora baste con decir que Dios les dio un rayo de luz al vestirlos con túnicas de pieles.

UN NUEVO VESTIDO

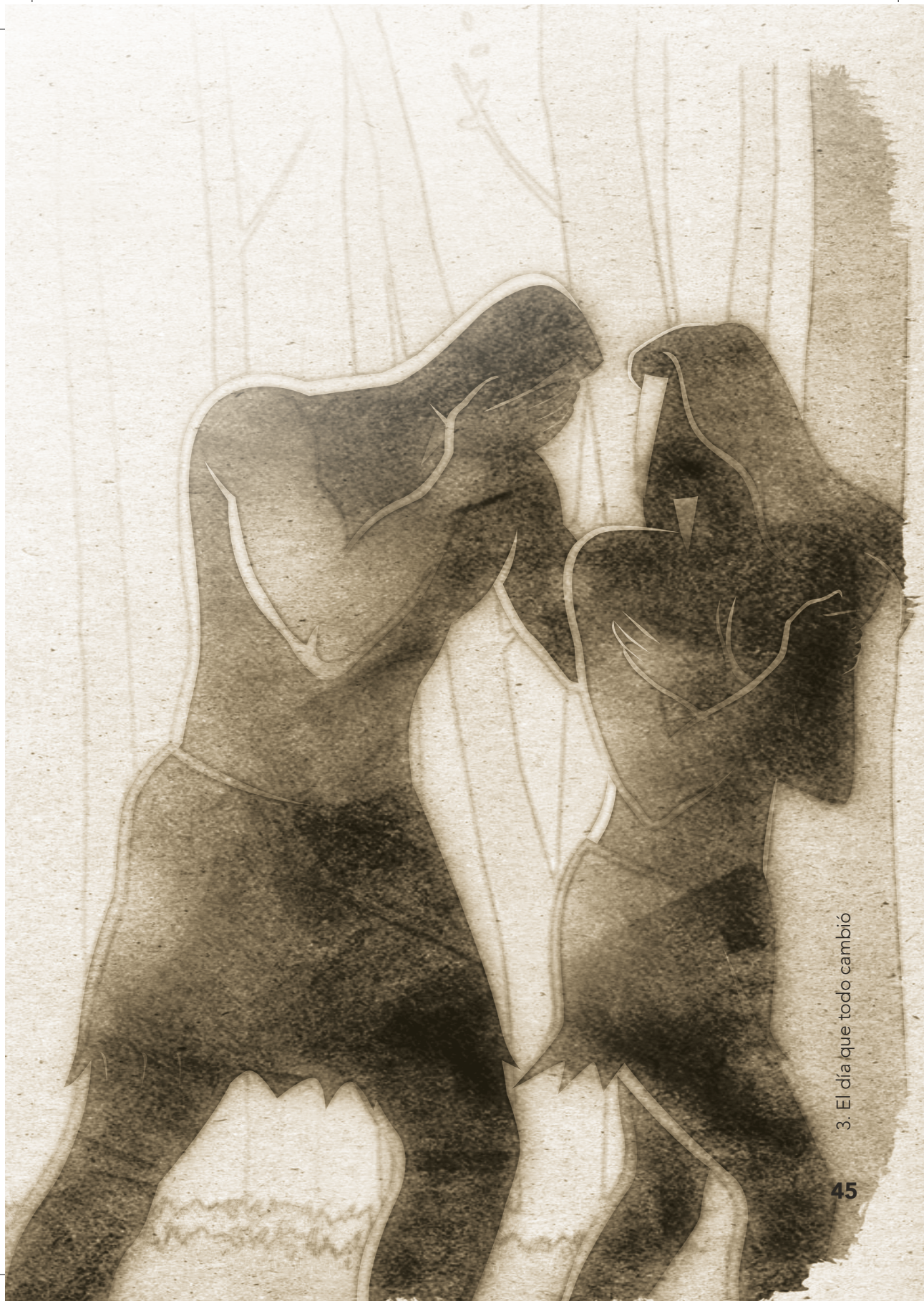
La entrada del pecado produjo alienación entre Dios y el ser humano. Adán y Eva se escondieron de la presencia del Creador y Dios tuvo que salir a buscarlos. Cuando los encontró, estaban vestidos de hojas de higuera cosidas. Por supuesto, los marcados cambios de clima a los que Adán y Eva se habrían de enfrentar pondrían en evidencia la inutilidad de un vestido de esa clase. Dios, entonces, por misericordia, les confecciona un mejor vestido, hecho con pieles.

Aunque el establecimiento del sistema de sacrificios no se menciona explícitamente en el relato, fue allí cuando Dios lo estableció como parte del plan de salvación. Elena G. de White señala que: «El sacrificio de animales fue ordenado por Dios para que sirviera a la humanidad como un recuerdo perpetuo, un penitente reconocimiento de su pecado y una confesión de su fe en el Redentor prometido. Tenía por objeto revelar a la raza caída la solemne verdad de que el pecado era lo que causaba la muerte».¹¹

Como cristianos hemos de estar conscientes del inmenso precio de la desobediencia y de todo lo que se produjo a causa de ella. Pero este hecho también nos revela el gran Dios de amor y misericordia que

adoramos y servimos. Por nuestra transgresión merecíamos la muerte, por eso todo lo que somos, tenemos o podemos llegar a ser se debe única y exclusivamente a la gracia y la misericordia de nuestro Dios. Bien lo expresó el salmista cuando escribió: «Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira y grande en misericordia» (Salmo 103: 8).

1. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 33.
2. Elena G. de White, *La educación*, p. 24.
3. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 31-32.
4. Elena G. de White, *La historia de la redención* (Doral, FL: IADPA; 2013), p. 21.
5. Ver *Patriarcas y profetas*, p. 33.
6. Elena G. de White, *La historia de la redención*, pp. 31-32.
7. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 24-25.
8. *Creencias de los adventistas del séptimo día*, p. 95.
9. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 39.
10. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 46-47.
11. *Ibid.*, p. 48.



3. El día que todo cambió

4

Una labor enriquecedora





«El propósito original
de Dios al crearnos
fue que seamos
verdaderos mayordomos
y administradores».



El señor Moore, un maestro jubilado, estaba buscando urgentemente a un mayordomo para que administrara su finca. El panorama ordenado, vivo y lleno de verdor que una vez caracterizara su tierra había desaparecido. El entorno de esta extraordinaria tierra ahora proyectaba un cuadro tétrico. Sus terrenos baldíos exhibían profusamente el despilfarro que imperaba en toda la finca. Los árboles frutales y frondosos se habían secado; la casa estaba desorganizada y su piso polvoriento; el almacén que una vez estuviera lleno de provisiones ahora acogía a los animales de la finca que vivían allí a sus anchas; y las maquinarias y herramientas se habían averiado y ya no funcionaban correctamente.

El profesor Moore hizo un concurso para elegir al intendente que se ocuparía del delicado cuidado de su finca. Entre todos los participantes, escogió a un señor llamado Frank, quien ocupó el puesto de mayordomo de la finca. Frank prontamente se trasladó junto con su familia a la finca del señor Moore y comenzaron a trabajar con entusiasmo para restaurar la finca. En tan solo unos pocos días la casa estaba completamente limpia y ordenada. La hierba podada exhibía el radiante verdor del pasto. El almacén de provisiones lucía organizado y los animales habían sido reubicados a su habitat natural. Las herramientas habían sido colocadas en un lugar adecuado y las maquinarias estaban engrasadas, limpias y funcionaban óptimamente. Cuando el profesor Moore visitó la finca no pudo ocultar la satisfacción que sintió con el maravilloso trabajo que había realizado su nuevo mayordomo.

Unas semanas después, Frank tomó algunas naranjas y mandarinas para el consumo de su familia y cuando el señor Moore les realizó la siguiente visita, Frank le contó que había consumido algunos frutos y que estaba en la disposición de pagarlos. El señor Moore quedó impactado por las palabras de Frank y exclamó: «¡Imposible! No tiene nada que pagar, pueden utilizar todo lo que hay en el rancho para su sustento diario».

Pasaron unos días y el señor Moore se encontró con el amigo que le había recomendado a Frank, y después de contarle lo ocurrido con los frutos que Frank y su familia habían consumido, le dijo: «Tengo la firme convicción de que encontré a la persona indicada para la administración de mi finca».

Lamentablemente, no todos los contratos de trabajo entre un patrón y un mayordomo terminan con tanta satisfacción como la del profesor Moore. En distintas ocasiones los dueños se han dado cuenta del comportamiento deshonesto de los empleados a los que les han confiado sus tierras o empresas. El dueño de un negocio, establecimiento o empresa, por lo general deposita su confianza en un individuo para que administre lo que se le ha confiado como si fuera suyo, sin que en realidad lo sea. Por lo tanto, se espera que la persona que ocupe el puesto de mayordomo sea responsable, honrado y fiel. Además, se espera que un administrador tenga la capacidad de advertir y prevenir situaciones que puedan perjudicar los intereses del propietario y que tome las medidas necesarias de forma oportuna para el correcto desempeño de lo que administra.

Como ya vimos, el dueño de la tierra o de la empresa experimenta una gran alegría cuando encuentra un mayordomo confiable y que hace prosperar todo lo que administra. Obviamente todo lo dicho hasta aquí se puede aplicar a nuestra relación con Dios. Él es el Dueño de todo cuanto existe y nosotros somos los mayordomos. «Cuando Dios creó al ser humano lo hizo para que fuera “señor”, es decir, administrador de su creación (Gén. 1: 26) [...]. Todo esto no solo revela que somos hechura de Dios, sino que él ha puesto todo lo que creó en nuestras manos. Él quiere que utilicemos todas las cosas de tal manera

que sean beneficiosas para nosotros y que glorifiquemos a nuestro Creador. El propósito original de Dios al crearnos fue que seamos verdadero mayordomos y administradores».¹

DESCALIFICADOS, PERO LA TAREA CONTINÚA

La historia de la expulsión de Adán y Eva del jardín de Edén es sumamente triste. Por su desobediencia, nuestros primeros padres perdieron el derecho de disfrutar y administrar su hogar paradisiaco. Sin embargo, nunca dejaron de ser objeto del amor divino. Y a pesar de lo que habían hecho y de la nefasta elección de alejarse de Dios, el Señor, en su gran amor y misericordia, no les quitó la oportunidad, ni la responsabilidad de seguir siendo sus mayordomos.² Aunque las circunstancias fuera del Edén serían muy diferentes, como las espinas y los cardos que la tierra produciría, el sudor en la frente que caracterizaría el trabajo arduo que se requeriría para labrar y hacer productiva la tierra, los embates del clima que harían aún más difícil la tarea de administrar una tierra maldita por el pecado, lo cierto es que Dios, en aras de una nueva oportunidad para ellos, les reiteró su misión y también su disposición de sostenerlos y ayudarlos.

En el jardín del Edén, Adán y Eva gozaban de la frecuente visita de Dios y de los santos ángeles, quienes les impartían las enseñanzas necesarias para que pudieran llevar a cabo las tareas que se les habían asignado.³ Si se hubieran mantenidos fieles al Creador, habrían seguido adquiriendo nuevos tesoros de conocimiento, descubriendo nuevos manantiales de felicidad y recibiendo vislumbres cada vez más claras de la sabiduría, el poder y el amor de Dios.⁴

LA TAREA DE ADMINISTRAR LOS BIENES DE DIOS

La tarea que se le asignó a Adán y Eva y a todos sus descendientes consistía en administrar toda la creación para así desarrollar su relación con Dios, sus semejantes y el mundo que los rodeaba. «Que todo hombre nos considere como servidores de Cristo y mayordomos de los misterios de Dios» (1 Cor. 4: 1, RVA15). Los misterios que Pablo menciona en esta declaración son los elementos que intervienen en la obra de redimir al ser humano.⁵ Por lo tanto, es de vital importancia que

podamos comprender perfectamente cuáles son estos cuatro elementos o aspectos que debemos administrar como mayordomos de los bienes de Dios.

El cuerpo. La Palabra de Dios es clara con respecto a quién es el Dueño de nuestro cuerpo: «¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños» (1 Cor. 6: 19, NVI). En esta declaración, Pablo no solo nos recuerda que el cuerpo es un elemento importante que se encuentra bajo nuestra responsabilidad, sino que reafirma nuestra tarea como mayordomos de este. El cuerpo no solo es lo que somos, sino que lo hemos «recibido de parte de Dios». En el relato de la creación Dios mismo formó el cuerpo de Adán, lo hizo con sus propias manos, así que el cuerpo es un tesoro, una obra maestra que salió de las manos del arquitecto divino. Por ello la Biblia declara de forma contundente que hemos de cuidar ese tesoro de Dios.

Como pueblo de Dios hemos recibido abundante y valiosa información mediante la Escritura y el Espíritu de Profecía en lo que respecta a la administración de la extraordinaria maquinaria humana:

«Somos hechura de Dios y su Palabra declara que hemos sido creados “formidable y maravillosamente”. Ha preparado este cuerpo para ser morada de la mente; lo ha “entretejido” (Sal. 139: 15) como un templo para la morada de su Espíritu Santo. La mente rige a todo el hombre. Todos nuestros hechos, buenos o malos, tienen su origen en la mente. Es ella la que adora a Dios y nos une con los seres celestiales. Sin embargo, muchos pasan toda su vida sin adquirir conocimiento en cuanto al estuche [el cuerpo humano] que contiene este tesoro».⁶

Los talentos. Por medio de la labor física y mental el ser humano debería siempre adorar a Aquel que es el dador de todo talento. Dice Elena G. de White:

«Si hacemos el mejor uso posible de nuestros talentos, el Espíritu de Dios nos conducirá continuamente a una mayor eficiencia. El Señor dijo al hombre que había negociado fielmente con sus talentos: “¡Bien, siervo bueno y fiel! Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor”. También se esperaba del hombre que

había recibido uno que hiciera el mejor uso posible de su talento. Si hubiera negociado con las mercaderías de su señor, el Señor hubiera multiplicado el talento. Dios ha dado a cada hombre su obra “según su capacidad”». ⁷

En el plan divino, cada persona ha recibido por lo menos un talento para servir al Señor y bendecir a la humanidad. Estos talentos tienen la facultad de que, en la medida en que los utilizamos, se multiplican. Ahora bien, a menudo lo que Dios desea hacer mediante nosotros y nuestros talentos va mucho más allá de una simple bendición personal o familiar y se extiende y alcanza también a los que nos rodean, y en algunos casos incluso podemos resultar de bendición para personas que ni siquiera conocemos.

El tiempo. Como todo lo que hay en este mundo, el tiempo es propiedad de Dios, y constituye un valioso capital que debe ser administrado con el objetivo de glorificar al Señor. Como dueño del tiempo, nuestro Creador apartó un día para que reposemos y tengamos comunión con él. Leamos lo que dice el cuarto mandamiento: «Pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios» (Éxo. 20: 10). El sábado es un día dedicado a Dios, a la familia y a la comunión con nuestro prójimo.

Las posesiones o tesoros. Dios le dio al ser humano dominio sobre todo lo creado, pero no le dio el derecho de propiedad. La Biblia es clara al respecto: los seres humanos solo administramos lo que le pertenece a Dios. Por supuesto, el tema del dinero suele ser muy delicado y personal. La mayoría de las personas consideran el dinero como lo más valioso de este mundo. Este tipo de pensamiento se ha filtrado en el cristianismo.

La Biblia es clara con respecto quién es el verdadero Dueño de todo cuanto existe, incluyendo el dinero: «Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 8). «La Palabra de Dios, denuncia el amor al dinero como la raíz de todos los males. El dinero en sí mismo es el don de Dios al hombre, para que este lo utilice con fidelidad en su servicio. Dios bendijo a Abraham y lo enriqueció con ganado,

plata y oro. Y la Biblia declara, como una evidencia del favor divino, que Dios dio a David, Salomón, Josafat y Ezequías muchas riquezas y honor».⁸

De manera que las riquezas no son malas en sí mismas, todo lo contrario, si se reconoce su origen y se administran de acuerdo con el plan de Dios, constituyen una bendición para el que las posee y también para quienes son bendecidos por la generosidad de quienes las poseen.

LOS ADMINISTRADORES QUE DIOS ESCOGIÓ

El ser humano, aunque descalificado por la caída, todavía continúa siendo el encargado de administrar los bienes de Dios. La siguiente declaración del pastor Hazael Bustos, nos presenta un panorama práctico de los que se espera de nosotros como administradores y mayordomos:

«En este libro, las palabras clave son administración y mayordomía, y en forma tangencial, economía. Desde el punto de vista etimológico, la primera proviene de la palabra latina compuesta por la preposición “ad”, que significa “a”, y “ministrare”, que significa “servir”; (es decir, “servir a”). La raíz de la palabra “ministrar” y “minister” es “minus”, que significa “menos”. Un administrador, en consecuencia, es el que sirve a los demás y es una persona clave en la organización. La palabra economía viene de la palabra griega “oikonomía” compuesta por “oikos”, que quiere decir “casa” e incluye los bienes y la familia, y “nomía” que significa “cuidado” o “manejo”. Ambas, administración y economía, remiten al sentido de mayordomía. En definitiva, el mayordomo es un siervo que administra el funcionamiento de todas las cosas de la casa».⁹

En las parábolas de Mateo 20: 1-16 y Lucas 16: 1-15, se nos dice claramente que el mayordomo no es el dueño de la casa que gobierna. Es un siervo del Señor que vela por el bienestar de las cosas de la casa. De acuerdo con los conceptos que ya hemos tratado, Dios es el dueño y Señor absoluto de todo lo creado. Nosotros, como mayordomos, tenemos limitaciones; podemos poseer algunas cosas, pero por muy

poco tiempo. Tenemos la vida, que Dios nos ha otorgado, pero no para siempre. Tenemos dinero y propiedades, pero al morir queda todo a disposición de nuestra familia o de los acreedores.

Recuerdo al concluir mi carrera universitaria, me emplearon en una ciudad del sur de México. Cierta día me correspondía ir a la casa de una señora para darle un estudio bíblico. Al llegar a la casa, la hija de la señora me dijo que su mamá no estaría en el estudio. Acto seguido me contó por qué: Esa semana su madre había querido cercar el lote de la casa, pero al construir la valla, la vecina no estuvo de acuerdo con los linderos que se establecieron, pues ella alegaba que le había sustraído dos metros. Este incidente lo protagonizaron dos hermanas, y según la jovencita que me contaba la historia, su abuela les había dejado aquella tierra como herencia, pero su mamá y su tía no se podían poner de acuerdo por dos metros del terreno que le habían legado. De manera que tuvieron que llevar el caso a los tribunales. Después de escuchar la historia, decidí leerle a la jovencita lo siguiente: «De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan» (Sal. 24: 1). Y comenté: «Ellas se están peleando por dos metros de tierra, que al final de cuentas se quedará aquí cuando ellas mueran».

LAS LIMITACIONES DEL MAYORDOMO

Aunque el mayordomo interviene en el cuidado de todos los bienes de su señor, tiene algunas limitaciones en la administración de dichos recursos. En primer lugar, cada mayordomo ha de recordar que Dios tiene y conserva el título de propiedad. En Génesis 1: 1, Dios se revela como el creador de todo: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra». Luego, el libro de Levítico recoge una declaración del Señor mismo: «La tierra no podrá venderse a perpetuidad, porque la tierra es mía» (vers. 25: 23, RVC). Y por medio del salmista dice el Señor: «Pues míos son todos los animales salvajes, lo mismo que los ganados de las serranías; mías son las aves de las montañas y todo lo que bulle en el campo. Si yo tuviera hambre, no te lo diría a ti, pues el mundo es mío, con todo lo que hay en él» (Sal. 50: 10-12, DHH). Por medio del profeta Hageo, Dios dice a quién pertenecen los recursos financieros: «Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 8). La Escritura

afirma, además: «Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces» (Sant. 1: 17). Y Moisés declaró, según Deuteronomio 8: 18: «Acuérdate del Señor tu Dios. Él es quien te da las fuerzas para obtener riquezas» (NTV).

CARACTERÍSTICAS DEL MAYORDOMO FIEL

A continuación, señalamos algunas características que debe poseer la persona que se dispone a administrar los bienes de Dios:

1. ***El mayordomo fiel hace la voluntad de su Señor.*** «Ahora bien, lo que se requiere de los administradores es que cada uno sea hallado fiel» (1 Cor. 4: 2). Ser fiel como mayordomo implica ser obediente, tener amor por la causa y someterse a la dirección de Dios, de tal manera que la opinión y las ideas del siervo queden sometidas a las órdenes de Dios.
2. ***Se esfuerza por estudiar la Palabra diligentemente.*** El apóstol Pablo aconseja lo siguiente: «Esfuézate por presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse y que interpreta rectamente la palabra de verdad» (2 Tim. 2: 15, NVI). El conocimiento de la Palabra es indispensable para el que quiera ser un buen representante de Dios. Estudiar su Palabra nos proporcionará lo necesario para conocer su voluntad y actuar con sabiduría.
3. ***Utiliza métodos íntegros y transparentes en la administración.*** Ya sea para la predicación del evangelio o la adquisición de recursos financieros, el mayordomo debe usar métodos fiables. Cuando Jesús se refirió al mayordomo infiel, dijo: «El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto» (Lucas 16: 10). No podemos esperar mayores responsabilidades de parte de nuestro Señor si no hemos demostrado lealtad y fidelidad en los asuntos menores.
4. ***Participación total.*** Cuando decimos que tenemos «un hogar», a nadie le llega a la mente que somos dueños de un edificio de cuatro paredes o que pagamos el alquiler de un departamento. Con esta declaración, la mayoría de nosotros nos referimos a la familia de la que formamos parte. De la misma manera, cuando contribuimos con la causa de Dios mediante la participación financiera, las ofrendas, esto no nos convierte automáticamente en mayordomos

fieles del Señor. Para ser verdaderamente buenos mayordomos hemos de testificar, no solo con nuestras palabras, sino también con nuestros actos y pensamientos. Nuestra mayordomía no se mide solo por lo que echamos en un platillo sino por la forma en la que manejamos y administramos lo que queda en nuestro bolsillo. «Recuerden esto: El que siembra escasamente, escasamente cosechará, y el que siembra en abundancia, en abundancia cosechará» (2 Cor. 9: 6, NVI).

LA MAYOR BENDICIÓN DEL MAYORDOMO

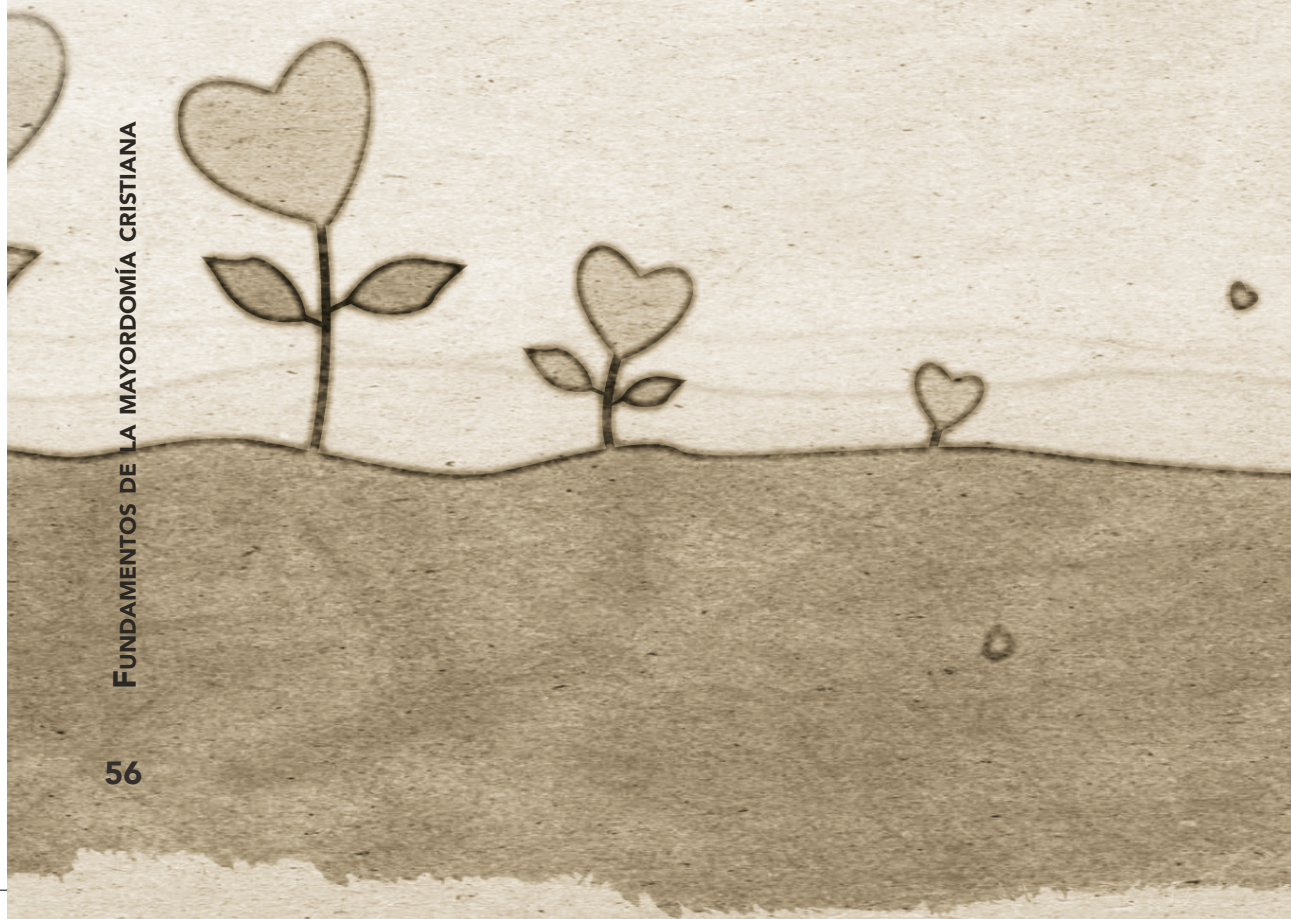
La mayor bendición de una mayordomía fiel queda excelentemente retratada en la siguiente historia escrita por el famoso autor norteamericano Natanael Hawthorne:

«El relato cuenta que desde una aldea montañosa podía verse el perfil de un rostro esculpido por una mano sobre la roca de una montaña. Aquella fantasía de mármol era llamada “el viejito”. La tradición que corría de boca en boca era que algún día, alguien que se pareciera a “el viejito” vendría a la aldea y que sería un hombre que cautivaría a todos por su bondad. Un muchacho que anhelaba la llegada de aquel que se pareciera a “el viejito”, miraba cada día ansiosamente la piedra, preguntándose si él viviría ese momento. Ese día llegó antes de lo esperado, pero no porque “aquel” viejito viniera al pueblo. En realidad, con el tiempo la gente comenzó a llamar a ese joven “el viejito”, porque llevaba una vida sumamente pulcra, era bondadoso y porque su rostro, poco a pocos comenzaba a parecerse al de aquella imagen esculpida en la piedra».¹⁰

Si hoy, aquí en la tierra, contemplamos a Jesús e imitamos su carácter, no pasará mucho tiempo hasta que lleguemos a parecernos a él. Pronto las personas que nos rodean empezarán a ver en nosotros el carácter del Maestro de Galilea y reconocerán en nuestras vidas el amor, la misericordia y la generosidad que caracterizan al Salvador. Seremos transformados de gloria en gloria a su imagen (ver 2 Corintios 3: 18).

-
1. Joel Fernández, *Cien preguntas sobre mayordomía* (Doral, FL: IADPA, 2011), p. 18.
 2. Charles E. Bradford, «Mayordomía», en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe*, Raoul Dederen, ed. (Doral, FL: IADPA, 2007), t. 6, p. 182.
 3. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 30.

4. *Idem.*
5. Simon J. Kistemaker, *Comentario al Nuevo Testamento: 1 Corintios* (Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 1998), p. 121.
6. Elena G. de White, *Conducción del niño* (Doral, FL: IADPA, 2019), p. 361.
7. Elena G. de White, *Mensajes para los jóvenes* (Doral, FL: IADPA, 2008), p. 213.
8. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Doral, Florida: IADPA, 2005), p. 136.
9. Hazael Bustos, *Un compromiso de amor* (Freedom, CA: Publicart Communications, 1992), pp. 19, 20.
10. Citado en: Hazael Bustos, *Un compromiso de amor*, p. 36.







5

Una maravilla hecha de barro





A pesar de que esta
maravillosa y compleja
maquinaria humana
se ha visto afectada
por el pecado, Dios todavía
quiere que la cuidemos
y la tratemos
como lo que es:
el templo
del Espíritu Santo.



Después de soplar en su nariz aliento de vida, Adán se puso de pie y lo primero que contempló fue el rostro de su Hacedor, la fuente de su existencia. Al llegar a la existencia Adán también vio cientos y miles de especies de animales que luego él tendría que nombrar y cuidar. ¿De qué color serían los ojos de Adán? ¡No lo sabemos! Lo que sí sabemos es que tenían la capacidad de captar en la más alta definición las maravillas que estaban a su alrededor.

La vista es quizás el más utilizado de los cinco sentidos. El ojo es el órgano principal del sistema visual, que capta las imágenes y las convierte en señales eléctricas que envía al cerebro mediante el nervio óptico. El ojo es una esfera de aproximadamente veinticinco milímetros de diámetro con un peso aproximado de ocho gramos pero que contiene dentro una multitud de órganos, incluidas las únicas células transparentes del cuerpo humano.

Definitivamente el cuerpo humano es una maquinaria maravillosa. El primer sentido que desarrollamos en el vientre materno es el oído. «El sistema auditivo es el conjunto de órganos que hace posible el sentido del oído de un ser vivo. La función de nuestro sentido auditivo es esencialmente transformar las variaciones de presión originadas por la propagación de ondas sonoras en el aire en impulsos eléctricos, información que los nervios acústicos transmiten a nuestro cerebro para la asignación de significados. Este sentido es el que permite a los órganos captar el sonido del ambiente».¹

Es posible que David haya tenido en mente estas maravillas y otras más cuando escribió lo siguiente: «Tú fuiste quien formó todo mi cuerpo; tú me formaste en el vientre de mi madre. Te alabo porque estoy maravillado, porque es maravilloso lo que has hecho. ¡De ello estoy bien convencido!» (Sal. 139: 13, 14, DHH). El Salmista no solo está reconociendo quién es el Autor del cuerpo humano, sino que está declarándose impactado, «estoy maravillado», por lo que Dios ha hecho.

Cuando analizamos los estudios que se han realizado sobre el cuerpo humano no nos queda duda, no solo tenemos mucho que aprender, sino también mucho que admirar de la sabiduría divina. ¡Qué triste es que, como antaño, hoy haya necios que nieguen la existencia de Dios y que adjudiquen la vida misma a la casualidad y el azar! (Ver Sal. 14: 1; 53:1).

LA RESPONSABILIDAD DE CUIDAR EL CUERPO

La Biblia establece claramente el origen de los seres humanos. Pero Satanás, en su empeño de borrar a Dios de la existencia humana, ha logrado que algunos grandes maestros descarten a Dios como el creador y dador de la vida. A eso se debe el auge de la teoría de la evolución, que proyecta sombras sobre el relato de Génesis. Sin embargo, la Biblia constituye una fuente confiable de conocimiento e información sobre los orígenes de la vida en nuestro planeta. Podemos confiar en el relato inspirado de la creación del ser humano.

Génesis 1: 26, 27 nos dice de forma clara y precisa de dónde proviene el ser humano. Elena G. de White tampoco deja cabida a la duda en cuanto al origen de la raza humana: «Aquí se expone con claridad el origen de la raza humana; y el relato divino está tan claramente narrado que no da lugar a conclusiones erróneas. Dios creó al hombre conforme a su propia imagen. No hay en esto misterio. No hay fundamento alguno para la suposición de que el hombre llegó a existir mediante un lento proceso evolutivo de las formas bajas de la vida animal o vegetal. Estas enseñanzas rebajan la obra sublime del Creador a nivel de las mezquinas y terrenales concepciones humanas».²

Estar seguros de nuestro origen le da significado a nuestra vida y establece un vínculo significativo entre Dios y nosotros.

La materia prima que Dios usó para traer a los primeros seres humanos a la existencia, el polvo, pudiera sugerir un origen indigno para nuestro cuerpo, e incluso llevarnos a menospreciarlo, pero notemos lo que Elena G. de White dice acerca de Adán al salir de las manos del Creador: «Cuando el hombre salió de las manos de su Creador, era de elevada estatura y perfecta simetría. Su semblante llevaba el tinte rosado de la salud y brillaba con la luz y el regocijo de la vida. La estatura de Adán era mucho mayor que la de los hombres que habitan la tierra en la actualidad. Eva era algo más baja de estatura que Adán; no obstante, su figura era noble y llena de belleza».³ Aunque el concepto de «belleza» varía de persona a persona, no resulta difícil coincidir en lo que es una mujer bella o un caballero apuesto. De manera que pudo haber sido un espectáculo magistral ver a Adán y Eva caminar entre los árboles del huerto aquel primer viernes de tarde.

Dios entregó a nuestros primeros padres unos cuerpos bellos y perfectos. Por supuesto, así mismo esperaba Dios que ellos mantuvieran esas hermosas máquinas humanas. Algo tan complejo y que funciona de forma tan perfecta, como nuestro cuerpo, ha de recibir el más esmerado cuidado. Indudablemente nuestros primeros padres recibieron la orientación adecuada para cuidar su cuerpo. Notemos lo que señala Elena G. de White al respecto: «Cuando Dios hubo hecho al hombre a su imagen, el cuerpo humano quedó perfecto en su forma y organización [...]. Todas las partes del cuerpo humano fueron puestas en acción. El corazón, las arterias, las venas, la lengua, las manos, los pies, los sentidos, las facultades del espíritu, todo ello empezó a funcionar, y todo quedó sometido a una ley».⁴

Una descripción como esta deja satisfecho incluso al investigador más exigente. Nada que quitar, nada que agregar. ¡Qué regalo para la humanidad! ¡Qué privilegio! Y por supuesto, ¡qué responsabilidad!

NUESTRO CUERPO, TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO

A continuación, te invito a leer detenidamente 1 Corintios 6: 12-20. Acto seguido señalaremos algunos elementos que resaltan la importancia que Dios confiere a nuestro cuerpo y la importancia que nosotros debemos darle mediante un cuidado esmerado:

«Todas las cosas me son lícitas, pero no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, pero yo no me dejaré dominar por ninguna. Los alimentos son para el vientre, y el vientre para los alimentos; pero tanto al uno como a los otros destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ninguna manera! ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella?, porque ¿no dice la Escritura: “Los dos serán una sola carne”? Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él. Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; pero el que fornicica, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que no sois vuestros?, pues habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios».

Ahora notemos las siguientes declaraciones:

Vers. 13: «Pero el cuerpo no es para fornicación, sino para el Señor».

Vers. 15: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?».

Vers. 16: «¿O no sabéis que el que se une a una ramera, es un cuerpo con ella?».

Vers. 18: «Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicica, contra su propio cuerpo peca».

Vers. 19: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, [...] y que no sois vuestros?».

Vers. 20: «Glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo».

Ampliando el concepto de que nuestro cuerpo es un templo, el *Comentario bíblico adventista* añade: «Si los cuerpos de los creyentes son santuarios sagrados del Espíritu Santo, no deben ser contaminados por este pecado (fornicación/adulterio). Como nuestros cuerpos “son miembros de Cristo” que Dios nos dio (Juan 14: 16, 17), cada pecado que es cometido contra nuestro cuerpo es un pecado contra nuestro

Hacedor y contra el Espíritu Santo».⁵ De manera que cuando corrompemos o maltratamos nuestros cuerpos, esto no solo nos afecta personalmente, sino que es una afrenta contra Dios.

Muchas personas dudan aceptar el señorío de Cristo y unirse a la iglesia porque no quieren abandonar algunos hábitos que dañan el cuerpo. Desafortunadamente muchas personas ven las leyes que rigen el cuidado del cuerpo como restrictivas e intolerantes. A menudo se presenta la religión como una práctica aburrida, pero esta manera de pensar revela una actitud miope en lo que respecta al mensaje bíblico. «Si los hijos de Dios siguen las directivas divinas, realizarán los propósitos del Señor, y rendirán su voluntad a la voluntad de él. Cristo habitará en su corazón. El templo de Dios será santo. Vuestro cuerpo, dice el apóstol, es el templo del Espíritu Santo. Dios no exige que sus hijos se nieguen a sí mismos para perjuicio de su fortaleza física. Él les pide que obedezcan las leyes naturales, a fin de preservar su salud física».⁶

La realidad es que nuestro cuerpo, así como todo en el universo, se rige mediante leyes naturales que Dios mismo ha diseñado y la infracción de dichas leyes solo acarrea consecuencias negativas. De manera que al prescribir el cuidado del cuerpo Dios simplemente está tratando de evitarnos consecuencias nefastas y de guiarnos por el sendero de la salud, la felicidad y la prosperidad. El siguiente consejo dado a los maestros resulta también de lo más útil para cada uno de nosotros:

«Tenemos que grabar en la mente de los alumnos la idea de que el cuerpo es un templo en el cual Dios desea habitar, que hay que conservarlo puro, como morada de pensamientos elevados y nobles. Al ver, por medio del estudio del cuerpo humano, que es “creación admirable”, sentirán reverente admiración. En vez de mancillar la obra de Dios, anhelarán hacer todo cuanto puedan por cumplir el glorioso plan del Creador. De ese modo llegará a considerar la obediencia a las leyes de la salud, no como un sacrificio, o un acto de abnegación, sino como lo que realmente es: un privilegio y una bendición inestimables».⁷

Considerando lo anterior, debiera quedarnos claros que en nuestro vocabulario como cristianos no debieran figurar expresiones como: «Es mi cuerpo y es mi decisión» o «yo hago con mi vida y mi cuerpo

lo que quiero y si me muero, pues que así sea». Nuestro cuerpo le pertenece a Dios y a él hemos de rendir cuentas por lo que hagamos con él. Ahora bien, el cuidado del cuerpo es una moneda que tiene dos caras: por un lado hemos de evitar lo que nos haga daño, por otro lado hemos de poner en práctica hábitos que beneficien nuestra salud física.

CÓMO CUIDAR EL TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO

¿Qué podemos hacer para cuidar nuestro cuerpo y tratarlo como Dios espera que lo hagamos? Dado que a menudo heredamos enfermedades, debilidades y predisposiciones, ¿podemos realmente cuidar de nuestros cuerpos adecuadamente? Viviendo en circunstancias tan distintas y distantes del ideal divino, ¿podemos hacer de nuestros cuerpos el templo del Espíritu Santo? La respuesta a todas estas preguntas es un rotundo «sí». A continuación me gustaría compartir algunos conceptos que nos ayudarán a alcanzar tan elevado ideal, contando siempre con la ayuda de nuestro Dios.

El trabajo, aliado del cuerpo. El primero de mayo se ha designado mundialmente como Día del Trabajador. Aunque en algunos países han escogido otras fechas, se ha apartado un día al año para reconocer el empeño laboral de los trabajadores y también sus derechos. Cuando Dios creó a nuestros primeros padres, uno de sus primeros actos fue asignarles un trabajo. El trabajo fue diseñado como parte del estilo de vida de la humanidad. «A los moradores del Edén se les encomendó el cuidado del huerto, para que lo labraran y lo guardasen. Su ocupación no era agotadora, sino agradable y vigorizadora. Dios dio el trabajo como una bendición, para que el hombre ocupara su mente, fortaleciera su cuerpo y desarrollara sus facultades. En la actividad mental y física, Adán encontró uno de los placeres más elevados de su santa existencia».⁸

No hay duda de que el ambiente y las circunstancias en que Adán y Eva cumplían sus deberes en el Edén eran ideales. El Señor nos ofrece fuerza, energía y creatividad para que podamos realizar cada labor noble. Elena G. de White señaló la bendición que le reportaría el trabajo a los hijos de Dios:

«En el momento de la creación, fue establecido el trabajo como una bendición. Implicaba desarrollo, energía y felicidad. El cambio producido en la situación de la tierra, debido a la maldición del pecado, modificó a la vez las condiciones del trabajo, y aunque va acompañado ahora de aflicciones, cansancio y dolor, sigue siendo una fuente de gozo y de desarrollo. Es también una salvaguardia contra la tentación. La disciplina que requiere el trabajo pone freno a la complacencia, y promueve la laboriosidad, la pureza y la firmeza. Forma parte, pues, del gran plan de Dios para que nos recuperemos de la caída».⁹

Esta declaración destaca el beneficio que Dios desea que el hombre obtenga del trabajo. A lo largo de las Sagradas Escrituras podemos ver cómo este concepto se repite (Gén. 2: 15; Sal. 128: 1, 2; Eccl. 3: 12, 13; Prov. 12: 11; 13: 11; Efe. 4: 28; 1 Tes. 4: 11, 12; 2 Tes. 3: 10; 1 Tim. 5: 8). En el antiguo Israel, el trabajo ocupaba un lugar de importancia. Cuando Samuel fundó las escuelas de los profetas, era parte del plan de estudios que los estudiantes tuvieran la oportunidad de trabajar. A propósito de esto se nos dice:

«Los alumnos de estas escuelas se sostenían cultivando la tierra, o realizando algún trabajo manual. En Israel el trabajo no era considerado como algo anómalo o degradante; al contrario, se consideraba pecado permitir que los niños crecieran sin saber realizar trabajos útiles. Todo joven, ya fuera de padres ricos o pobres, aprendía un oficio. Aunque tuviera que educarse para desempeñar un oficio sagrado, se consideraba que el conocimiento de la vida práctica era un requisito esencial para prestar el mejor servicio posible. Muchos de los maestros se mantenían también por medio del trabajo manual».¹⁰

El trabajo es una bendición para la humanidad, pues es una manera edificante de administrar bien el tiempo y evitar la ociosidad. De ahí que «nuestro Creador, que sabe aquello que constituye la felicidad del hombre, señaló a Adán su trabajo. El verdadero regocijo de la vida lo encuentran únicamente los hombres y las mujeres que trabajan. Los ángeles trabajan diligentemente; son ministros de Dios en favor de los hijos de los hombres. En el plan del Creador, no cabía la práctica de la indolencia que estanca al hombre».¹¹

El descanso restaurador. Hay muchas personas que aman el trabajo y lo realizan con placer, y agradecen a Dios por esta bendición. Pero a otros no les gusta trabajar y lo hacen porque tienen necesidades y compromisos financieros. Otras personas ven en el trabajo como una buena forma de evadir otras realidades de la vida. No obstante, a fin de encontrar un equilibrio es necesario también descansar, para que nuestro organismo se desempeñe con eficiencia.

Dice el sabio: «Dulce es el sueño del trabajador» (Ecle. 5: 12). Por supuesto, quien ha tenido una diligente y provechosa jornada de trabajo disfrutará de un sueño dulce y reparador. Dios mismo constituye el máximo ejemplo del descanso después de una ardua jornada de seis días de trabajo. El Señor señaló, bendijo y apartó el séptimo día de la semana, el sábado, para descansar (ver Gén. 2: 1-3). Por supuesto, siempre es preciso mencionar que Dios no descansó porque estuviera cansado después de haber creado el mundo. Ahora bien, si bien es cierto que el principal enfoque del sábado es señalar a Dios como nuestro creador y sustentador, el sábado también incluye un componente terapéutico para la humanidad. La señora White lo describe de esta manera: «Dios vio que el sábado era esencial para el hombre, aún en el paraíso. Necesitaba dejar a un lado sus propios intereses y actividades durante un día de cada siete para poder contemplar más plenamente las obras de Dios y meditar en su poder y bondad».¹²

Los profesionales de la salud afirman que un estilo de vida saludable que incluye una alimentación equilibrada y una rutina de ejercicios cardiovasculares es fundamental para mejorar nuestra calidad de vida. Sin embargo, eso no es todo, también el descanso es un elemento vital, pues le permite al organismo recuperar las energías. Dormir bien aporta numerosos beneficios al cuerpo y a la mente, entre los que podemos resaltar:

- Incrementa la creatividad,
- mejora la actividad del sistema inmunológico,
- favorece la memoria,
- protege el corazón,
- ayuda a perder peso
- y reduce los niveles de depresión.

En un momento importante del ministerio de los discípulos, Jesús pronunció estas significativas palabras: «Vengan conmigo a un lugar tranquilo para que puedan descansar un rato» (Mar. 6: 31, PDT). Los discípulos habían ido a cumplir la misión que Cristo les había encomendado y al regresar tenían mucho que contar a su Maestro. En ese contexto, Jesús les dirigió las palabras que acabamos de citar. «Él quería mostrar a sus discípulos que Dios no requiere sacrificio sino misericordia. Ellos habían consagrado todo su corazón a trabajar por la gente, y esto agotó su fuerza física y mental. Era su deber descansar».¹³

Recreación y compañerismo. El curso escolar había terminado en el colegio. Al final, todo el personal se sentía cansado y anhelaba el período de vacaciones. El programa de graduación había sido hermoso y gratificante y había contribuido a bajar las tensiones. Dos días después de la graduación, se hicieron los arreglos para que todo el personal fuera a un restaurante a cenar y a disfrutar de un momento de convivencia. Al terminar la cena, de forma espontánea, el personal comenzó a charlar y a jugar en las mesas. Cuando llegó el momento de retirarnos, el director se puso de pie y dirigió unas palabras de gratitud a la gerente y al personal del restaurante por las atenciones brindadas. Entonces, la gerente, poniéndose de pie, tomó la palabra y dijo: «No, nosotros somos los agradecidos por el privilegio de servirles. Hemos estado observando la forma tan sana y alegre con la que disfrutaban el momento y nosotros hemos sido grandemente beneficiados». Dios desea que sus hijos disfruten de momentos alegres y placenteros, que demuestren que la vida es un maravilloso don de Dios.

En sus escritos, Elena G. de White, expone con claridad el verdadero concepto de la recreación y sus beneficios: «Hay una diferencia entre recreación y diversión. La recreación, cuando responde a su nombre, recreación, tiende a fortalecer y regenerar. Apartándonos de nuestros afanes y ocupaciones comunes, provee refrigerio para la mente y el cuerpo, y de este modo nos permite renovar nuestras fuerzas a fin de que cumplamos con las responsabilidades de la vida. Por otra parte, se busca la diversión para experimentar placer, y con frecuencia se la lleva al exceso; absorbe las energías requeridas para el trabajo útil, y se convierte en un obstáculo para el verdadero éxito en la vida».¹⁴

De manera que la idea de que la religión considera pecado cualquier risa inocente, cualquier forma de distraerse o cualquier tipo de recreación es completamente falsa. Lamentablemente, hay personas que consideran que el rostro del cristiano siempre debe estar serio y con el ceño fruncido.

Por supuesto, la mejor recreación es aquella que va de la mano del compañerismo. En Génesis 2: 18 leemos: «Y dijo Jehová Dios: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él». Es interesante que Dios no solo haya pensado, sino que expresó que no era bueno que el hombre estuviera solo. Ciertamente fuimos creados como entes sociables. Fuimos creados para disfrutar y para cultivar las relaciones. Un claro ejemplo de esto es el nacimiento, desarrollo y expansión de las redes sociales. En su obra *Política*, Aristóteles afirma, entre otras cosas, que el ser humano es un ser social y político. La sociabilización está en nuestra naturaleza. Según este filósofo, la familia es la primera comunidad o sociedad formada que se necesita para ser social.

Elena G. de White, en ese sentido, comentó: «El hombre no fue creado para vivir en la soledad; debía tener una naturaleza sociable. Sin compañía, las bellas escenas y las encantadoras ocupaciones del Edén no habrían podido proporcionarle perfecta felicidad. Aun la comunión con los ángeles no podría satisfacer su deseo de amor y compañía».¹⁵

Al observar un grupo de personas, no es muy difícil identificar esa «naturaleza sociable» del ser humano. Observa a la congregación al salir de la iglesia, después del sermón del sábado. Verás cómo se forman grupos en el vestíbulo, en los bancos y en el estacionamiento. Así nos hizo Dios. Por eso el matrimonio llena una necesidad básica del ser humano. Al satisfacer esa necesidad formando un hogar, una familia, la pareja crece, madura y puede ampliar su capacidad de amar y servir.

Pero no solo en el matrimonio se manifiesta esa necesidad. Notemos la actuación de los niños; cuando ya pueden desplazarse y pueden manifestar sus preferencias, comienzan a disfrutar la amistad y el compañerismo con otros niños.

Una alimentación nutritiva. Este otro elemento repercute directamente en nuestra salud. El apóstol Pablo nos describe cuál debería ser nuestro principal objetivo cuando nos vamos a alimentar: «En

conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios» (1 Cor. 10: 31, NVI). Justo después de crearlos, Dios prescribió a nuestros primeros padres el tipo de alimentación que debían ingerir: «Entonces Dios dijo: “¡Miren! Les he dado todas las plantas con semilla que hay sobre la tierra y todos los árboles frutales para que les sirvan de alimento”» (Gén. 1: 29, NTV). La señora White no deja espacio a la ambigüedad respecto a la alimentación que Dios escogió para sus hijos: «El que creó al hombre y comprende sus necesidades indicó a Adán cuál era su alimento». Luego la autora cita el texto bíblico que señalamos, y agrega: «Al salir del Edén para ganarse el sustento labrando la tierra bajo el peso de la maldición del pecado, el hombre recibió permiso para comer también “plantas del campo” (Gén. 3: 18). Los cereales, las frutas carnosas, los frutos oleaginosos, las legumbres y las hortalizas constituyen el alimento escogido para nosotros por el Creador».¹⁶

Del gran tesoro del Espíritu de Profecía podemos extraer preciosas gemas que nos ayudan a comprender mejor este tema de la salud de nuestro cuerpo:

«Nuestro cuerpo se forma con el alimento que ingerimos. En los tejidos del cuerpo se realiza constantemente un proceso de reparación, pues el funcionamiento de los órganos causa desgaste, y este debe ser reparado por el alimento. Cada órgano del cuerpo exige nutrición. El cerebro debe recibir la suya; y lo mismo sucede con los huesos, los músculos y los nervios. Es una labor maravillosa la que transforma el alimento en sangre, y aprovecha esta sangre para la reconstitución de las diversas partes del cuerpo; pero esta labor, que prosigue continuamente, suministra vida y fuerza a cada nervio, músculo y órgano».¹⁷

«Para conservar la salud, se necesita una cantidad suficiente de alimento saludable y nutritivo».¹⁸

«Es un grave error comer solamente para agradar al paladar; pero la calidad de los comestibles o el modo de prepararlos no es indiferente. Si el alimento no se come con gusto, no nutrirá tan bien al organismo. La comida debe escogerse cuidadosamente y prepararse con inteligencia y habilidad».¹⁹

OTROS REMEDIOS NATURALES

Podemos resumir los regalos que Dios nos ha dado para que cuidemos nuestro cuerpo en ocho grupos, algunos de los cuales ya vimos en el apartado anterior. Estos ocho elementos a menudo se conocen como los «ocho remedios naturales». Permíteme enumerarlos a continuación.

Agua. «Estando sanos o enfermos, el agua pura es para nosotros una de las bendiciones más exquisitas del cielo. Su uso adecuado favorece la salud. Es la bebida que Dios proveyó para calmar la sed de los animales y del hombre. Ingerida en cantidades suficientes, el agua satisface las necesidades del organismo y ayuda a la naturaleza a resistir la enfermedad. Aplicada externamente, es uno de los medios más sencillos y eficaces para regularizar la circulación de la sangre».²⁰

Aire puro. El aire que respiramos tiene oxígeno. Los glóbulos rojos toman el oxígeno de los pulmones y lo transportan a las células del cuerpo. Cada célula necesita oxígeno para funcionar correctamente. Pero no basta con llevar oxígeno a las células, el aire que respiramos incide directamente en la salud de nuestros pulmones y puede prolongar o acortar nuestra existencia.

Una alimentación saludable. «Los cereales, las frutas carnosas, las oleaginosas y las legumbres constituyen el alimento escogido para nosotros por el Creador. Preparados del modo más sencillo y natural posible, son los comestibles más saludables y nutritivos. Proveen una fuerza, una resistencia y un vigor intelectual que no pueden obtenerse mediante productos más complejos y estimulantes».²¹

Luz solar. Los estudios científicos demuestran los efectos positivos de la luz y presentan cómo la cantidad de luz a la cual nos exponemos diariamente influye mucho en nuestro estado de salud. La luz solar es un poderoso remedio natural que incide en nuestro sistema inmunológico y en la producción de vitaminas esenciales para nuestro buen funcionamiento.

Ejercicio. «La inacción es causa fecunda de enfermedades. El ejercicio aviva y regula la circulación de la sangre; pero en la ociosidad la sangre no circula con libertad, ni se efectúa su renovación, tan necesaria para la vida y la salud».²² «El ejercicio al aire libre es el mejor; pero

debe hacerse gustosamente y de modo que fortalezca los órganos débiles, sin que nunca degeneren en penosa faena». ²³ «Los de hábitos sedentarios deberían —siempre que el tiempo lo permita— hacer ejercicio cada día al aire libre, tanto en verano como en invierno». ²⁴

Descanso. «Algunos enferman por exceso de trabajo. Para estos, el descanso, la tranquilidad, y una alimentación equilibrada son esenciales para la restauración de la salud. Los de cerebro cansado y de nervios deprimidos a consecuencia de un trabajo sedentario continuo, se verán muy beneficiados por una temporada en el campo, donde lleven una vida sencilla y libre de preocupación, cerca de la naturaleza». ²⁵

Temperancia. El pastor Hazeel Bustos, en su libro *Un compromiso de amor*, dice: «Para muchos, la palabra temperancia suena antigua y fuera de moda, pero ser temperante es simplemente ser moderado, ejercer control, aceptar la responsabilidad de controlar nuestra conducta. El dominio propio nunca pasa de moda. También se ha definido la temperancia como “la abstinencia de lo que es dañino, y el uso moderado de lo que es bueno”» (pp. 60-61).

Esperanza en Dios. «Vengan a mí todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas, y yo los haré descansar» (Mat. 11: 28, DHH). Dios es, en última instancia la fuente de la verdadera salud. La confianza en él hace posible que todos los demás remedios naturales funcionen adecuadamente. Con razón el profeta declaró: «¡Bendito el hombre que confía en Jehová, cuya confianza está puesta en Jehová!» (Jer. 17: 7).

LA RECOMPENSA DE CUIDAR LA MARAVILLA HECHA DE BARRO

A pesar de que esta maravillosa y compleja maquinaria humana se ha visto afectada por el pecado, Dios todavía quiere que la cuidemos y la tratemos como lo que es: el templo del Espíritu Santo. Esa es la razón por la que encontramos en la Biblia y el Espíritu de Profecía valiosas orientaciones con respecto a la salud y el cuidado de nuestro cuerpo. Si nosotros somos atentos y diligentes en este aspecto, el cerebro, que es el centro de operaciones del cuerpo humano, estará en las condiciones apropiadas para tomar decisiones correctas también en el ámbito

moral. El escenario ideal para cada hijo de Dios es que, en lo que respecta al cuidado del cuerpo, pronto podamos escuchar las palabras de encomio del Señor en aquel día cuando se nos entregue un cuerpo inmortal e incorruptible: «Bien, buen siervo y fiel».

1. https://es.wikipedia.org/wiki/Sistema_auditivo#:~:text=La%20funci%C3%B3n%20de%20nuestro%20sistema,para%20la%20asignaci%C3%B3n%20de%20significados.
2. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 24.
3. *Ibid.*, p. 25.
4. Elena G. de White, *El ministerio de curación* (Doral, FL: IADPA, 2011), p. 291.
5. Francis D. Nichols ed., *Comentario bíblico adventista* (Buenos Aires: ACES, 1994), t. 6, p. 699.
6. Elena G. de White, *Consejos sobre alimentación* (Doral, Florida: IADPA, 2011), pp. 135, 136.
7. Elena G. de White, *La educación* (Doral, Florida: IADPA, 2013), p. 182.
8. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 29.
9. Elena G. de White, *La educación*, p. 193.
10. *Ibid.*, p. 44.
11. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 29.
12. *Ibid.*, p. 27.
13. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 332.
14. Elena G. de White, *La educación*, p. 187.
15. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 25.
16. Elena G. de White, *Consejos sobre alimentación*, p. 67.
17. Elena G. de White, *El ministerio de curación*, p. 199.
18. *Ibid.*, p. 201.
19. *Ibid.*, p. 202.
20. Elena G. de White, *El ministerio de curación*, p. 155.
21. *Ibid.*, p. 200.
22. *Ibid.*, p. 155.
23. *Ibid.*, p. 156.
24. *Ibid.*, p. 157.
25. *Ibid.*, p. 154.



5. Una maravilla hecha de barro

6

Una cosecha de talentos





Dios espera
que cada hombre
y mujer se integren
a la tarea que él ha
depositado en nuestras
manos de bendecir, auxiliar
y llevar esperanza
a cada rincón
de este mundo.



El Señor me enseñó una importante lección cuando estaba dando mis primeros pasos en el ministerio pastoral en el sur de México. Estaba empezando a pastorear mi segundo distrito cuando, una mañana de sábado, después del sermón, mientras despedía a los hermanos en la puerta del templo, se me acercó un hermano humilde, con una pequeña bolsa en su hombro, y me dijo: «Pastor, cuando despida a los hermanos, quisiera hablar con usted». Convinimos en realizar el diálogo y él se paró a cierta distancia para esperarme. Mientras yo despedía a la gente me preguntaba: «¿Qué querrá decirme? ¿Qué problema tendrá?». Lo observaba tratando de presagiar el motivo de la entrevista y por qué cargaba esa bolsa.

Cuando terminé de despedir a las personas el caballero se acercó y me dijo lo que quería solicitarme. Me invitó a ir la siguiente semana a dar un estudio bíblico a una zona de la ciudad donde vivían sus familiares. Nos pusimos de acuerdo respecto al día, la hora y el punto de encuentro. El día señalado nos encontramos, y nos dirigimos a un lugar donde había un enorme árbol en medio de una calle no pavimentada. Nos paramos y bajamos del carro, mientras un buen número de niños se acercó para vernos y curiosear alrededor del carro, pues era obvio que por ese lugar no pasaban carros muy a menudo.

Alrededor del árbol había una especie de banca de cemento; entonces me di cuenta de lo que cargaba en aquella bolsa. De allí el hermano sacó una Biblia y un pequeño proyector de filmas y le dijo a los niños: «Vayan donde sus padres y díganles

que casi vamos a comenzar con el “cinito” (cine)». La estrategia fue muy efectiva, pues pronto comenzaron a llegar algunos padres, mientras el hermano los saludaba y les daba la bienvenida. Luego tomó una extensión y se fue a la casa de en frente a pedir permiso para conectarla. Por supuesto, también invitó a los miembros de la casa y en pocos minutos ya contábamos con una gran audiencia ávida de escucharnos. Comencé el estudio maravillado, mientras él operaba el pequeño proyector, usando la pared de la casa de en frente como pantalla.

Poco después de haber iniciado la reunión, una leve llovizna comenzó a caer hasta convertirse en un gran torrencial que nos empapó a todos. Fue entonces cuando comencé a preocuparme. Para no extenderme mucho en la historia, te comento que finalizamos el estudio en la sala de la casa donde el hermano había conectado la extensión. Aquella noche llegué a mi casa lleno de admiración por el compromiso que impregnaba a aquel humilde caballero. Parecía que en su mente los imprevistos ya estaban resueltos. Su pasión por la ganancia de las almas no tenía barreras.

ADÁN Y SU TAREA

Como ya hemos visto anteriormente, tan pronto como Adán fue creado, tuvo una tarea que cumplir. Desde que Dios dijo: «hagamos al hombre a nuestra imagen», le encomendó que tuviese «potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra» (Gén. 1: 26). El relato de los orígenes prosigue diciendo: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo cuidara». «Y puso Adán nombre a toda bestia, a toda ave de los cielos y a todo ganado del campo» (Gén. 2: 15, 20).

Si pensamos detenidamente en esta descripción del trabajo, encontraremos el gran desafío que Dios le encomendó a Adán: la inmensa variedad de árboles, cuyo fruto estaba destinado para su sustento, identificar los centenares de plantas del reino vegetal. Por otro lado, adentrarse en el conocimiento del reino animal, a fin de tener la capacidad de ejercer su papel como su mayordomo. Elena G. de White menciona una breve descripción del trabajo de Adán en el huerto:

«El trabajo de Adán y Eva debía consistir en formar cenadores o albergues con las ramas de las vides, haciendo así, su propia morada con árboles vivos cubiertos de follaje y frutos [...]. Aquellos que consideran el trabajo como una maldición están cometiendo un grave error, aunque en ocasiones produzca dolor y fatiga [...]. El verdadero regocijo de la vida lo encuentran únicamente los hombres y las mujeres que trabajan [...]. En el plan del Creador, no cabía la práctica de la indolencia que estanca al hombre [...]. Toda criatura viviente era familiar para Adán, desde el poderoso leviatán que juega entre las aguas hasta el más diminuto insecto que flota en el rayo del sol. A cada uno les había dado nombre y conocía su naturaleza y sus costumbres».¹

Hay dos elementos que quiero destacar de esta cita que acabamos de leer:

- Dios, con todo su poder y sabiduría, no proporcionó una mansión o residencia a nuestros primeros padres, él les permitió acondicionar, por ellos mismos, lo que sería el centro de sus operaciones.
- Toda criatura era familiar para Adán, y conocía su nombre y sus costumbres. ¡Esto es maravilloso! Identificar cada animal, y conocer su comportamiento, sus preferencias y otras cosas. Evidentemente, Dios les concedió habilidades y facultades especiales a Adán y Eva para que pudieran cumplir con las expectativas divinas.

El Señor plantó árboles de todas clases en ese jardín para brindar sustento y dar belleza. Algunos de ellos estaban cargados de exuberantes frutos, de suave fragancia, hermosos a la vista y sabrosos al paladar, destinados por Dios para dar alimento a la santa pareja. Sin embargo, sabemos que todo cambió para nuestros primeros padres.

YA NO ES EN EL EDÉN, AHORA ES UNA VIÑA

Después de la entrada del pecado, con dolor y lástima, Adán y Eva se despidieron de aquel bello lugar que había sido su morada. Con tristeza y pesar Dios observó a sus hijos alejarse de su presencia. ¡Qué día tan terrible fue aquel! Ya la tarea de cultivar ese bello lugar no formaría parte de la agenda de Adán. Ahora, el esquema de administrar un huerto como el Edén quedaría detrás.

Ahora bien, aunque ya no tendrían la tarea de labrar el Edén, Dios les asignó a sus hijos otra importante tarea. Y no solamente a Adán y a Eva, sino a todos los que iban a nacer por medio de ellos a lo largo de la historia de este mundo. El Señor nos ha asignado una viña. Es importante escuchar la invitación que nos hace el Señor de ir a trabajar: «Hijo, vete hoy a trabajar a mi viña» (Mat. 21: 28). La viña a la cual somos invitados tú y yo es la edificación del reino de Cristo en esta tierra. Con ese propósito fue que Cristo organizó y estableció su iglesia en la tierra.

Así como Adán fue creado para labrar y cuidar el Edén, nosotros hemos sido llamados a trabajar en la «viña» del Señor. Y debido al paralelo que surge, considero que podemos extraer algunas lecciones valiosas que podríamos aplicar a nuestra labor como obreros en la viña del Señor.

En primer lugar, la tarea de Adán en el jardín de Edén consistía en cuidarlo y velar por el bienestar de todos los árboles y todos los animales. ¿Cuál es nuestra tarea? La gran tarea que el Señor nos ha encomendado la hallamos en el Evangelio de Mateo: «Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mat. 28: 19, NVI).

Así como fue un gran privilegio para Adán aceptar la responsabilidad de ser el representante de Dios y hacerse cargo del huerto de Edén, también es un privilegio para quienes formamos parte de su iglesia disfrutar la distinción de ser sus representantes. Pero al aceptar la tarea de proclamar a todos las buenas nuevas del evangelio, Dios espera que lo hagamos con excelencia. El apóstol Pedro describió el sagrado cometido que tenemos como representantes del Señor: «Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Ped. 2: 9, NVI).

Dios espera que cada hombre y mujer se integren a la tarea que él ha depositado en nuestras manos de bendecir, auxiliar y llevar esperanza a cada rincón de este mundo. «Dios no escoge para que sean sus

representantes en el mundo (entre los seres humanos), a ángeles que nunca cayeron, sino a seres humanos, a hombres de pasiones semejantes a las de aquellos a quienes tratan de salvar. Cristo se hizo hombre a fin de poder alcanzar a la humanidad. Se necesitaba un Salvador a la vez divino y humano para traer salvación al mundo. Y a los hombres y mujeres ha sido confiado el sagrado cometido de dar a conocer “las inescrutables riquezas de Cristo” (Efe. 3: 8)». ²

EL DESAFÍO QUE TIENE LA IGLESIA

La reciente experiencia del juicio y la crucifixión de Jesús demostró que los discípulos tenían poco compromiso con el Señor y su obra. Pero la oportuna intervención divina proveyó los elementos necesarios para que las buenas nuevas del evangelio llegaran a todo el mundo conocido en pocos años. La indisposición de salir de su zona de confort fue eliminada por la persecución de los primeros años. La barrera del idioma y la falta de capacidad que la naciente iglesia cristiana desapareció gracias a la poderosa visita del Espíritu Santo en Pentecostés.

A mediados del siglo XIX, cuando los milleritas experimentaron el Gran Chasco, Dios intervino para traer un mensaje de consolación y desafío. «Él me dijo: “Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”» (Apoc. 10: 11). Después de que Dios reveló a este puñado de cristianos tristes y chasqueados la razón de su error respecto al cálculo de la profecía, el Señor manifestó su poder y desde ese momento la iglesia comenzó a predicar las buenas nuevas. Primero a las personas más cercanas, luego se extendieron a la población en general y luego decidieron llevar el evangelio a ultramar. El 14 de agosto de 1874, treinta años después del Gran Chasco, la Iglesia Adventista del Séptimo Día, tomó el voto de enviar al primer misionero, fuera de los EE. UU.: John. N. Andrews.

La iglesia, de manera paulatina, fue asumiendo el reto de propagar las verdades divinas de salvación. Para inicios del siglo XX, la feligresía de la iglesia llegaba a los 75,000 miembros y contaba con quinientos misioneros en diferentes países del mundo. El énfasis misionero ha

sido la nota tónica desde la organización de la iglesia, pues esto constituye la orden de Jesús: «Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio» (Mar. 16: 15, RVC). Por eso, en la actualidad, la iglesia cuenta con un registro en su feligresía de más de 21 millones de miembros.³

A mediados del siglo XX, la iglesia operaba uno de los sistemas de educación protestante más grande en todo el mundo. En la actualidad, administra más de 7,800 instituciones educativas, que incluyen desde escuelas primarias hasta universidades. Hay más de 86,000 docentes atendiendo a 1,700,000 alumnos. La iglesia también administra alrededor de 175 hospitales e instituciones pequeñas relacionadas con la salud.

Uno de los ministerios que primero se destacó en la naciente iglesia fue el de las publicaciones. Miles de miembros dedican su tiempo total o parcialmente a la distribución de literatura cristiana. Muchos jóvenes logran conseguir los recursos necesarios para sus estudios mediante la venta de libros que se imprimen en decenas de casas editoras.

ADRA (Agencia Adventista de Desarrollo y Recursos Asistenciales) es otra de las organizaciones de la iglesia que opera en 140 países para ayudar en las siguientes áreas:

- Seguridad alimentaria.
- Desarrollo económico.
- Primeros auxilios.
- Intervención en caso de desastres y catástrofes.
- Educación básica.

Toda esta red de expansión misionera ha requerido los talentos de miles y miles de hombres y mujeres que han aceptado el desafío de ser mayordomos del Señor y cada día entregan su tiempo, energía, recursos y creatividad en el cumplimiento de la misión de la iglesia.

En cada pueblo y ciudad donde la iglesia sirve existe una gran demanda de talentos para que la causa del Señor siga avanzando como Dios espera. Contaré una experiencia que puede ayudarnos a comprender mejor la manera cómo se fusionan los talentos en el cumplimiento de la

misión: Habíamos llegado a la iglesia con suficiente tiempo para la reunión. Por alguna razón, el pastor de la iglesia no pudo estar presente. Quienes íbamos de la Asociación nos pusimos de acuerdo para llevar a cabo la actividad. La reunión consistiría en una primera parte devocional seguida de instrucciones.

En el momento de los anuncios nos dimos cuenta de que, al terminar la reunión, habría una cena y un espacio de convivencia. Personalmente me llamó la atención la capacidad y la diligencia del anciano para organizar el evento y hacer todos los preparativos. Cuando yo estaba en la plataforma, noté que en el último asiento estaba sentada una hermana sencilla, lucía ajena a lo que estaba pasando. Entre todas las personas que intervinieron en los preparativos no la vi a ella. Pero cuando terminó la reunión y nos invitaron a participar de la cena, ella comenzó a organizar y servir junto con un grupo de hermanas, asegurándose de que todos los presentes estuvieran bien atendidos. ¡Aprendí una gran lección! Se requiere un anciano diligente y activo para organizar el programa; pero también se necesita de algunas dorcas para el servicio. De esa misma manera la iglesia conjuga los talentos para el cumplimiento de la misión.

LAS HERRAMIENTAS NECESARIAS

En este punto quiero vincular el contenido de este capítulo con el contenido del anterior: el cuidado y la administración de nuestro cuerpo. Si somos cuidadosos y fieles al administrar nuestro cuerpo, como Dios lo ha señalado en su Palabra, entonces tendremos talentos que podremos usar en el cumplimiento de la misión. Es importante que, como mayordomos tanto del cuerpo como de los talentos, veamos en forma clara y distintiva esta relación. Un cuerpo quebrantado por la enfermedad tendrá poca energía para ofrecerla al Señor en forma de talentos. En lo que respecta a la fidelidad hemos de dar por sentado que deseamos salir aprobados tanto en un aspecto como en el otro.

Algunas personas ven una diferencia en un «don» y un «talento». En su libro *Los dones espirituales*, el Dr. Valenzuela nos ayuda a clarificar

esta diferencia, mediante esta declaración: «Cada ser humano, como hijo de Dios, fue creado a la imagen de Dios, y por naturaleza posee ciertos talentos, los cuales varían entre cada ser humano. Siendo que han sido dados por Dios, también son un “don”, pero a nivel físico y social. Para diferenciarlos de los dones espirituales, se les conoce como talentos y no como dones. Los talentos son heredados y derivados de los padres y por lo tanto se poseen desde el nacimiento. Le son concedidos al hombre para su beneficio personal y de la comunidad a nivel natural. Los dones espirituales, por otro lado, [le son dados] cuando se recibe la promesa del Espíritu Santo y son dados en el ramo espiritual y tienen que ver con la relación de los individuos, y Dios y su iglesia» (pp. 29, 30).

Es importante que, como mayordomos de los talentos, podamos visualizarnos haciendo nuestra parte en la edificación del reino de Dios. La señora White nos anima a utilizar nuestros talentos en la siguiente declaración:

«Los dones especiales del Espíritu no son los únicos talentos representados en la parábola. Ella incluye todos los dones y talentos, ya sean originales o adquiridos, naturales o espirituales. Todos han de ser empleados en el servicio de Cristo. Al convertirnos en sus discípulos, nos entregamos a él con todo lo que somos y tenemos. Él nos devuelve esos dones purificados y ennoblecidos, a fin de que los empleemos para su gloria, bendiciendo a nuestros prójimos».⁴

Es claro que todo aquello que hemos recibido de Dios hemos de usarlo en el trabajo de su viña, cumpliendo la misión de la iglesia. La mayoría de los dones mencionados en la Biblia se encuentran registrados en Romanos 12, 1 Corintios 12 y Efesios 4. Ninguna de las listas es exhaustiva, así que a continuación colocaremos todos los dones que se mencionan e incluiremos algunos que no figuran en las listas bíblicas:

- | | |
|--------------|--------------------|
| 1- Profecía | 13- Interpretación |
| 2- Servicio | 14- Apostolado |
| 3- Enseñanza | 15- Ayuda |

- | | |
|-----------------|-----------------------------|
| 4- Exhortación | 16- Administración |
| 5- Dádiva | 17- Evangelismo |
| 6- Liderazgo | 18- Pastorado |
| 7- Misericordia | 19- Celibato |
| 8- Sabiduría | 20- Hospitalidad |
| 9- Conocimiento | 21- Misionero |
| 10- Fe | 22- Intercesión |
| 11- Sanidad | 23- Milagros |
| 12- Lenguas | 24- Discernimiento. |
| | 25- Exorcismo. ⁵ |

Dios otorga los dones espirituales «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad» (Efe. 4: 12, 13). Elena G. de White comenta esta declaración del apóstol Pablo: «Al mandar a sus ministros, nuestro Salvador dio dones a los hombres, porque por su medio él comunica al mundo las palabras de vida eterna [...]. Tal es la obra de todos los verdaderos creyentes, tanto los ministros como el pueblo. Deben tener siempre presente ese gran objeto, tratando cada uno de ocupar su puesto debido en la iglesia, trabajando todos juntos en orden, armonía y amor».⁶

La Biblia usa el funcionamiento del cuerpo como una de las analogías más interesantes y elocuentes para describir la labor de la iglesia por medio del Espíritu Santo. En 1 Corintios 12: 12-27 podemos observar como los órganos del cuerpo cumplen su función: en unidad y armonía con todos los demás. Independientemente de su tamaño, ubicación o del grado del rol que desempeñen. De esa misma manera, Dios espera que su iglesia funcione para poder alcanzar el objetivo que Dios tiene de bendecir al mundo.

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

Esta reconocida parábola quedó registrada en Mateo 25: 14-30 y contiene elementos de vital importancia para quienes desean ser mayordomos fieles de los talentos que les ha entregado su Señor:

La distribución de talentos en diferentes cantidades. «A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno conforme a su

capacidad» (Mat. 25: 15). «Los talentos no se distribuyen caprichosamente; el que tiene capacidad para usar cinco talentos, recibe cinco; el que nada más puede aprovechar dos, recibe dos; el que puede sabiamente usar solo uno, recibe uno. Nadie necesita lamentarse por no haber recibido dones mayores».⁷

Todos hemos recibido por lo menos un talento. «Cada uno tiene su lugar en el plan eterno del cielo. Cada uno debe trabajar en cooperación con Cristo para la salvación de las almas. Tan ciertamente como hay un lugar preparado para nosotros en las mansiones celestiales, hay un lugar designado en la tierra donde tenemos que trabajar para Dios».⁸

Nadie ha recibido todos los talentos. Dios no cometió el error de equipar a un solo miembro de su iglesia con todos los talentos. El más privilegiado también es parte del todo, para evitar el riesgo de que pueda sentirse autosuficiente. «Nadie puede ser independiente de sus prójimos, pues el bienestar de cada uno afecta a los demás. Es el propósito de Dios que cada uno se sienta necesario para el bienestar de los otros y trate de promover la felicidad de sus semejantes».⁹

En el tiempo previsto. «Después de mucho tiempo regresó el señor de aquellos siervos» (Mat. 25: 19). Mateo 24: 48 dice: «Pero ¿qué tal si ese siervo malo se pone a pensar: “Mi señor se está demorando”» (NVI). «El mal siervo dice en su corazón: “Mi señor tarda en venir”. No dice que Cristo no vendrá. No se burla de la idea de su segunda venida. Pero en su corazón y por sus acciones y palabras, declara que la venida de su Señor tarda».¹⁰

Dos recompensas. «Bien, buen siervo y fiel» (Mat. 25: 21). «Es la fidelidad, la lealtad a Dios, el servicio amante, lo que gana la aprobación divina».¹¹

«Siervo malo y negligente» (Mat. 25: 26). «Empleados para bendecir a otros, sus dones aumentan. Encerrados para el servicio del yo, disminuyen y son finalmente quitados. Aquel que rehúsa impartir aquello que ha recibido, hallará al final que no tiene nada que dar».¹²

¿Cuál es el fundamento de la recompensa? No es el número de talentos. «El desarrollo de todas nuestras facultades es el primer deber

que tenemos para con Dios y nuestros prójimos. Nadie que no crezca diariamente en capacidad y utilidad está cumpliendo el propósito de la vida». ¹³

PROCUREMOS OBTENER LA GRAN RECOMPENSA

Aunque nos parezca que Cristo se ha demorado, las señales indican que él vendrá pronto. Por lo tanto, usemos los talentos que hemos recibidos como el Señor espera. Pronto seremos dotados de más y mayores talentos para nuevos desafíos en el cielo. El cielo no es un lugar de ociosidad ni aburrido, como algunos creen. Observa lo que dice Elena G. de White de nuestro futuro en el cielo: «Allí se desarrollará toda facultad y toda aptitud aumentará. Se impulsarán las mayores empresas, se lograrán las más elevadas aspiraciones y se realizarán las mayores ambiciones. Y se presentarán nuevas alturas a las cuales llegar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que despertarán las facultades del cuerpo, la mente y el alma». ¹⁴ ¡Qué delicia, tan solo pensarlo!

Hace un tiempo leí la historia de un mendigo que estaba en la calle pidiendo limosna, mientras tocaba un viejo violín, esperando que los transeúntes echaran algunas monedas en el sombrero que le servía de monedero. El hombre trataba de sacar una bella melodía, pero era imposible, porque el instrumento estaba desafinado y el señor tampoco era muy bueno en su ejecución de la pieza.

Entonces, un famoso concertista, que junto con su esposa y algunos amigos salía de un teatro cercano, pasó frente al mendigo. Sus oídos se aturdieron al escuchar aquellos sonidos. La esposa del concertista se compadeció del anciano, y le pidió a su esposo que tocara alguna pieza. La primera respuesta, por supuesto, fue negarse, pero después de ver las pocas monedas en la gorra del mendigo y la insistencia de su esposa, aceptó la propuesta. Le pidió el violín y el mendigo de mala gana se lo prestó. Lo primero que hizo el concertista fue afinar las cuerdas del viejo violín. Entonces, vigorosamente y con gran maestría, interpretó una hermosa melodía con el viejo instrumento. Los amigos comenzaron a aplaudir y los transeúntes comenzaron a acercarse,

mientras el sombrero se llenó de billetes y monedas. Mientras seguían escuchando la hermosa melodía, el mendigo saltaba de alegría diciendo: «¡Ese es mi violín, ese es mi violín!».

¿Estaremos dispuestos a poner «el violín» en las manos del Maestro para que él lo afine y produzca hermosas melodías para gozo de nuestros semejantes y para honrar y glorificar a Dios?

1. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 26, 29, 30.
2. Elena G. de White, *Servicio cristiano* (Doral, FL: IADPA, 2020), p. 11.
3. https://documents.adventistarchives.org/Statistics/ASR/ASR2021A.pdf?_ga=2.231199259.587828032.1647888087-762822068.1647888087&_gl=1*ncgqko*_ga*NzYyODIyMDY4LjE2NDc4ODgwODc.*_ga_2VBYH6KEBQ*MTY0Nzg4ODA-4Ni4xLjAuMTY0Nzg4ODA4Ni4w
4. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro* (Doral, FL: IADPA, 2019), p. 268.
5. Alfonso Valenzuela, *Los dones espirituales*, pp. 56, 57.
6. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 5 (Doral, Florida: APIA, 1998), p. 220.
7. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 268.
8. *Ibid.*, p. 267.
9. *Ibid.*, p. 278.
10. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 604.
11. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 298.
12. *Ibid.*, p. 301.
13. *Ibid.*, p. 269.
14. Elena G. de White, *El hogar cristiano* (Doral, Florida: IADPA, 2011), p. 522.



7

«El tiempo
es oro»





«El tiempo
es un don precioso
de Dios. Es el elemento
del cual se hace la vida.
La forma como se usa
dice mucho acerca
de la mayordomía
de uno y de la relación
de uno con el Creador».

El tiempo es uno de los dones más significativos que Dios nos ha otorgado. Abarca todas las acciones que el ser humano realiza. Es esa la razón por la que deseo destacar en este capítulo la importancia del tiempo y el uso adecuado que hemos de darle como fieles mayordomos de Dios. El pastor Hazael Bustos hace un comentario muy atinado con respecto al debido uso del tiempo en todos los aspectos de la vida:

«La diferencia que existe entre los sabios y los necios, entre los pobres y los ricos, entre los santos y los pecadores, entre los que se salvarán y los que serán condenados, generalmente no se debe tanto a la diferencia en las circunstancias o a los orígenes de sus vidas, sino a la diferencia que hicieron en el empleo del tiempo. Los unos lo aprovecharon para el propósito que tenían en mente, los otros lo desperdiciaron; los unos cuidaron cada minuto, los otros derrocharon los días, los meses y los años».¹

Muchas figuras destacadas a lo largo de la historia también se han referido a la colosal importancia del tiempo y su buen uso. Permíteme, a continuación, presentar una breve colección de citas al respecto:

«El tiempo es la cosa más valiosa que una persona puede gastar».— Theophrastus

«¿Amas la vida? Pues si amas la vida no malgastes el tiempo, porque el tiempo es el bien del que está hecha la vida».— Benjamín Franklin

«Todas mis posesiones por un momento más de tiempo».— Isabel I

*«Tu tiempo es limitado, así que no lo malgastes viviendo la vida de otro...
Vive tu propia vida. Todo lo demás es secundario».*

— Steve Jobs

*«El tiempo es la divisa de tu vida. Es la única divisa que tienes, y solo tú
puedes determinar cómo será gastada. Sé cuidadoso y no permitas que
otra persona la gaste por ti».*

— Carl Sandburg

*«Un hombre que se permita malgastar una hora de su tiempo, no ha
descubierto el valor de la vida».*

— Charles Darwin

*«¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé. Pero si tuviese que
explicárselo a alguien, no sabría cómo hacerlo».*

— Agustín de Hipona

*«Que el insensato es el hombre que deja transcurrir
el tiempo estérilmente».— Goethe*

«Cada momento está cargado de consecuencias eternas».

— Elena G. de White

«Puedes pedirme cualquier cosa que quieras, excepto tiempo».

— Napoleón

«Cuida los minutos y las horas se cuidarán de sí mismas».

— Lord Chesterfield

EL ÁRBOL Y EL TIEMPO

En Génesis 2 la Biblia registra lo siguiente: «Hizo crecer también toda clase de árboles hermosos que daban fruto bueno para comer. En medio del jardín puso también el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal» (Gén. 2: 9, DHH). Cuando estaba cursando los estudios primarios, mi familia vivía en un rancho cerca de donde un tío tenía una huerta con muchos árboles de diferentes frutos.

Había naranjas de diferentes clases, granadas, membrillos y limones, entre otros. Mis hermanos y yo visitábamos regularmente dicho huerto, pues disfrutábamos comer de los frutos que se producían en estas tierras. El ambiente y los frutos eran tan agradables que nos hacía preguntarnos cómo habría sido el huerto de Edén. Aunque no hayas tenido el privilegio de vivir cerca de un huerto similar, estoy seguro de que has disfrutado de deliciosas manzanas, de jugosos mangos y los ricos plátanos que nos regala la tierra.

La mención del árbol de la vida y del árbol del bien y el mal en Génesis 2: 9 llama la atención significativamente. Hay un sinnúmero de interrogantes que vienen a nuestras mentes cuando leemos o hablamos acerca de estos árboles. Por ejemplo, sobre el árbol de la vida: ¿Qué propósito tenía este árbol? Su fruto, ¿estaba al alcance de Adán y Eva? ¿Lo podían comer? La siguiente declaración es muy reveladora respecto a la función que tenía este árbol: «[En el Edén] había en profusión y prodigalidad olorosa flores de todo matiz. En medio del huerto estaba el árbol de la vida que era superior en gloria y esplendor a todos los demás árboles. Sus frutos parecían manzana de oro y plata, y tenían el poder de perpetuar la vida».²

Dos elementos se destacan principalmente en la descripción que hace Elena G. de White de este maravilloso árbol: «**Sobresalía en esplendor**» y tenía una virtud especial, que no tenían los frutos de los otros árboles, «**perpetuar la vida**». Era de vital importancia «para que poseyera una existencia sin fin, el ser humano debía continuar comiendo del árbol de la vida. Privado de este alimento, vería su vitalidad disminuir gradualmente hasta extinguirse la vida».³ Así que el fruto de este árbol no solo estaba a disposición de nuestros primeros padres, sino que también formaba parte de la provisión que Dios había hecho para mantener su existencia. Es posible que cuando Adán y Eva se paraban frente al árbol de la vida y tomaban de ese virtuoso fruto, agradecían a Dios por su benevolencia.

Confirmando el propósito de este fruto del árbol de la vida, Elena G. de White agrega: «Después de la caída, se encomendó a los santos ángeles que custodiaran el árbol de la vida. Estos ángeles estaban rodeados de rayos luminosos semejantes a espadas resplandecientes.

A ningún miembro de la familia de Adán se le permitió traspasar esta barrera para comer del fruto de la vida; de ahí que no exista pecador inmortal». ⁴ Es decir, una vez que el ser humano comió del fruto prohibido, se convirtió en pecador, de manera que Dios le impidió seguir comiendo del fruto del árbol de la vida. La abstención del consumo de este fruto especial produjo graves consecuencias.

Es interesante notar que el árbol de la vida evocaba un principio sustentador: el ciclo de la existencia humana dependía principalmente de la cercanía con Dios. ⁵ De manera que el tiempo que ellos pudieran vivir en la tierra dependería de la fidelidad que manifestaran a su Creador. ⁶ Por lo tanto, el tiempo actúa como un juez que pronuncia las sentencias que describen nuestra relación con Dios. Charles E. Bradford expone magníficamente la relación que existe entre el tiempo, la vida, Dios y el ser humano: «El tiempo es un don precioso de Dios. Es el elemento del cual se hace la vida. La forma como se usa dice mucho acerca de la mayordomía de uno y de la relación de uno con el Creador». ⁷

Hoy se nos otorga el tiempo como un maravilloso escenario en donde tenemos la oportunidad de ser mayordomos fieles de Dios. En distintas ocasiones no apreciamos el valor del tiempo, posponiendo las decisiones importantes y las responsabilidades hasta que nos vemos envueltos en circunstancias adversas. Es entonces cuando nos detenemos a pensar de forma seria y responsable, como mayordomos del Señor, cómo debemos administrar este importante recurso para la gloria de Dios. Elena G. de White señala minuciosamente el rigor que hemos de manifestar cuando consideramos el tiempo: «Nuestro tiempo pertenece a Dios. Cada momento es suyo, y nos hallamos bajo la más solemne obligación de aprovecharlo para su gloria. De ningún otro talento que él nos haya dado requerirá más estricta cuenta que de nuestro tiempo». ⁸

Este pensamiento y su comprensión nos pone frente a frente con el gran deber que tenemos ante el tiempo, sin disminuir la importancia de los otros elementos que debemos administrar como mayordomos. Me llama la atención una frase utilizada popularmente «El tiempo es oro». Se compara el tiempo con el oro para señalar la riqueza que todos

poseemos en este mundo. Sin embargo, la falta de conciencia sobre la importancia del tiempo hace que con frecuencia desperdiciemos minutos allá, minutos acullá; que si los uniéramos, sumarían lapsos dignos de seria consideración. En las Sagradas Escrituras, así como en algunas porciones del Espíritu de Profecía, hallamos referencias a la importancia y vitalidad del tiempo:

BIBLIA

Salmo 90: 10: Los días de nuestra edad.

Salmo 90: 12: El gozo de administrar el tiempo de acuerdo con el Creador.

Romanos 13: 11: El tiempo pasa y la eternidad se avecina.

Gálatas 4: 4: Dios actúa siempre oportunamente.

Efesios 5: 16: Usa bien tu tiempo.

Apocalipsis 1: 3: El tiempo está cerca.

Apocalipsis 12: 12: Satanás sabe que el tiempo se acaba.

ESPÍRITU DE PROFECÍA

«Practicad la economía en el empleo de vuestro tiempo. Pertenecéis al Señor. Vuestra fuerza es del Señor. Si tenéis costumbres de despilfarro, suprimidlas de vuestra vida. Si conserváis tales hábitos, ellos ocasionarán vuestra bancarrota para la eternidad, mientras que los hábitos de economía, laboriosidad y sobriedad son, aún en este mundo una porción mejor para vosotros y vuestros hijos, que una dote cuantiosa».⁹

«Algunos piensan que perder el tiempo no es pecado, mientras otros que aman la preciosa causa de Dios economizan su tiempo, y con la fortaleza de Dios se esfuerzan y trabajan duramente para que sus familias estén bien y disfruten de comodidad, y además de eso todavía les sobra tiempo para invertir en la causa de Dios».¹⁰

«Muchos despilfarran las brillantes horas matutinas en la cama. Una vez ya se han perdido, esas preciosas horas son irre recuperables. Se han perdido para ahora y para la eternidad. Si solo se pierde una hora al día, ¡qué despilfarro de tiempo al cabo de un año! Que el perezoso piense en esto y se detenga a considerar cómo responderá ante Dios por las oportunidades perdidas».¹¹

«El valor del tiempo sobrepasa todo cómputo. Cristo consideraba valioso todo momento, y así es como debemos considerarlo nosotros. La vida es demasiado corta para que se la disipe». ¹²

«Se nos amonesta a redimir el tiempo. Pero el tiempo desperdiciado no puede recuperarse jamás. No podemos hacer retroceder ni un solo momento. La única manera en la cual podemos redimir nuestro tiempo es aprovechando lo más posible el que nos queda, colaborando con Dios en su gran plan de redención». ¹³

«La vida es demasiado solemne para que sea absorbida en asuntos temporales o terrenales, en una rutina de preocupaciones y ansiedades por las cosas que apenas son un átomo en comparación con las de interés eterno». ¹⁴

Estos y muchos otros pensamientos inspirados nos hacen comprender que el tiempo pertenece a Dios y él, en su bondad y misericordia, nos permite administrarlo como un elemento especial en nuestras vidas y como una delicada responsabilidad en nuestra mayordomía.

LOS TRES TIEMPOS DEL TIEMPO

Es de vital importancia referirnos a los tres tiempos que se generan dentro del tiempo, pues Dios los ha dejado para que lo administremos sabiamente. Comprender este aspecto satisfactoriamente nos ayudaría a desempeñar con entereza y fidelidad la mayordomía del tiempo.

- 1- El sábado señala el tiempo santo que Dios se ha reservado.
- 2- El tiempo que nosotros podemos dar a Dios como ofrenda.
- 3- El tiempo de Dios que se nos permite administrar para nuestro desarrollo y subsistencia.

EL SÁBADO

«Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. El séptimo día concluyó Dios la obra que hizo, y reposó el séptimo día de todo cuanto había hecho. Entonces bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación» (Gén. 2: 1-3). Dios reposó, bendijo y santificó el sábado. Ese día fue designado por Dios para celebrar la conclusión de la creación de la tierra y para recordar nuestro sublime origen.

Elena G. de White reitera el origen y propósito del sábado con relación a la vida del ser humano:

«Después de descansar el séptimo día, Dios lo santificó; es decir, lo escogió y apartó como día de descanso para el hombre. Siguiendo el ejemplo del Creador, el hombre había de reposar durante este sagrado día [...].

»Al bendecir el séptimo día en el Edén, Dios estableció un recordativo de su obra creadora. El sábado fue confiado y entregado a Adán, padre y representante de toda la familia humana. Su observancia había de ser un acto de agradecido reconocimiento de parte de todos los que habitasen la tierra, de que Dios era su Creador y su legítimo soberano, de que ellos eran la obra de sus manos y los súbditos de su autoridad.

»Dios quiere que el sábado dirija la mente de los hombres hacia la contemplación de las obras que él creó. La naturaleza habla a sus sentidos, declarándoles que hay un Dios viviente, Creador y supremo Soberano del universo. [...] El sábado, señalando siempre hacia el que lo creó todo, manda a los hombres que abran el gran libro de la naturaleza y escudriñen allí la sabiduría, el poder y el amor del Creador».¹⁵

Como una dádiva de Dios a la humanidad, esta institución tenía objetivos sublimes, que lamentablemente se fueron perdiendo a medida que el ser humano se alejó de Dios. El libro *Patriarcas y profetas* dice que si el sábado no se hubiera dejado de guardar en la historia de la humanidad no hubiese hoy ateos.¹⁶ A medida que el ser humano se olvidó del sábado, se olvidó de Dios y se perdió en los laberintos de este mundo.

En los tiempos de la historia de la liberación de Israel, Dios condujo a su pueblo por el desierto durante cuarenta años. El Señor utilizó todo ese periodo para recordarles cada semana su origen, destino y su vinculación con el Creador. Pero, además, al darle su ley escrita incluyó el sábado, a fin de que Israel no olvidase a su Creador ni perdiese su identidad.

Nosotros como iglesia también corremos el peligro del olvido, descuido y de rebajar la importancia del sagrado mandamiento del

sábado. No debemos olvidar que «el sábado será la gran piedra de toque de la lealtad; pues es el punto especialmente controvertido. Cuando esta piedra de toque les sea aplicada finalmente a los hombres, entonces se trazará la línea de demarcación entre los que sirven a Dios y los que no le sirven». ¹⁷ El sábado es un día para que nos encontremos con nuestro Creador. Elena G. de White nos aconsejó al respecto:

Tiempo para recibir el sábado. «Antes que empiece el sábado, tanto la mente como el cuerpo deben retraerse de los negocios mundanales. Dios puso el sábado al fin de los seis días de trabajo para que los hombres se detengan y consideren lo que han ganado en la semana en su preparación para el reino puro que no admitirá a ningún transgresor. Debemos hacer cada sábado un examen de nuestra conciencia para ver si la semana transcurrida trajo ganancia o pérdida espiritual». ¹⁸

Durante las horas del sábado. «No se malgasten en la cama las preciosas horas del sábado. El sábado de mañana, la familia debe levantarse temprano. Si se levantan tarde, hay confusión y apresuramiento en los preparativos para el desayuno y la Escuela Sabática. Hay apresuramiento, roces e impaciencia. Así entran en el hogar sentimientos profanos. El sábado, así profanado, produce cansancio; y en vez de amarse su venida, se la teme». ¹⁹

Conclusión del sábado. «Al bajar el sol, con oración e himno señalen el fin de las horas sagradas, e inviten a Dios a acompañarlos con su presencia en los cuidados de la semana de trabajos. Así pueden los padres hacer del sábado lo que debe ser: el día más gozoso de la semana. Pueden inducir a sus hijos a considerarlo como una delicia, el día superior a los demás días, santo de Jehová, honorable». ²⁰

Si tomamos en cuenta estos instructivos consejos, no solo disfrutaremos de ese tiempo sagrado, sino que estaremos echando los cimientos para que la nueva generación también lo considere un día especial. Al establecer el programa del sábado en nuestra casa, es importante tomar en cuenta las distintas edades en la familia, y considerar las necesidades e inquietudes de cada miembro.

OFRENDAS DE TIEMPO

Con esta frase nos referimos al tiempo en que nosotros dejamos nuestras actividades cotidianas durante la semana y nos dedicamos a actividades de edificación espiritual. No podemos crecer en el ámbito espiritual si solamente nos dedicamos a fortalecernos espiritualmente los sábados. Es necesario que cada día nos consagremos a Dios y le pidamos ayuda para afrontar los desafíos que diariamente emprendemos. Elena G. de White declara cuál debería ser nuestra principal labor:

«Lo primero que deberíamos hacer, cada mañana al levantarnos, es dirigirnos a Dios en oración para decirle: “Tómame, ¡oh Señor!, como enteramente tuyo. Pongo todos mis planes a tus pies. Úsame hoy en tu servicio. Mora conmigo, y que todo lo que yo vaya a hacer hoy pueda ser aprobado por ti”. Esto hemos de hacerlo a diario, a fin de consagrar a Dios toda la jornada, sometiéndole a él todos nuestros planes, para ponerlos en práctica o abandonarlos, según nos lo vaya indicando su providencia».²¹

Nuestro desarrollo y crecimiento espiritual se cultivan día a día. Es una obra constante en nuestra vida. Si diariamente cultivamos hábitos espirituales nos sentiremos más motivados a participar de algunos ejercicios devocionales y de testificación que redundarán en nuestro bien y en el bien de aquellos con quienes nos relacionamos. He aquí algunos ejemplos:

- Fortalecer el altar familiar mediante el culto matutino y vespertino.
- Asistencia a los servicios religiosos durante la semana.
- Dedicar tiempo a capacitarnos para desempeñar con eficacia las responsabilidades que tenemos en la iglesia y preparar actividades que fortalezcan la iglesia y fomenten el servicio a la comunidad.
- Apartar tiempo para la testificación (estudios bíblicos, grupos pequeños y ayudar a los necesitados de la comunidad).

TIEMPO PARA NUESTRAS ACTIVIDADES PERSONALES

Anteriormente nos referimos a una frase que se utiliza para señalar el gran valor del tiempo: «El tiempo es oro». Cuando era estudiante tuve la oportunidad de conocer parte de la cultura de los Estados Unidos

y trabajar allá. Todavía guardo en mi memoria algunas de tantas vivencias que experimenté. Recuerdo que en una oportunidad, al solicitar trabajo en una fábrica, me preguntaron si tenía vehículo para transportarme. Ellos querían asegurarse de que llegaría a tiempo todos los días. Me especificaron que si llegaba tarde al trabajo en tres ocasiones quedaría suspendido. También me dijeron que después de la hora de receso, cuando el timbre sonara para ingresar al trabajo, debía tener las herramientas en mis manos para comenzar a trabajar inmediatamente. ¡Qué interesante! Cada departamento en esa planta tenía sus objetivos diarios muy bien definidos y se programaban para alcanzarlos antes de la hora de salida. No pude dejar de comparar la actitud de estos dos trabajos con otras empresas donde me tocó trabajar, en donde era difícil saber si el mayordomo tenía una meta definida o no; si era necesario esforzarse o cualquier cosa que se lograra estaría bien.

Como mayordomos en la administración del tiempo, corremos el riesgo de ir a un extremo o al otro. Se puede abusar del trabajador, exigiendo demasiado como lo hacían los egipcios con los israelitas en sus labores (ver Éxo. 5: 9-17), o sencillamente dejar pasar el tiempo sin tener ningún compromiso ni meta definida. La situación que experimentó Humberto cuando llegó a realizar sus estudios en un colegio adventista nos ayuda a entender la valía del tiempo. Los horarios que establecía la institución para llevar a cabo las distintas actividades no eran los más halagüeños, así que de inmediato comprendió que debía ser diligente en la administración de su tiempo.

Tenía que irse a dormir temprano, pues a las 5:30 de la mañana sonaba el timbre indicando que debía levantarse. Después de asearse debía asistir al culto matutino del dormitorio y luego llegar a tiempo al comedor para desayunar, pues los alimentos se servían en un horario concreto. A las 7:00 a. m. entraba a clases y salía a las 12:30 p.m., para ir a comer y prepararse para su horario de trabajo de 2:00-6:00 p.m. Usaba unos cuantos minutos para asearse e ir a la cena, pues a las 7:00 p.m. debía asistir a la reunión vespertina, seguida por el período de estudio y tareas. A las 10:00 p.m. sonaba el timbre para recordarle a Humberto y a todos sus compañeros que era hora de dormir.

Esta experiencia le enseñó a Humberto el valor del tiempo y lo capacitó para cumplir con éxito las responsabilidades y exigencias que más adelante experimentó como adulto y profesional. En el colegio aprendió lo que enseñan los expertos: «La mejor forma de administrar el tiempo es elaborar un horario». Cuando diseñamos un horario y le asignamos un plazo definido a cada una de nuestras actividades es admirable lo que podemos lograr. Es muy provechoso iniciar el día de actividades teniendo una agenda con las cosas que deseas hacer o los objetivos que esperas lograr.

LA PLANIFICACIÓN ES IMPORTANTE

Planes a corto plazo. ¿Qué voy a hacer hoy? ¿Cómo utilizaré las horas hábiles de este día? ¿Qué pienso lograr esta semana? ¿Qué objetivos alcanzaré este mes? Las respuestas a estas preguntas requieren análisis, planificación y meditación. La planificación nos permite encontrar el camino que debemos seguir para lograr nuestros objetivos y al mismo tiempo evitar dar tumbos de un lugar a otro, sin lograr lo que deseamos y correr el riesgo de desanimarnos.

Planes a mediano plazo. Hay cosas que no se pueden hacer en unos cuantos días, o semanas, pues requieren un lapso más extenso. De manera que es importante trazarnos una meta y calcular el tiempo que necesitamos para lograrla. Un joven que tiene que trabajar para costear sus estudios puede planear en cuánto tiempo terminará su carrera. Un profesional planeará cuándo podrá ser capaz de sostener un hogar, llevar a cabo una maestría, comprar un vehículo y adquirir un inmueble. Los planes a mediano plazo pueden conllevar algunos años de la vida.

Planes a largo plazo. Es importante que aprendamos a proyectar planes que tomen una mayor cantidad de tiempo, sin perturbar los objetivos que nos hemos trazado a corto y mediano plazo. Para algunos los proyectos a largo plazo se ven tan lejanos que les parecen solo una ilusión, pero este tipo de planes son como un viaje largo, si no te detienes con frecuencia pronto llegarás a tu destino, aunque sea un trayecto largo. Entre las preguntas que podríamos hacernos respecto a

los planes a largo plazo están las siguientes: ¿Cuándo podré comprar una casa? ¿Dónde y cómo la podré financiar? Cuando me jubile ¿dónde voy a vivir y a qué me dedicaré?

Recordemos que las metas que queremos alcanzar requieren esfuerzo, sacrificio, tenacidad y perseverancia; pero las metas que se alcanzan producen satisfacción, alegría y te proporcionan la capacidad de alcanzar otras metas más significativas. La mensajera del Señor escribió acerca de la prolijidad con que debemos hacer cada tarea: «Es deber de todo cristiano adquirir hábitos de orden, minuciosidad y diligencia. No hay excusa para hacer lenta y chapucestamente el trabajo, no importa cual sea [...]. Decidan cuánto tiempo se requiere para hacer una tarea determinada, y entonces dedíquese todo esfuerzo a terminar el trabajo en ese tiempo. El ejercicio de la voluntad hará más diestras las manos».²²

Hace muchos años tuve el privilegio de dar una semana de mayordomía en una iglesia donde tuve el honor de conocer a un hermano que tenía un pequeño taller radiotécnico. Después de muchos años tuve la gran experiencia del volver a la misma iglesia para llevar a cabo otra actividad, y al volver a encontrarme con el hermano del pequeño taller, él quiso compartir conmigo una anécdota. Mientras trabajaba en su taller decidió ingresar a la universidad y, tras vencer muchos obstáculos, logró terminar su carrera universitaria. La universidad de la cual había egresado le ofreció trabajo, y cuando me estaba contando la historia acababa de jubilarse. Después de escuchar su experiencia con admiración, lo felicité por su esfuerzo y por sus logros. Con justa razón dice Elena G. de White que «del debido aprovechamiento de nuestro tiempo depende nuestro éxito en la adquisición de conocimiento y cultura mental. El cultivo del intelecto no ha de ser impedido por la pobreza, el origen humilde o las condiciones desfavorables. Pero atesórense los momentos».²³

Quiero aprovechar las últimas líneas de este capítulo para motivar a los padres para que incorporen en la formación de sus hijos la enseñanza del uso adecuado del tiempo, pues si logramos que desde la infancia los jóvenes adquieran el hábito de valorar el tiempo serán

adultos exitosos en todos los aspectos de la vida. Jesús es nuestro ejemplo. Desde pequeño aprendió a llevar a cabo sus tareas en el hogar y pasó su juventud al lado de José en el taller de carpintería. Y cuando le correspondió desempeñar su ministerio público aprovechó su tiempo para visitar a los necesitados y llevarles vida, salud y esperanza.

Un día, cuando regresé de viaje a casa, noté que en la parte de abajo de la puerta de la recámara de los niños había unas hojas con pequeños dibujos. Al mirar detenidamente capté que mi esposa les había definido el horario del día para que supiesen cuáles eran sus deberes. Como ellos todavía no sabían leer, la mamá les dibujó la actividad que debían realizar antes del desayuno, al regresar de clases, durante las horas de la tarde y al final del día. Después, ellos mismos aprendieron a elaborar sus propios horarios a fin de aprovechar el tiempo.

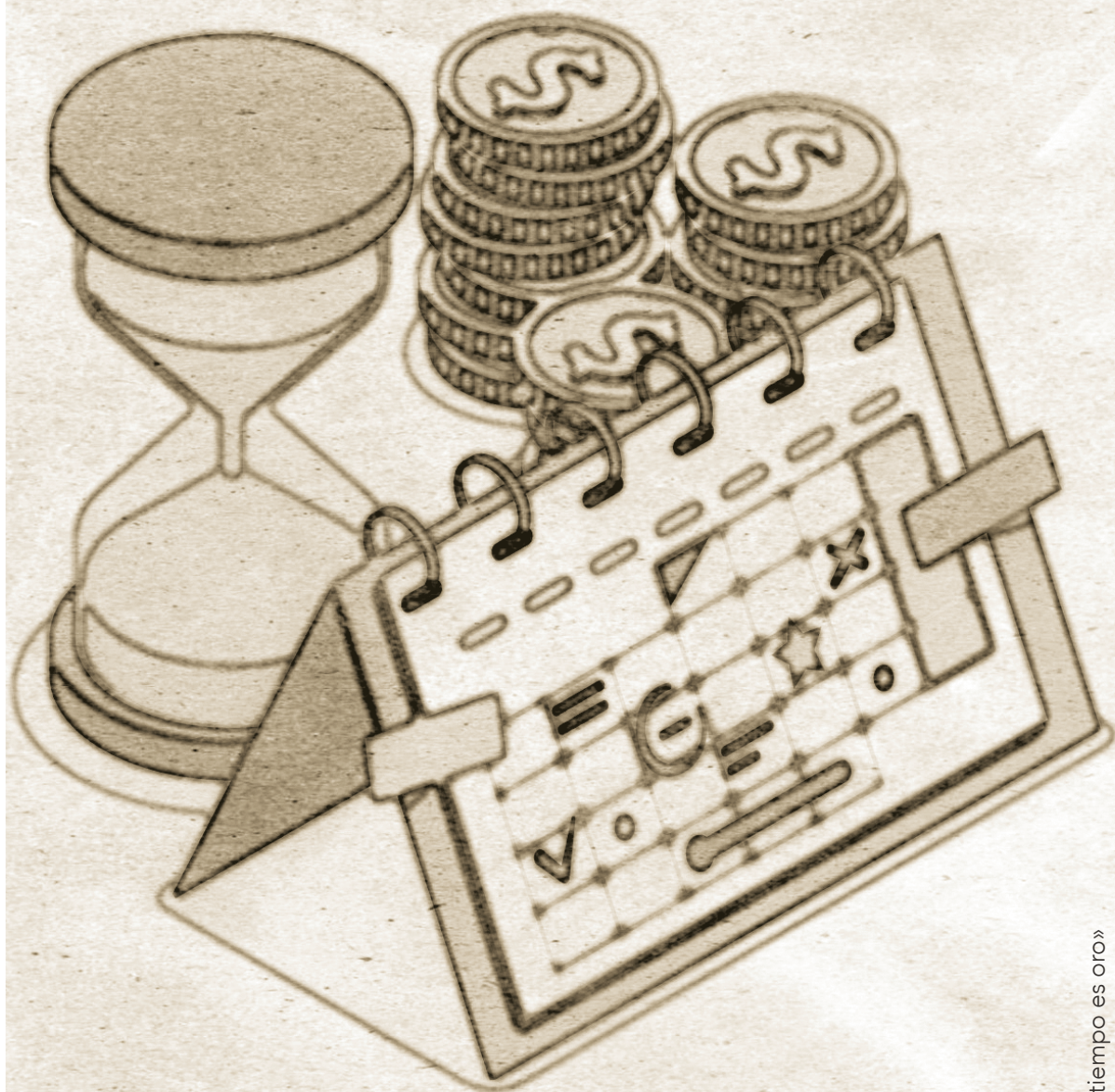
LA RECOMPENSA DE ADMINISTRAR BIEN EL TIEMPO

La sociedad moderna con sus interminables y creativas redes sociales, el ambiente que nos rodea, los amigos, todo de manera directa o indirecta nos invita a disipar el tiempo. Sin embargo, aunque todo nuestro entorno quiera inducirnos a dilapidar el valioso tiempo que Dios nos ha dado, no olvidemos que el fruto del árbol de la vida nos espera (ver Apoc. 22: 2).

Por lo tanto, es necesario ser diligentes y responsables en la administración del tiempo, pues es demasiado precioso como para desaprovecharlo. «La vida es demasiado corta para que se la disipe. No tenemos sino unos pocos días de gracia y hemos de usarlos a fin de prepararnos para la eternidad. No tenemos tiempo para perder, ni tiempo para dedicar a los placeres egoístas, ni tiempo para entregarnos al pecado. Es ahora cuando hemos de formar caracteres para la vida futura e inmortal».²⁴

Pronto se oirán las palabras del Señor: «¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! Has sido fiel en lo poco; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!» (Mat. 25: 23, NVI). Qué el Señor nos permita vivir setenta u ochenta años en esta tierra sabiamente y luego nos lleve a compartir con él la eternidad.

- 1 Hazael Bustos, *Un compromiso de amor*, p. 74.
- 2 Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 26.
- 3 *Ibid.*, p. 39.
- 4 *Idem.*
- 5 Aecio E. Cairus, «La doctrina del hombre», en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe*, (Doral, FL: IADPA, 2005), t. 2, p. 251.
- 6 Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 523.
- 7 Charles E. Bradford, «Mayordomía», en *Teología: Fundamentos bíblicos de nuestra fe*, (Doral, FL: IADPA, 2007), t. 6, p. 211.
- 8 Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro* (Doral, Florida: IADPA, 2019), p. 280.
- 9 Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2004), t. 6, pp. 450, 451.
- 10 Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: IADPA, 2003), t. 1, p. 291.
- 11 Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: APIA, 2007), t. 4, p. 405.
- 12 Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 280.
- 13 *Ibid.*, p. 281.
- 14 *Ibid.*, p. 282.
- 15 Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 27.
- 16 *Ibid.*, p. 306.
- 17 Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, p. 591.
- 18 Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 357.
- 19 Elena G. de White, *Conducción del niño* (Doral, FL: IADPA, 2010), p. 516.
- 20 *Ibid.*, p. 521.
- 21 Elena G. de White, *El camino a Cristo* (Doral, Florida: IADPA, 2015), p. 104.
- 22 Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 282, 283.
- 23 *Ibid.*, p. 282.
- 24 *Ibid.*, 280, 281.



8

Lealtad sin condiciones





Este maravilloso plan
de la benevolencia
sistemática ideado
por Dios tiene el mismo
propósito que tenía el
árbol del conocimiento
del bien y del mal:
identificar a Dios como
el legítimo dueño
de todo y que él comparte
bondadosamente
sus bendiciones
con sus hijos.



Sin duda alguna, uno de los temas más espinosos que podemos tratar es el dinero. Múltiples reacciones se generan en torno a este factor financiero, no importa el escenario, la clase social o la perspectiva desde la cual se considere, siempre se suscitan acalorados debates. Francisco Quevedo puso de manifiesto la importancia del dinero en nuestra vida mediante su famosa frase: «Poderoso caballero es don dinero». El dinero es un tema que requiere nuestra más seria consideración.

Ahora bien, al abordar el tema del dinero no quisiera dar la impresión de disminuir su importancia, pues el dinero es prácticamente imprescindible para la vida como la conocemos. Necesitamos dinero para adquirir el sustento diario, para vestir adecuadamente y tener una casa donde nuestra familia pueda vivir segura. Hay otras actividades fundamentales para el desarrollo satisfactorio de la vida de cualquier persona que requieren dinero: un viaje de vacaciones, celebrar actividades recreativas con la familia y suplir las necesidades de los menesterosos. El dinero, en las manos correctas y usado con responsabilidad, puede hacer mucho bien.

El dinero también puede utilizarse para complacer gustos nocivos o vicios, para solventar industrias asesinas como la guerra o incluso para financiar movimientos que vayan en contra de la familia y de la vida misma. Es decir, el dinero puede ser tanto bueno como malo, todo depende del uso que le dé quien lo tenga en su poder.

También resulta fundamental que comprendamos que el dinero tiene limitaciones. Hay muchas

cosas necesarias e indispensables que el dinero no puede comprar. Es bien conocido el pensamiento que dice que *con dinero se puede obtener una casa, pero no un hogar; con dinero se consigue medicina, pero no la salud; con dinero se puede comprar una buena cama, pero no el sueño; con dinero se puede conseguir el servicio y la cooperación de algunas personas, pero no su amor ni amistad*. Es, pues, importante reconocer las limitaciones que tiene el dinero a pesar de lo útil que resulta.

El pastor Hazael Bustos, en su libro *Un compromiso de amor*, comparte una historia muy interesante que ilustra los linderos que no puede trascender el dinero: «Eran las últimas horas del día 22 de enero de 1973, y en un lujoso departamento de Manhattan, un caballero y su bella esposa se disponían a cenar a la luz de velas. En ese instante, el teléfono interrumpió los preparativos. Por el auricular se las escuchó: “Alexandre está gravemente herido a causa de un accidente de aviación en el aeropuerto de Atenas”. Aristóteles Onassis y Jaqueline quedaron paralizados, y la desesperación los sobrecogió. De pronto, el magnate se dio cuenta de que toda su fortuna de quinientos millones de dólares, la flota mercante más grande del mundo, sus miles de empleados entrenados y listos como un ejército, no servían para volver el reloj atrás, para salvarle la vida a ese hijo.

»En pocas horas estuvo junto al lecho del moribundo y sintió la impotencia que jamás había sentido al manejar su fortuna. Golpeado por las circunstancias, abrumado por la imposibilidad de salvarle la vida a su hijo, su salud comenzó a decaer vertiginosamente. Pronto aparecieron problemas cardíacos y complicaciones respiratorias que hicieron que, luego de su muerte, su fortuna pasara a manos de otros. Onassis ya no se preocuparía más por sus millones. Su vida es una versión moderna de la parábola del hombre que pensaba guardar los frutos de su cosecha en graneros cada vez más grandes (Lucas 12: 13-21)».¹

CONCEPCIONES CONTRARIAS SOBRE EL DINERO

Cuando se trata de dinero y de los bienes materiales, hay por lo menos dos grupos que contraponen sus pensamientos muy marcadamente:

Los que ven en el dinero la solución a todos los males y la forma de alcanzar cualquier objetivo. Este grupo de personas dedican todos sus esfuerzos e intereses a conseguir dinero de una u otra manera, pues creen que con los recursos económicos se resuelven todos los problemas. Hay que reconocer que el dinero es adictivo, que convierte a la gente en presa de la avaricia y de sus terribles consecuencias. Quienes están absortos en conseguir dinero, no distinguen las fortalezas y las debilidades del dinero. No siempre pueden distinguir los límites del esfuerzo que vale la pena realizar para obtenerlo, o cuándo detenerse para dar valor a otro aspecto de la vida que está por encima del dinero.

Los que consideran que el dinero es pecaminoso y por lo tanto no deben concentrarse en obtenerlo. Hay personas que, de una u otra manera, evaden tanto el dinero que llegan al punto de descuidar sus propias finanzas. Suelen darle un significado distinto del que realmente tienen las siguientes palabras del apóstol Pablo: «Porque raíz de todos los males es el amor al dinero» (1 Tim. 6: 10). Señalando que «todos los males provienen del dinero», muchos dan por sentado que el dinero es malo o pecaminoso y que quienes se ocupan de él están absortos en este mundo y no son personas espirituales. Sin embargo, Pablo no recrimina al dinero en sí, sino que critica a quienes aman al dinero sobre todas las cosas.

Ambos puntos de vista provocan graves problemas para quienes los practican y promueven. Los primeros llegan a convertir el dinero en un dios que desplaza a quien nos ha otorgado el dinero como una bendición. El segundo se desentiende de sus responsabilidades básicas de administrar los recursos para su propia subsistencia y la de su familia y se convierte en presa fácil de la mediocridad. De manera que cuando hablamos de dinero la palabra *equilibrio* desempeña un rol fundamental y sumamente importante.

FRASES Y DICHOS

DE GRANDES PERSONAJES SOBRE EL DINERO

«¿Para qué sirve el dinero? Al que no lo tiene, le falta valor; y el que lo posee tiene preocupaciones; el que no lo disfruta tiene pesar».

— Aarón de Logau

*«¿Quieres ser rico? Pues no te afanes en aumentar tus bienes,
sino en disminuir tu codicia».— Epicuro*

*«Algún dinero evita las preocupaciones;
mucho, las atrae».— Confucio*

*«Bienaventurado el que tiene talento y dinero,
porque empleará bien este último».—Menandro*

*«Cuando no se tiene dinero, siempre se piensa en él. Cuando
el dinero se tiene, solo se piensa en él».— Paul Getty*

*«Cuando se trata de dinero, todos son
de la misma religión».— Voltaire*

*«El capital no es un mal en sí mismo.
El mal radica en su mal uso».— Mahatma Gandhi*

*«El dinero es como un sexto sentido; sin él no podríamos
desarrollar los otros cinco».— William S. Maugham*

*«El dinero es un buen sirviente,
pero un pésimo maestro».— Francis Bacon*

*«El dinero se adquiere con trabajo, se guarda con temor
y se pierde con gravísimo dolor».— Casiodoro*

*«El más rico de todos los hombres es el ahorrativo,
el más pobre, el avaro».— Chamfort*

*«El mayor placer que la riqueza confiere consiste en la
capacidad de ayudar a los demás».— André Maurois*

«Grandes riquezas, gran esclavitud».— Séneca

*«Hay personas que de sus riquezas
no tienen más que el miedo a perderlas».— Rivarol*

*«La riqueza consiste en el uso adecuado de los bienes».
— Plutarco*

UN ÁRBOL DIFERENTE

Cada país tiene ciertos árboles que se yerguen como monumentos conmemorativos, dando un mensaje especial a quienes los visitan. Hay árboles propios de determinados lugares que solo se pueden encontrar allí. En la parte baja del Estado de Sonora, mi tierra natal, la vegetación es poco atractiva, pues hay muchos arbustos llenos de espinas y grandes extensiones de terreno pierden la capacidad de producir buenos pastos debido a la falta de agua y el terreno árido. En cambio, en la parte alta de la Sierra, hay muchos pinos y encinos que crecen presentando un bello panorama en las montañas.

Ya hemos hablado de los dos árboles que había en medio del jardín de Edén y dedicamos, en el capítulo 2, especial atención al árbol de conocimiento del bien y del mal. El Espíritu de Profecía señala que «El árbol del conocimiento, que estaba cerca del árbol de la vida, en el centro del huerto, había de probar la obediencia, la fe y el amor de nuestros primeros padres. Aunque se les permitía comer libremente del fruto de todo otro árbol del huerto, se les prohibía comer de este, so pena de muerte».²

Hemos visto que el fruto era hermoso y agradable, pero su consumo estaba prohibido. ¿Por qué? ¿Por qué colocar justo en el centro del huerto el árbol prohibido? Elena G. de White señala lo siguiente: «Adán y Eva podían comer libremente de todos los demás; pero de ese árbol especial Dios dijo: “No comerás”. Eso constituía la prueba de su **gratitud** y **lealtad** a Dios».³ «Dios se reservó ese árbol como recuerdo constante de que era dueño de todo. Así les dio oportunidad de demostrar su **fe** y **confianza** obedeciendo perfectamente sus requerimientos».⁴ «El árbol de la sabiduría había sido puesto como una prueba de **obediencia** y de su **amor** a Dios».⁵

En estas últimas citas de Elena G. de White, sobresalen algunas palabras que señalan de forma clara y distintiva lo que Dios se proponía mediante la función de este árbol en el huerto del Edén:

- **Gratitud.** Nuestros primeros padres debían rebozar de gratitud por lo todo lo que Dios había hecho por ellos.
- **Lealtad.** Dios esperaba lealtad de parte de sus hijos agradecidos.
- **Reuerdo constante.** En ningún momento debían olvidar que eran mayordomos, Dios era el legítimo dueño.

- **Fe.** Aunque ellos no vieron a Dios creando el mundo, ni siquiera a ellos mismos, nuestros primeros padres debían creer fielmente en lo que Dios había dicho.
- **Confianza.** Aunque no entendieran completamente todo lo que Dios les había indicado o escucharan otras ideas distintas, debían seguir confiando en Dios.
- **Obediencia.** Todos los conceptos mencionados anteriormente debían fomentar su obediencia.
- **Amor.** La base de esa obediencia debía ser el amor. Dios esperaba una respuesta de amor por todo el afecto que él les había manifestado.

Así que cuando Adán y Eva veían ese árbol, entendían por qué no podían comer de su fruto. Debían recordar todos esos elementos que estaban implícitos con tan solo divisar el árbol. A través de esta prohibición, Dios estaba haciendo una provisión. Quería que nuestros primeros padres pudiesen demostrar su idoneidad y desarrollo para ocupar ese sagrado puesto de mayordomos, mientras ellos se colocaban en un pedestal que estaba más allá de esa prueba.

Lamentablemente todos sabemos lo que pasó con nuestros primeros padres cuando oyeron y obedecieron la voz de la serpiente y dudaron del consejo divino. Al comer del fruto del árbol prohibido todo comenzó a deteriorarse lentamente. Y en medio del patético panorama que se percibía en el Edén, Dios se acercó a sus hijos y les reiteró su amor y misericordia brindándoles otra oportunidad. Fanny J. Crosby describió esta escena melodiosamente en el coro del himno *Dejo al mundo*:

*¡Oh, qué amor inmensurable!
¡Qué clemencia, qué bondad!
¡Oh, la plenitud de gracia,
prenda de inmortalidad!*⁶

LA MISMA ENSEÑANZA CON OTRO MÉTODO

La desobediencia de nuestros primeros padres trajo consecuencias negativas en todos los ámbitos de la vida, así que ahora Dios debía adaptar su enseñanza a la nueva situación de la humanidad. Todo en absoluto fue afectado por el pecado.

Dios decidió establecer el plan de la benevolencia sistemática (con esta frase nos referimos a la devolución de los diezmos y las ofrendas), como una forma en la que el ser humano pudiera continuar

demostrando fe, obediencia, gratitud, amor y lealtad a Dios. En las palabras claras y elocuentes de Elena G. de White se establece este concepto: «El sistema de los diezmos y de las ofrendas tiene por objeto grabar en las mentes humanas una gran verdad, a saber, que Dios es la fuente de toda bendición para sus criaturas, y que se le debe gratitud por los preciosos dones de su providencia».⁷

Este maravilloso plan de la benevolencia sistemática ideado por Dios tiene el mismo propósito que tenía el árbol del conocimiento del bien y del mal: identificar a Dios como el legítimo dueño de todo y que él comparte bondadosamente sus bendiciones con sus hijos. Cuando separamos la décima parte de nuestros ingresos como diezmo y otra proporción como ofrenda, estamos reconociendo el señorío divino y el encargo que hemos recibido de administrar sabiamente los recursos materiales. La señora White prosigue ampliando el concepto del diezmo: «Cuando los israelitas estaban por establecerse como nación, la ley del diezmo fue confirmada, como uno de los estatutos ordenados divinamente de cuya obediencia dependía su prosperidad».⁸

Al establecerse Israel como un pueblo libre en Canaán se le confirmó el sistema que existía no solo desde el tiempo de su progenitor Abraham (ver Gén. 14: 18-20), sino desde el tiempo de Adán. La siguiente declaración ratifica este concepto: «El sistema del diezmo se remonta hasta más allá del tiempo de Moisés. Ya en los días de Adán, se requería de los hombres que ofreciesen a Dios donativos de índole religiosa, es decir, antes que el sistema fuese dado a Moisés en forma definida. [...] Esto continuó durante las generaciones sucesivas y fue practicado por Abraham, quien dio diezmos a Melquisedec».⁹ El Espíritu de Profecía también habla de esta ordenanza en los días de Job, y por supuesto en el tiempo de Jacob, nieto de Abraham, que después de encontrarse con Dios en Betel hizo la promesa de entregarle a Dios los diezmos de todo lo que ganara (ver Gén. 28: 20-22).

LEVÍ, EL ELEGIDO PARA ADMINISTRAR LOS DIEZMOS

Dios escogió a la tribu de Leví para que se encargara de todo lo relacionado con el santuario. Como tal, los levitas eran los indicados para recibir los diezmos y administrarlos según lo indicado por Dios. «El diezmo de la tierra, tanto de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, es de Jehová: es cosa dedicada a Jehová. [...]

Todo diezmo de vacas o de ovejas, de todo lo que pasa bajo la vara, el diezmo será consagrado a Jehová» (Lev. 27: 30-32). Elena G. de White habla de quiénes debían administrar los recursos que pertenecían a Dios: «El diezmo debía consagrarse única y exclusivamente al uso de los levitas, la tribu que había sido apartada para el servicio del santuario».¹⁰ En otro contexto, hablando del cuidado de los pobres que Israel debía tener en mente, y de los recursos que debían respaldar a ese sector del pueblo, la misma autora reitera el concepto del uso del diezmo al citar Números 18: 21: «Yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos en Israel».¹¹

El plan que ordenaba destinar el diezmo para asuntos religiosos no fue dado a Israel para una etapa de la vida del pueblo, fue un mandato divino de carácter permanente. Por esta razón, en los tiempos posteriores de la historia de Israel, ese modelo divino se aceptó sin establecer nuevas modalidades o cambios. La mensajera del Señor argumenta acerca de la concepción que tenían los escritores del Nuevo Testamento sobre el diezmo:

«Asimismo el diezmo de nuestras entradas es “santo a Jehová”. El Nuevo Testamento no promulga de nuevo la ley del diezmo, como tampoco la del sábado, porque la validez de ambas se da por establecido y su profundo significado espiritual se considera explicado. [...] Mientras nosotros como pueblo procuramos firmemente dar a Dios el tiempo que él se ha reservado como suyo, ¿no le daremos también esa parte de nuestros recursos que él reclama?».¹²

Si recabamos en la declaración anterior notaremos que el diezmo y el sábado son sagrados y que Dios espera que esa parte de los recursos financieros y del tiempo los dediquemos a él como el dueño legítimo de todo.

En Mateo 23: 23 el Señor Jesús reprochó la falta de respeto al espíritu de la ley en contraste con las normas establecidas en cuanto al diezmo: «¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Dan la décima parte de sus especias: la menta, el anís y el comino. Pero han descuidado los asuntos más importantes de la ley, tales como la justicia, la misericordia y la fidelidad. Debían haber practicado esto sin descuidar aquello» (NVI). El *Comentario bíblico adventista* comenta lo relativo respecto al texto que citamos anteriormente: «El diezmo constituía una parte de la ley (ver Lev. 27: 30; Deut. 14: 22). La minuciosidad con que

pagaban el diezmo los judíos piadosos es reflejada en la Mishnah». ¹³ De manera que esta práctica constituía un elemento integral de la vida de los judíos del tiempo de Cristo.

Cuando el apóstol Pablo se dirigió a la iglesia de Corinto, y también en su carta a Timoteo, introduce el concepto el diezmo como provisión divina para el desarrollo de la iglesia (ver 1 Cor. 9: 13, 14; 1 Tim. 5: 18). Pablo, basándose en el Pentateuco, reitera esta costumbre en la iglesia, el *Comentario bíblico adventista* lo describe de esta manera:

«Los sacerdotes y levitas, libres de las responsabilidades propias del cuidado de las tierras y otras propiedades, podían dedicar toda su atención a la importante obra del templo. No debían preocuparse por los recursos para satisfacer sus necesidades temporales. Dios había ordenado que todo eso se atendiera con los diezmos y las ofrendas ceremoniales dadas por la congregación». ¹⁴

Por lo tanto, «el diezmo de todo lo que poseemos es del Señor. Él se lo ha reservado para que sea empleado con propósitos religiosos. Es santo. En ninguna dispensación él ha aceptado menos que esto. Un descuido o una postergación de este deber provocará el desagrado divino. Si todos los cristianos profesos llevaran sus diezmos a Dios, su tesorería estaría llena». ¹⁵

PROPÓSITO, MOTIVOS Y BENDICIONES

Con frecuencia encontramos cristianos que tratan de ponerle condiciones a Dios para aceptar y practicar sus ordenanzas. El tema de los recursos financieros es el que regularmente genera más resistencia entre las personas. Muchos condicionan su fidelidad respecto a la devolución del diezmo y las ofrendas hasta que puedan tener la plena seguridad de que esos recursos están siendo usados correctamente. Sin embargo, ninguno de nosotros ha de sentirse autorizado a poner requisitos para devolver lo que pertenece al Señor. Devolvemos el diezmo y las ofrendas tan solo por una sencilla razón: es un mandato de Dios. Lo hacemos porque escuchamos su voz decir: «Traed todos los diezmos al alfolí» (Mal. 3: 10). Hacemos nuestra parte confiando en que Dios hará la suya según su soberana voluntad.

También hay quienes disienten de los planes que lleva a cabo la iglesia y comienzan a elaborar sus propios planes para tratar de desviar

de los canales correctos los recursos que Dios le suministra a su iglesia para que avance esta gran obra. Algunos proponen que el diezmo debe usarse para:

- Ayudar en la construcción de templos.
- Apoyar ministerios de sostén propio.
- Apoyar organismos filantrópicos.
- Ayudar a los pobres.
- Ayudar a la familia.

Es cierto que algunas de estas causas pueden formar parte de la obra que Dios le ha encomendado a su iglesia; sin embargo, nada justifica el desvío del mandato divino de «traed todos los diezmos al alfolí». Hemos de recordar que los planes de Dios siempre son mejores que los nuestros. El diezmo y su fiel devolución no solo aportan recursos para el avance del evangelio, sino que tienen el propósito de erradicar el egoísmo del corazón humano. A continuación quisiera poner bajo su consideración un pequeño diagrama con el objetivo de resaltar algunos conceptos.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----

- * La barra completa representa diez décimas. Hemos destacado la primera décima como el diezmo, sugiriendo con ello que Dios debe ser lo primero en nuestra agenda. Por eso, antes de comenzar a planear y a gastar debiéramos apartar el diezmo como propiedad divina.
- * El primer cuadro *no representa nuestra generosidad*. El diezmo no es de nuestra propiedad, no nos pertenece, de allí que no lo damos, sino que lo devolvemos. «Entreguen completos los diezmos en mi tesorería, es la orden de Dios. Esta no es una invitación a ser agradecidos o generosos. Es una cuestión de simple honestidad. El diezmo pertenece al Señor».¹⁶
- * Después de hacer nuestra parte al apartar el diezmo, con toda confianza podemos pedir la bendición de Dios para los recursos que nosotros hemos de administrar y utilizar dichos recursos para mostrar nuestra generosidad mediante ofrendas voluntarias.
- * Recordemos que Dios no nos pide nada que primero no nos haya dado.

DIOS PROMETE BENDECIRNOS

Malaquías 3: 10 ofrece una promesa especial para todos los que decidan ser fieles a Dios en la devolución de los diezmos y las ofrendas: «Pruébenme en esto —dice el Señor Todopoderoso—, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde» (NVI). La misma declaración divina que recuerda nuestra responsabilidad de traer los diezmos también contiene la promesa de abundancia.

Hay personas que dicen que no pueden devolver los diezmos porque son pobres; por otra parte, no siempre recibimos la abundancia que Dios quisiera compartir con nosotros debido a nuestra falta de capacidad para administrarla. La siguiente declaración tomada del Espíritu de Profecía señala la causa y el efecto de por qué no recibimos las bendiciones que anhelamos: «Siempre que se retiene lo que es del Señor se acarrea maldición. La prosperidad espiritual está estrechamente ligada con la liberalidad cristiana».¹⁷

Hay una declaración de Elena G. de White que tiene una conexión estrecha con Malaquías 3: 10: «Un espíritu mezquino y egoísta impide que los hombres den a Dios lo que es suyo. Dios ha establecido un pacto especial con los hombres, según el cual, si estos apartan regularmente la porción destinada a promover el reino de Cristo, el Señor los bendice abundantemente, a tal punto que no tendrán lugar para recibir sus dones».¹⁸

A menudo nos concentramos en pensar en las bendiciones que todavía no hemos recibido. En ocasiones nuestras mentes vuelan hasta los lugares que quisiéramos visitar, los artículos que deseáramos poseer y las fortunas que quisiéramos amasar. Lo peor es que a menudo soñamos con todo esto sin siquiera valorar las bendiciones que diariamente el Señor nos provee. La señora White, cual prodigiosa pintora, describe trazo tras trazo las bendiciones que amorosamente el Señor nos proporciona:

«El poder de Dios se manifiesta en los latidos del corazón, en los movimientos de los pulmones y en las corrientes vivificadoras que circulan por los millares de conductos del cuerpo. Estamos endeudados

con él por cada momento de nuestra existencia y por todas las comodidades de la vida. Las facultades y las aptitudes que elevan al hombre por encima de la creación inferior constituyen el don del Creador. Él nos da sus beneficios en gran cantidad. Estamos en deuda con él por el alimento que comemos, el agua que bebemos, la ropa con la que nos vestimos y el aire que respiramos. Sin su providencia especial, el aire estaría lleno de pestilencia y veneno. Él es un generoso benefactor y preservador».¹⁹

A esta extraordinaria lista podemos añadir el sol que brilla sobre la tierra, el resplandor de la luna, el firmamento tachonado de estrellas, las lluvias que refrescan la tierra y una infinidad de otros elementos que Dios ha dispuesto para nuestra felicidad. Dedicar tiempo a pensar en todo lo que Dios hace por nosotros produce gratitud en el corazón, que luego debería ser expresada por medio de nuestros labios. «Así como recibimos continuamente las bendiciones de Dios, así también debemos dar continuamente. Cuando el benefactor celestial deje de darnos, solo entonces se nos podrá disculpar, porque no tendremos nada para compartir. Dios nunca nos ha dejado sin darnos evidencia de su amor, porque siempre nos ha rodeado de beneficios».²⁰

Dios busca siempre la manera de que sus hijos tengan todas las bendiciones que necesitan en esta tierra. Elena G. de White se refiere a ese extenso maratón que Dios ha recorrido para llegar hasta cada uno de hijos para bendecirlos:

«Este sistema del diezmo era una bendición para los judíos; de lo contrario, Dios no se lo hubiera dado. Así también será una bendición para los que lo practiquen hasta el fin del tiempo. Nuestro Padre celestial no creó el plan de la benevolencia sistemática para enriquecerse, sino para que fuese una gran bendición para el hombre. [...] Un Dios sabio sabía mejor qué sistema de liberalidad estaría de acuerdo con su providencia, y ha dado a su pueblo instrucciones concernientes a él. Ha quedado demostrado que las nueve décimas valen más que las diez décimas».²¹

«Honra a Jehová con tus bienes, [...] entonces tus graneros estarán colmados con abundancia» (Prov. 3: 9, 10).

«Joven fui y he envejecido, y no he visto justo desamparado ni a su descendencia que mendigue pan» (Sal. 37: 25).

Hoy Dios sigue esperando que sus hijos e hijas acepten ser sus mayordomos, a fin de bendecirlos y por su medio bendecir a sus semejantes. Si aceptamos la invitación, Dios nos impartirá sabiduría no solo a los que administran las finanzas en las iglesias y los distintos campos administrativos, sino a cada miembro para administrar sabia, fiel y oportunamente los recursos que él ha designado exclusivamente para la expansión de su reino en esta tierra.

-
1. Hazael Bustos, *Un compromiso de amor*, p. 86.
 2. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 28.
 3. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 65.
 4. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 6, pp. 385, 386.
 5. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 32.
 6. Himno 252, *Himnario adventista*.
 7. White, *Patriarcas y profetas*, p. 506.
 8. *Ibid.*, p. 505.
 9. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 69.
 10. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 506.
 11. *Ibid.*, p. 511.
 12. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 66.
 13. Francis D. Nichols, *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 5, p. 478.
 14. Francis D. Nichols, *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 6 (Mountain View, California: Pacific Press Publishing Association, 1978), p. 725.
 15. White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 67.
 16. White, *La educación*, p. 124.
 17. White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 51.
 18. *Ibid.*, p. 76.
 19. *Ibid.*, p. 19.
 20. *Ibid.*, pp. 19, 20.
 21. *Ibid.*, pp. 67, 68.

9

Rancho «Los dos socios»





Es muy fácil señalar
qué puede hacer
el gobierno por nuestra
comunidad, mientras
ignoramos lo que está
a nuestro alcance.
Hemos de ocuparnos
de aquello que nos
corresponde, aun si
es pequeño.



En las cercanías de cierto pueblo había una finca en cuya entrada se podía leer un rótulo que decía: *Rancho «Los dos socios»*. Un campesino que tenía su propiedad en la misma dirección pasaba todos los días frente a *Los dos socios* cuando iba a su trabajo y de nuevo cuando regresaba a casa.

Un día, movido por la curiosidad, decidió entrar al rancho y conversar con el anciano que siempre había visto trabajar allí. Después del saludo cordial, el campesino le dijo que había entrado movido por la curiosidad para preguntarle quién era su otro socio.

—Siempre que paso por el camino, lo veo a usted trabajando. ¿Quién es su socio? —preguntó.

El anciano, con una sonrisa en su rostro y mientras se secaba el sudor, le dijo:

—Mi socio es Dios.

El visitante, un poco sorprendido por la respuesta, le repitió la pregunta, pensando que el anciano no había entendido:

—¿Quién es su socio?

—Mi socio es Dios —contestó de nuevo el anciano—, yo trabajo aquí unas nueve o diez horas y él trabaja el resto del día y de la noche. Yo aro la tierra con un par de caballos, pero Dios a través del sol envía miles de caballos de fuerza a la tierra para hacerla producir. Yo siembro la semilla y Dios envía la lluvia que la hace crecer. Yo me encargo de limpiar las malezas y Dios da crecimiento a las plantas y las hace producir frutos. Por eso Dios y yo somos socios.

Definitivamente este relato tiene un mensaje elocuente para los cristianos, especialmente compartimos la percepción que el anciano tenía de

Dios. Desafortunadamente no todos consideramos a Dios como nuestro «socio», a menudo nos olvidamos de él o simplemente «conocemos» el papel que debiera desempeñar Dios en el manejo de nuestros negocios pero en la práctica vivimos de espaldas a dicha realidad.

Durante mi niñez viví algunos años en el campo. Recuerdo el tiempo que viví en las fértiles tierras de Tabasco y pude disfrutar de la exuberante vegetación de su territorio. En los últimos años de trabajo denominacional me tocó vivir en la Península de Baja California (México) y allí aprendí a disfrutar otro tipo de escenario: horizontes desérticos que se combinan con vistas del Mar de Cortés. Eran lugares extraordinarios.

Hace unos años mi esposa y yo tuvimos la oportunidad de viajar por Europa. Parte del viaje fue por autobús, por lo que pudimos observar un panorama maravilloso. Visitamos ciudades muy atractivas y vimos paisajes muy preciosos. Pero entre las tantas escenas donde se posaron mis ojos, quedó grabado en mi mente la visita que hicimos al pueblo de Annecy. Al llegar allí caminamos un poco en el centro, pero luego nos fuimos a las afueras del pueblo donde había un lago hermoso. Al otro lado del lago había unas montañas que presentaban una vista bellísima. Muy cerca del lago había un parque con árboles grandes donde se podía observar a familias caminando, otras estaban almorzando; en fin, la gente estaba disfrutando el panorama. En determinado momento, al ver esa belleza yo pensé: «Si esto es la tierra después del pecado, ¿cómo habrá sido el Edén al salir de las manos del Creador?».

LO QUE DIOS HIZO AL PRINCIPIO

El primer capítulo de Génesis relata la actividad creadora de Dios en seis días literales, resumiendo al final en el versículo 31 con las palabras: «y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera». Aunque ya hemos visto *grosso modo* el programa del Creador durante la semana de la creación, lo hemos hecho desde la perspectiva de la responsabilidad y los privilegios que el ser humano recibió. Pero en este capítulo analizaremos la creación desde el punto

de la responsabilidad que tenemos para con nuestro mundo. Es decir, aparte de los cuatro grandes ingredientes de la vida: el cuerpo, los talentos, el tiempo y los recursos materiales; debemos agregar nuestra responsabilidad con relación a esta casa, nuestro planeta. No basta con tan solo admirar las bellezas que se pueden disfrutar o lamentarse de algunas calamidades que azotan a nuestro mundo, hay una responsabilidad que cada ser humano tiene con el planeta.

Notemos ahora lo que Dios entregó al ser humano:

«Cuando salió de las manos del Creador, la tierra era sumamente hermosa. La superficie presentaba un aspecto multiforme, con montañas, colinas y llanuras, entrelazadas con magníficos ríos y bellos lagos. Pero las colinas y las montañas no eran abruptas y escarpadas [...]. No había repugnantes pantanos ni desiertos estériles. impresionantes arbustos y delicadas flores deleitaban la vista por dondequiera. Las alturas estaban coronadas con árboles aun más imponentes que los que existen ahora. El aire, limpio de impuros miasmas, era saludable. El paisaje sobrepujaba en hermosura los adornados jardines del más suntuoso palacio de la actualidad. La hueste angelica presenció la escena con deleite, y se regocijó en las maravillosas obras de Dios».¹

Me hubiera gustado estar presente para presenciar la tierra recién salida de las manos del Creador: Árboles grandes y frondosos abrigan a cientos de aves que indudablemente encontraban en ellos el lugar ideal para hacer sus nidos. Animales bellos que hoy conocemos como fieras adornaban la tierra fértil que daría cosecha en abundancia. La tarea de Adán de dar nombre a los animales (ver Gén. 2: 20) fue una tarea fascinante y monumental.

Una vez que todo estuvo terminado, Dios decidió poner en manos de los seres humanos aquella belleza y riqueza (ver Gén. 1: 26-28). Elena G. de White comenta al respecto que «una vez creada la tierra con su abundante vida vegetal y animal, fue introducido en el escenario el hombre, corona de la creación para quien la hermosa tierra había sido preparada [...]. Se colocó a Adán como representante de Dios

sobre los órdenes de los seres inferiores. Estos no pueden comprender ni reconocer la soberanía de Dios; sin embargo, fueron creados con capacidad de amar y de servir al hombre».²

En cierta ocasión, al ser designado en un nuevo cargo, un amigo me dijo en tono muy enfático:

—¡Ponle ganas! No tienes nada que perder.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Si te equivocas, no se notará, no puedes hacerlo peor —refiriéndose al trabajo que ya se había hecho—, y si lo haces mejor, entonces tú cosecharás el triunfo.

En el caso de Adán, él sí tenía mucho que perder. Se esperaba que ese bello lugar permaneciera tan hermoso como lo había recibido.

¿QUÉ HEMOS HECHO?

La encomienda dada a Adán implicaba una gran responsabilidad. Se requería disposición para escuchar, aceptar y ejecutar las instrucciones divinas; Dios le daría la fuerza, la inteligencia y todo lo que necesitaría para cumplir con su tarea. No sabemos cuánto tiempo Adán ostentó el cargo de administrador del Edén y del mundo, pero un día, cuando desobedeció, perdió el cargo de administrador. No es que hubo algún incendio, no es que la maleza comenzó a terminar con los prados del Edén. No es que el ganado se contagiara de una terrible enfermedad, ni que las aguas se tornaron en aguas contaminadas, no. Nada pasó con lo que se le había encomendado. Más bien fue algo que pasó con él como administrador.

La responsabilidad que Adán tenía estaba estrechamente ligada con su vida y con su relación con el «Patrón». Algo pasó con él y toda la naturaleza sintió el efecto. Como administrador, mostró dudas del convenio que había hecho con Dios, menospreció las indicaciones divinas escuchando la voz del usurpador y entonces se aventuró a tomar decisiones independientes al consejo divino. Toda la naturaleza

comenzó a dar evidencias del error «administrativo» de Adán. Elena G. de White menciona solo una pincelada de la ola desastrosa que se registra en Génesis 3:

«La atmósfera, de temperatura antes tan suave y uniforme, estaba ahora sujeta a grandes cambios, [...]. Cuando vieron en la caída de las flores y las hojas los primeros signos de la decadencia, Adán y su compañera se apenaron más profundamente de lo que hoy se apenan los hombres que lloran a sus muertos. La muerte de las delicadas y frágiles flores fue en realidad un motivo de tristeza; pero cuando los bellos árboles dejaron caer sus hojas, la escena les recordó vivamente la fría realidad de que la muerte es el destino de todo lo que tiene vida».³

Mientras mi hermano y yo estábamos en la escuela primaria, mamá nos dio permiso para visitar un rancho vecino. Estando allí, los hijos de la familia, que eran más grandes que nosotros, nos invitaron a acompañarles pues iban a traer una carga en burros. Cuando veníamos ya de regreso noté que los animales traían una carga exagerada y, como no tenían un camino despejado, caían rendidos por el peso de la carga. Ante nuestro asombro, los muchachos los hacían levantarse a base de pedradas en la cabeza. Mi hermano y yo, conociendo el trabajo y cómo se podía aliviar la carga de los animales, quedamos impactados. Y si hubiera estado Adán con nosotros, ¿qué hubiera dicho?

Estando en una de las ciudades del sur de México fuimos a conocer un precioso lugar de almacenamiento de agua a gran escala. Durante el recorrido de más de dos horas en lancha pudimos ver las bellezas del lugar. Pero en contraste con ello, también vimos los cientos de toneladas de basura que diariamente llegan al lugar y la capa que se forma en el espejo del agua; y aunque hay máquinas trabajando día y noche para eliminar esa basura, estos equipos no dan abasto. Y si Adán hubiera ido con nosotros en la lancha, ¿cuáles habrían sido sus comentarios?

Viviendo en la ciudad de Chihuahua, al norte de México, un fin de semana me tocó visitar una pequeña iglesia enclavada en las montañas. Mientras viajaba de regreso en avioneta pude contemplar la belleza y la inmensidad de la sierra, con sus peñascos y cumbres adornadas de

pinos. Entonces, un pasajero que viajaba a mi lado me dijo: ¿Ves esos caminos que van entre las montañas? Son caminos por donde diariamente camiones de carga sacan troncos de pinos, unos con permiso y otros sin permiso, para la explotación de madera. Cientos de troncos son arrancados cada día de árboles que duran muchos años en crecer y no hay quien los reponga. Y si Adán me hubiera acompañado en ese vuelo, ¿qué comentario tendría él?

Ahora bien, te animo a observar a ese vecino que sale de su casa en la ciudad para ir a disfrutar la tranquilidad del campo durante el fin de semana. Entre las cosas que lleva en su vehículo hay un rifle. Después de acomodar su equipaje sale al campo con su rifle y se dirige a un pequeño manantial cerca de un peñasco. Sabe que allí vendrán algunos animales a tomar agua, entre ellos algunos venados... puedes imaginar el resto de la historia. Y entonces se me ocurre preguntarle a Adán: «¿Alguna vez imaginaste que esto pasaría? Creo que Adán inclinaría su cabeza y guardaría silencio.

Algunas de las tantas cosas que pasan en nuestro mundo y que los medios de comunicación nos recuerdan frecuentemente son:

El cambio climático. El impacto potencial es enorme, con predicciones de falta de agua potable, grandes cambios en las condiciones para la producción de alimentos y un aumento en los índices de mortalidad debido a inundaciones, tormentas, sequías y olas de calor.

Contaminación de las aguas. No es difícil aceptar que las aguas de nuestro planeta cada vez están más contaminadas. La OMS (Organización Mundial de la Salud) nos informa que cada año más de medio millón de habitantes muere en el mundo por enfermedades que tienen su origen en el agua contaminada. Los principales contaminantes incluyen bacterias, virus, parásitos, fertilizantes, pesticidas, fármacos, nitrato, fosfato, plásticos, desechos fecales y hasta sustancias radioactivas.

Mientras escribía este capítulo se desató un gran incendio forestal como consecuencia del descuido de ciertas personas que fueron a las montañas para disfrutar la belleza natural y no apagaron debidamente el fuego que habían encendido para preparar sus alimentos. Como resultado, durante las últimas semanas se han quemado miles de

hectáreas produciendo un tremendo desastre ecológico. Han muerto muchos animales, se han quemado muchos árboles, cientos de familias de pequeños poblados y ranchos de la zona han tenido que ser evacuadas, muchos de los cuales han perdido todas sus pertenencias.

¡Qué pena le daría a Adán si viera lo que hoy está pasando! Pero Adán ya no está en el mundo, ahora los responsables somos nosotros. Consciente o inconscientemente, activa o pasivamente, estamos destruyendo nuestro hábitat. ¿Qué podemos hacer?

LO QUE PODEMOS HACER

Hay algunas cosas sencillas, breves y generales que se nos recomienda para detener el cambio climático:

- 1- Utilizar el transporte público.
- 2- Ahorrar la energía eléctrica.
- 3- Tratar de consumir menos carne.
- 4- Reciclar.
- 5- Informar y educar a los demás.

Cómo evitar la contaminación del agua

- 1- Prohibir el uso de productos y químicos contaminantes.
- 2- Usar energías limpias y renovables.
- 3- Promover el tratamiento y depuración de las aguas negras.
- 4- Perseguir y evitar la sobre-explotación de los acuíferos.
- 5- Uso responsable del agua.
- 6- Usar jabones y productos de limpieza naturales.
- 7- Evitar el consumo de productos con muchos embalajes o plásticos desechables.
- 8- Reciclar los aceites y metales pesados.
- 9- Consumir más vegetales y menos productos animales.
- 10- Concientizar y educar a la nueva generación.

Cómo evitar incendios

- 1- No dejar residuos que puedan provocar incendios.
- 2- No hacer fuegos en época de incendios o temporada seca.
- 3- Aumentar la concientización ambiental.

Algunos de estos elementos están a nuestro alcance como individuos, como familias y también como iglesia. Otros, por supuesto, están al alcance de los gobiernos y autoridades en los diferentes niveles.

Es nuestra responsabilidad saber lo que está pasando en nuestro entorno y contribuir con la solución con nuestras acciones. Es muy fácil señalar qué puede hacer el gobierno por nuestra comunidad, mientras ignoramos lo que está a nuestro alcance. Hemos de ocuparnos de aquello que nos corresponde, aun si es pequeño.

Reflexionemos en el caso de la señora Quintana. Es común verla cada mañana barriendo los alrededores de su casa, mientras canta algunos himnos. En el patio que está frente a su casa hay un pequeño jardín, verde y bien podado, cuyas flores adornan y llaman la atención de quienes pasan por la calle. Seguramente los niños de esa casa llevarán esa imagen en su mente y la reproducirán al establecer sus hogares. Si los maestros adventistas de la escuela donde estos niños asisten refuerzan esa cultura, esa zona de la ciudad será más bella y más limpia. Pero además, si en esa escuela como en otras de la iglesia se enseña a cultivar hortalizas, los alumnos tendrán un impacto significativo en sus vidas. ¡Qué lindo sería que la iglesia también pudiera fortalecer esa enseñanza! Y si en la iglesia también se puede dedicar por lo menos un pequeño rincón en el patio para cultivar un jardín, las tres instituciones estarían hablando el mismo idioma.

He escuchado que en algunos lugares los clubes u organizaciones civiles tienen a su cargo la limpieza y el ornato de una sección de la ciudad. También hay negocios y empresas que han decidido contribuir al buen ambiente y a la conservación de la ecología de esta manera. Hagamos todo lo que está a nuestro alcance para conservar y mejorar esta nuestra casa. Dios nos pedirá cuenta de lo que hacemos por este mundo.

DIOS RENOVARÁ EL MUNDO

El apóstol Juan escribió en Apocalipsis 11: 18 «Y tu ira ha venido: el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón a tus siervos [...] y de destruir a los que destruyen la tierra». ¡Qué terrible! El descuido

o la acción deliberada en contra de la conservación de nuestro planeta no pasa desapercibida delante de Dios. Está llegando la hora en que Dios actuará destruyendo a los destructores de la obra de las manos de Dios. Pero felizmente, no todo termina con destrucción.

Por otro lado, el profeta Isaías anticipó: «Porque he aquí yo crearé nuevos cielos y nueva tierra» (Isaías 65: 17). Dios se va a ocupar de nuevo de este planeta. Por eso es que primero destruirá el pecado y todo lo que tenga que ver con ello, para dar lugar al nacimiento de un nuevo planeta.

El vidente de Patmos escuchó las palabras del Creador: «Yo hago nuevas todas las cosas» (Apoc. 21: 5). Y en los versículos precedentes a este capítulo y en los primeros versículos del capítulo 22, Juan tuvo el privilegio de ver escenas que sobrepasan lo imaginable por la mente humana. El renacimiento de este planeta será un acontecimiento extraordinario.

Elena G. de White da algunas pinceladas en forma de anticipación de lo que será esto que ahora está deteriorado:

«Allí hay corrientes que manan eternamente, claras como el cristal, al lado de las cuales se mecen árboles que echan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las vastas llanuras alternan con bellísimas colinas y las montañas de Dios elevan sus majestuosas cumbres. En aquellas pacíficas llanuras, al borde de aquellas corrientes vivas, es donde el pueblo de Dios que por tanto tiempo anduvo peregrino y errante, encontrará un hogar».⁴

La señora White escribió las siguientes palabras para expresar la restauración del universo: «Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación [...]. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor».⁵

Es muy posible que tú y yo no alcancemos a poner en orden lo que comenzó a deteriorarse cuando Adán y Eva se descalificaron como administradores en el Edén; pero hemos de hacer nuestra parte con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas para mejorar y ordenar el

escenario de nuestros pasos aquí y ahora, a fin de que las bellezas descritas en los párrafos anteriores pronto, muy pronto, se conviertan en el escenario de nuestros pasos mañana.

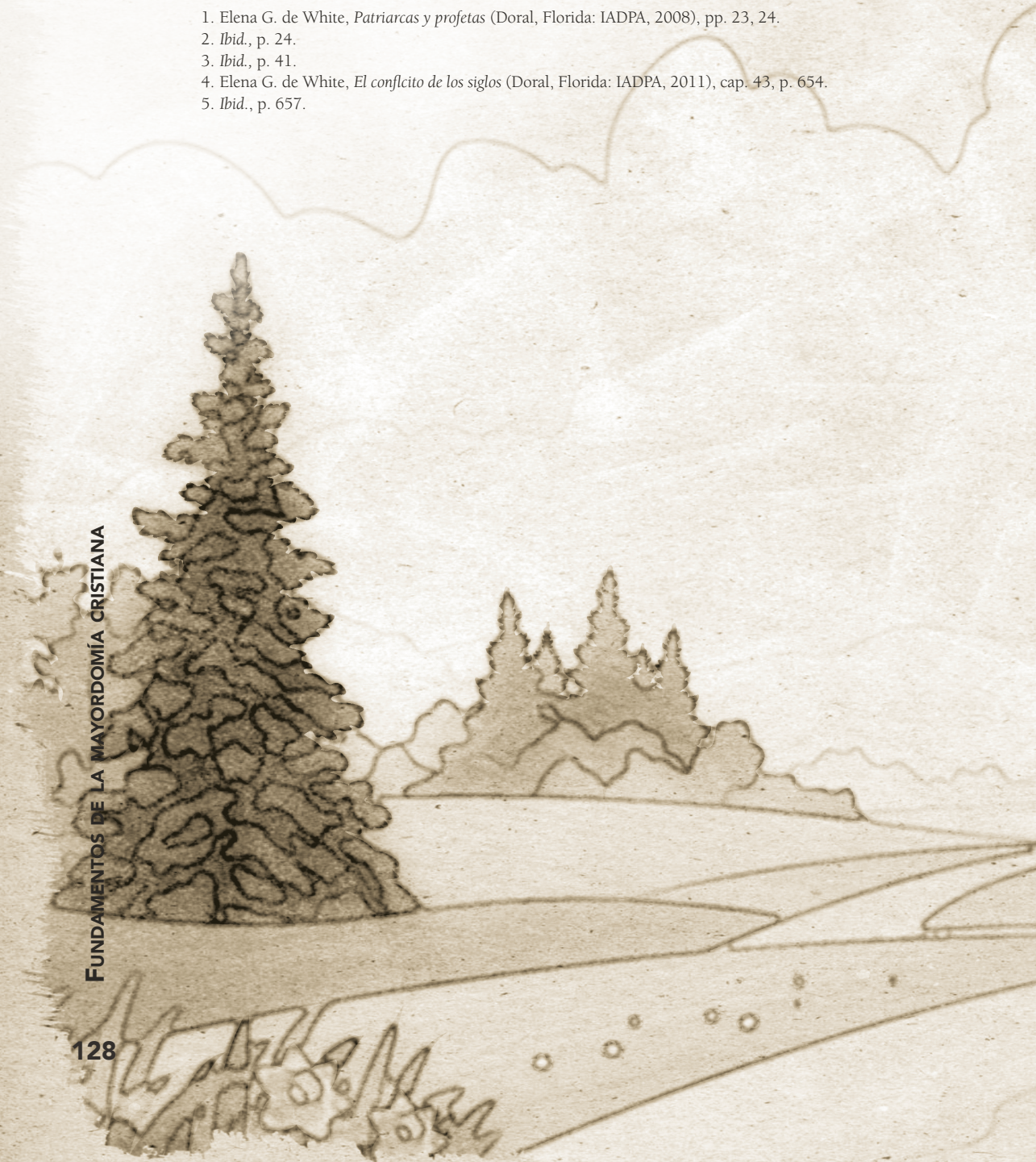
1. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas* (Doral, Florida: IADPA, 2008), pp. 23, 24.

2. *Ibid.*, p. 24.

3. *Ibid.*, p. 41.

4. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Doral, Florida: IADPA, 2011), cap. 43, p. 654.

5. *Ibid.*, p. 657.





10

Una ofrenda aceptable





«Dios ama al dador alegre»
(2 Cor. 9: 7). No es
la necesidad de mobiliario
nuevo en el templo,
ni la necesidad de pintar
el templo lo que debe
motivarme a dar para Dios,
¡es mi gratitud!
Doy porque él me ha dado
primero. Eso nos lleva
a dar independientemente
de las necesidades
existentes de la iglesia.



La historia de Caín y Abel es uno de los relatos más impactantes de la Biblia, no solo porque presenta el primer fratricidio, sino por su relación con la mayordomía. En esta historia encontramos no solo las ofrendas que ellos ofrecieron a Dios, sino también la actitud de ambos ante Dios, la respuesta divina a sus respectivas ofrendas y los resultados. Notemos cómo Elena G. de White resume el carácter de cada uno de estos dos hermanos:

«Caín y Abel, los hijos de Adán, eran muy distintos en carácter. Abel poseía un espíritu de lealtad hacia Dios; veía justicia y misericordia en el trato del Creador hacia la raza caída, y aceptaba lleno de agradecimiento la esperanza de la redención. Pero Caín abrigaba sentimientos de rebelión y murmuraba contra Dios, a causa de la maldición pronunciada sobre la tierra y sobre la raza humana por el pecado de Adán. Permitió que su mente se encauzara en la misma dirección que los pensamientos que hicieron caer a Satanás, quien había alentado el deseo de exaltarse y puesto en tela de juicio la justicia y autoridad divinas».¹

Caín y Abel fueron probados, así como lo habían sido sus padres, para saber si creerían y obedecerían la Palabra de Dios. Se les había instruido sobre el plan de salvación y sobre el sistema de ofrendas establecido por Dios. Ellos sabían que las ofrendas representaban al Salvador y que, mediante ellas, expresaban su fe en el Salvador prometido. Esto reafirmaba en ellos el concepto de que «sin derramamiento de sangre, no hay perdón

de pecados» y, aunque debían presentar al Señor los primeros frutos de la tierra como ofrenda de gratitud, antes de eso debían presentar en sacrificio las primicias del ganado.²

Cuando Caín y Abel presentaron sus ofrendas en cumplimiento al mandato divino, notamos que no solo presentaron ofrendas distintas, sino que manifestaron actitudes diferentes: «Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas [...]. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda» (ver Gén. 4: 3-5). Ambos hermanos construyeron altares idénticos para ofrendar a Dios, pero Elena G. de White relata que, al ofrecer Abel su ofrenda, «descendió fuego del cielo y consumió la víctima. Pero Caín, desobedeciendo el directo y expreso mandamiento del Señor, presentó una ofrenda de frutos. No hubo señal del cielo de que ese sacrificio fuera aceptado».³

Desde entonces, los seres humanos seguimos manifestando las mismas dos actitudes: Algunos, como Abel, ofrendan lo que Dios ha dicho, manifestando así su completa disposición a obedecer y someterse a los planes de Dios. Otros, como Caín, ofrendan lo que a ellos les parece, obviando los requisitos divinos. Es esta desviación del plan original de Dios lo que ha llevado al ser humano a adorar las cosas creadas en vez de al Dios creador.

También desde los tiempos de Caín y Abel viene la gran interrogante: ¿Qué constituye una ofrenda aceptable a los ojos de Dios? Muchas personas, civilizaciones y culturas han tratado de entregar ofrendas aceptables a Dios (o a otras divinidades), muchos pensando que así podrían ganarse el favor de los dioses o llamar su atención. Pero la Biblia presenta que el ser humano no tiene que buscar el favor de Dios mediante las ofrendas. Es más, el ser humano ***no tiene que buscar a Dios***, ¡es Dios el que constantemente está buscando al ser humano! Desde aquella fatídica tarde, cuando Dios, quizás con voz entrecortada, clamó en Edén: «Adán, ¿dónde estás?», vemos a un Dios que hace todo lo necesario para estar con sus criaturas. Fue así como, varios siglos después, el Señor dispuso un plan de enseñanza para instruir a sus hijos.

LA ESCUELA DEL DESIERTO

El peregrinaje de Israel durante cuarenta años por el desierto no solo tuvo el objetivo de conducir al pueblo hacia la Tierra Prometida, sino que, durante ese tiempo, Dios hizo la función de maestro y enseñó al pueblo grandes lecciones. Dado que los israelitas habían pasado cuatrocientos años bajo la influencia egipcia, con sus múltiples dioses y supersticiones, y ahora se dirigían a Canaán, un lugar que también contaba con un gran panteón de deidades y costumbres idólatras que podrían seducir al naciente pueblo de Dios, el Señor dedicó cuatro décadas a enseñar al pueblo algunos conceptos básicos que ya ellos habían olvidado. De esa manera el desierto se convirtió en una escuela para ellos. Mientras avanzaban en su peregrinación, Dios les iba impartiendo enseñanzas que ellos debían practicar al llegar a su destino.

Una de las grandes enseñanzas dadas a Israel durante el trayecto en el desierto es la que transmite la construcción del santuario y sus servicios. Por supuesto, siendo esta una enseñanza tan amplia y abarcante, en este capítulo solo espigaremos algunos conceptos que están a tono con el contenido de este capítulo.

El pueblo de Israel estaba acostumbrado a ver a los dioses a quienes se adoraba, como sucedía en Egipto. Dado el nivel de conocimiento y la escasa experiencia espiritual, Dios vio conveniente establecer un plan especial a través del santuario y sus servicios para que el pueblo entendiese el gran plan de salvación. M. L. Andreasen señala que:

«La lección que Abraham había aprendido, Dios iba ahora a enseñarla a Israel. Mediante el cordero inmolado; mediante el becerro, el carnero, el macho cabrío, las palomas y la tórtola; mediante la aspersión de la sangre sobre el altar del incienso, hacia el velo o sobre el arca; mediante la enseñanza y la mediación del sacerdote, los hijos de Israel habían de aprender a allegarse a Dios [...]. El sistema de sacrificios constituía el evangelio para Israel. Señalaba claramente cómo podía tener comunión y compañerismo con Dios. La primera lección que Dios quería enseñar a Israel por medio del servicio de los sacrificios es que el pecado significa la muerte».⁴

Ahora todo ese sistema que encerraba una tremenda y valiosa enseñanza para el pueblo habría de tener un centro, un lugar para la

enseñanza. Fue así como Dios le pidió a su pueblo, a través de su siervo Moisés, su participación: «Me erigirán un santuario, y habitaré en medio de ellos» (Éxo. 25: 8). Dios quería asegurar a su pueblo su presencia y dirección entre ellos de manera tangible y visible y por eso decidió que se construyera una especie de capilla portátil, que pudiese ser trasladada en las jornadas del pueblo por el desierto, donde se llevara a cabo toda la actividad que implicaría la enseñanza de Dios mediante este sistema. Hay algunos elementos que sobresalen en la ejecución de este proyecto:

El Santuario. Comúnmente conocido como el «tabernáculo del desierto». Dios escogió algunos hombres especialmente dotados con habilidad y sabiduría para la construcción del sagrado edificio. Se destaca la participación del pueblo en un proyecto de origen celestial, cuyos planos fueron entregados a Moisés junto con toda la información pertinente.

Financiamiento del proyecto. Dios podría, como había hecho con las tablas de la ley, haber entregado a Moisés los recursos necesarios para llevar a cabo el proyecto; pero decidió hacerlo de otra manera. En Éxodo 25: 2-7 encontramos la invitación para que el pueblo participase directamente en el desafío, además Dios les especificó qué se debía ofrendar en vista de lo que se iba a necesitar.

Provisión de los recursos. No era fácil que el pueblo de Israel, mientras marchaba por el desierto llevando solo lo necesario, tuviera consigo los materiales para la construcción del santuario. ¿De dónde, entonces, tendrían para ofrendar? Me llama la atención el hecho de que Dios ya había hecho provisión mucho tiempo antes, cuando el pueblo, siguiendo el consejo de Moisés, solicitó a los egipcios oro, plata y vestidos (ver Éxo. 12: 35, 36). Ampliando este concepto, Elena G. de White comenta: «El pueblo llevó consigo también ovejas y muchísimo ganado. Estos eran propiedades de los Israelitas, que nunca había vendido sus posesiones al rey [...]. Antes de salir de Egipto, el pueblo, siguiendo las instrucciones de Moisés, exigió una remuneración por su trabajo que no le había sido pagado; y los egipcios estaban ansiosos de deshacerse de ellos que no les negaron lo pedido. Los esclavos se marcharon cargados con el botín de sus opresores».⁵

Aquí hay una enseñanza que no debiéramos olvidar: *Dios nunca nos pide algo que no nos haya dado primero.*

La respuesta del pueblo. ¿Cuál fue la respuesta del pueblo ante el pedido de Dios? No debemos olvidar que estas ofrendas debían ser voluntarias. Dice el registro bíblico: «De todo hombre que la dé voluntariamente, de corazón» (Éxo. 25: 2).

«Para la construcción del santuario fue necesario hacer grandes y costosos preparativos; hacía falta gran cantidad de materiales más preciosos y caros; no obstante, el Señor únicamente aceptó ofrendas voluntarias [...]. Todo hombre que tenía azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabras, pieles de carnero teñidas de rojo, o pieles de tejones, lo traía [...]. Además, todas las mujeres sabias de corazón hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado; azul, púrpura, carmesí o lino fino [...]. Los príncipes trajeron piedras de ónice y las piedras de los engastes para el efod y el pectoral, las especies aromáticas y el aceite para el alumbrado, para la unción y para el incienso aromático (Éxo. 35: 21-28). Mientras se llevaba a cabo la construcción del santuario, el pueblo, fueran ancianos o jóvenes, adultos, mujeres o niños continuaron trayendo sus ofrendas hasta que los encargados de la obra vieron que ya tenían lo suficiente, y aún más de lo que podrían usar. Y Moisés hizo proclamar por todo el campamento: “Ningún hombre ni mujer haga más labores para la ofrenda del santuario. Así se le impidió al pueblo ofrecer más” (Éxo. 36: 6)».⁶

Nota la correspondencia entre la **promesa** de Dios: «Y derramo sobre vosotros bendición hasta que **sobreabunde**» (Mal. 3: 10) con la **respuesta** de su pueblo, Israel: «Ningún hombre ni mujer haga más [...] pues tenían material **abundante**» (Éxo. 36: 6, 7). Es importante que mantengamos en mente la idea de la abundancia y la gratitud a la hora de analizar el santuario hebreo y sus enseñanzas.

NUESTRO SISTEMA DE OFRENDAS EN LA ACTUALIDAD

Siendo que la economía del pueblo de Israel estaba basada en la ganadería y la agricultura, su manera de ofrendar consistía en entregar lo que tenían: animales de distintas clases y los frutos de la tierra.

Hoy en día, en casi todo el mundo, se representa el valor de las pertenencias, de las adquisiciones y de los activos en general mediante el dinero.

He conocido personas que se preguntan: «Si ya di el diezmo de mis entradas, ¿debo dar más? ¿Tengo que dar también ofrendas?». Hay personas que, después de dar el diezmo, por una u otra razón no sienten más obligaciones de carácter financiero, ni con Dios ni con la iglesia, así que no ofrendan. Otros se sienten impulsados a dar solo de vez en cuando, alguna cantidad esporádica, sin que esta represente ninguna proporción de sus entradas. Con esto en mente me gustaría invitarte a considerar el tema de las ofrendas.

En primer lugar, quisiera recordar lo que vimos en el diagrama del capítulo anterior. Aunque las diez décimas pasan por nuestras manos, la primera no es nuestra, es el diezmo. Es una parte apartada o santificada por Dios que él espera que nosotros le devolvamos.

La representación del diezmo en nuestras entradas

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----

- El primer cuadro representa el diezmo, que hemos de devolver a Dios a través de la iglesia. Esto lo hacemos antes de disponer del 90% restante.
- Cuando hemos apartado y entregado el diezmo, ¿cuánto le hemos dado a Dios? La respuesta es **Nada**. El diezmo es de Dios, siempre ha sido suyo; él, solo permite que pase por nuestras manos para que tengamos el placer de devolvérselo. Es parte de nuestra preparación espiritual.
- El cuadro 1, que representa el diezmo, es el terreno de la honradez, de la lealtad. Así que, después de haber devuelto el diezmo, hemos demostrado nuestra honradez, nuestra lealtad a Dios.
- La realidad es que el 100% es de Dios, pero él se ha reservado solamente el 10%, y a nosotros nos ha confiado el 90% (1 Crón. 29: 14, RVC: «Todo es tuyo, y lo que ahora te damos lo hemos recibido de tus manos»).

- Dado que el diezmo le pertenece a Dios, la única decisión que a nosotros nos corresponde tomar con el diezmo es entregarlo o no entregarlo.

Entonces, ¿qué en cuanto a las ofrendas? ¿Qué pautas deberíamos seguir al dar nuestras ofrendas? Notemos los consejos de la Palabra de Dios:

«Hay quienes reparten, y les es añadido más [...]. El alma generosa será prosperada» (Prov. 11: 24, 25).

«Pero el generoso piensa en ser generoso» (Isa. 32: 8, RVC).

«Cada uno presentará su ofrenda conforme a la bendición que Jehová, tu Dios, te haya dado» (Deut. 16: 17).

«El que siembra escasamente, también segará escasamente [...]. Cada uno dé como propuso en su corazón» (2 Cor. 9: 6, 7).

El Espíritu de Profecía, ampliando el concepto, señala:

«El asunto de la dadivosidad no ha sido librado al impulso. Dios nos ha dado instrucciones definidas concerniente a él. Ha especificado que los diezmos y las ofrendas constituyen nuestra obligación, y desea que demos en forma regular y sistemática [...]. Que cada uno examine periódicamente sus entradas, las que constituyen una bendición de Dios, y aparte el diezmo para que sea del Señor en forma sagrada. Este fondo en ningún caso debería dedicarse a otro uso; debe dedicarse únicamente para el sostén del ministerio evangélico. Después de apartar el diezmo hay que separar los donativos y las ofrendas, “según haya prosperado” Dios».⁷

Cuando estaba estudiando en el seminario escuché la exposición de un pastor, enfatizando el hecho de que, en Malaquías 3: 10, se nos invita a traer «todos los diezmos al alfolí». Él dijo: «Si son diezmos en plural, es más de uno». Esta declaración me impactó, especialmente porque Malaquías 3: 10 es un versículo muy conocido y yo lo había leído varias veces.

He tenido el privilegio de pertenecer a la iglesia desde pequeño, y aunque no fui hijo de pastor, me tocó asistir a varias iglesias, debido a algunos cambios en la familia. Recuerdo cuando cada director de departamento de la iglesia solicitaba una ofrenda para poner a funcionar

su departamento. Había sábados en que las solicitudes eran tantas que se daba una impresión equivocada, especialmente a los visitantes. Gracias a Dios dicha situación cambió; sin embargo, resulta fácil para la iglesia permitir que sean las necesidades, los proyectos y los desafíos los que motiven o impulsen la generosidad de las personas. Previendo esto, Dios inspiró a Pablo a escribir: «Dios ama al dador alegre» (2 Cor. 9: 7). No es la necesidad de mobiliario nuevo en el templo, ni la necesidad de pintar el templo lo que debe motivarme a dar para Dios, ¡es mi gratitud! Doy porque él me ha dado primero. Eso nos lleva a dar independientemente de las necesidades existentes de la iglesia.

Elena G. de White comenta, con respecto a la gratitud: «Venid al Señor con corazones rebosantes de agradecimiento por sus misericordias pasadas y presentes, y manifestad vuestro aprecio por los beneficios de Dios llevándole vuestras ofrendas de gratitud, vuestras ofrendas voluntarias y vuestras ofrendas de expiación».⁸

«Sería mucho mejor no dar nada que dar de mala gana, porque cuando compartimos nuestros recursos sin intención de dar voluntariamente, nos burlamos de Dios [...]. Todas nuestras ofrendas deben ser presentadas con gozo, porque proceden de los fondos que el Señor ha considerado conveniente colocar en nuestras manos con el propósito de llevar adelante su obra en el mundo [...]. Si todos los que profesan la verdad quisieran dar al Señor lo que le pertenece en términos de diezmos, donativos y ofrendas, habría alimento en la casa del Señor».⁹

EL CRITERIO DE PABLO PARA LAS OFRENDAS

Regresando a la declaración inspirada de Pablo, me gustaría analizar las pautas bíblicas con respecto a las ofrendas. Pablo escribió que: «Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas» (1 Cor. 16: 2). Notemos que este pasaje contesta cómo hemos de articular el proceso de ofrendar.

¿Cuándo dar? El primer día o al recibir el salario. Tan pronto recibimos nuestro salario hemos de apartar nuestra generosa ofrenda para el Señor, y, como parte de nuestra adoración, la llevaremos el sábado al templo. «¿Y qué tiempo más apropiado podría elegirse para apartar

el diezmo y presentar nuestras ofrendas a Dios? En el día de reposo pensamos en su bondad. Hemos contemplado su obra en la creación como una evidencia de su poder en la redención. Nuestros corazones están llenos de agradecimiento por su gran amor. Y ahora, antes de que vuelva a comenzar el tráfigo de la semana, le devolvemos lo que es suyo, y con ello una ofrenda para manifestarle nuestra gratitud».¹⁰

¿Quién debe de dar? Todos. Nota que Pablo se refiere a «cada uno». «Aquí se incluye a los padres y a los hijos. Esto se dirige no solo a los ricos sino también a los pobres. “Cada uno como propuso en su corazón (guiado por la sincera consideración del plan prescrito por Dios) no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre” (2 Cor. 9: 7)».¹¹

¿Dónde comienza? En la casa. «Cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando» (1 Cor. 16: 2, RVA). Nota que esta instrucción no dice que el dinero debe quedarse en casa, o que deba enviarse por otro medio, los israelitas llevaban sus ofrendas al templo y los primeros cristianos llevaban sus donativos y los depositaban a los pies de los apóstoles. De nuevo, lo que aquí se está enfatizando es que el proceso de dadivosidad debe ser planificado, presupuestado, ha de iniciar en la casa y por lo tanto la generosidad debe formar parte de nuestra rutina diaria.

¿Para qué dar? Como ya se mencionó, no hemos de dar para hacer frente a emergencia o necesidad, sino para que haya una provisión continua en la tesorería del Señor. Malaquías escribió: «Y haya alimento en mi casa» (Mal. 3: 10).

¿Cuánto dar? Pablo señala que mis ofrendas deben seguir el principio de la proporcionalidad: Según las bendiciones recibidas del Señor. Elena G. de White dice que han de ser: «En consideración a la benevolencia de Dios, manifestada hacia nosotros».¹²

Ahora bien, reconsideremos el gráfico anterior, pero ahora a la luz de otras declaraciones del Espíritu de Profecía. Este ejercicio nos mostrará un panorama más amplio de las ofrendas.

«A fin de fomentar las reuniones del pueblo para los servicios religiosos y también para suplir las necesidades de los pobres, se le pedía a Israel que diera un segundo diezmo de todas sus ganancias».¹³

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----

Según la cita anterior, los israelitas daban dos décimas, es decir, un 20% de sus ingresos. Pero todavía hay más. Fíjate en la siguiente declaración: «Las contribuciones que se les exigían a los hebreos para fines religiosos y de caridad representaban por lo menos la cuarta parte de su renta o entradas».¹⁴ De manera que la gráfica queda mejor representada de la siguiente manera:

1	2		3	4	5	6	7	8	9	10
---	---	--	---	---	---	---	---	---	---	----

Sí, una cuarta parte, o el 25% de todos sus ingresos. Pero, de nuevo, todavía hay más. Considera ahora la siguiente declaración: «Unos pocos, de conciencia sensible, devolvían a Dios alrededor de la tercera parte de todos sus ingresos para beneficio de los intereses religiosos y para los pobres. Estas exigencias no se hacían a una clase particular de la gente, sino a todos, siendo lo requerido proporcional a la cantidad que se poseía».¹⁵ De manera que si actualizamos la gráfica para que represente esta declaración tendríamos lo siguiente:

1	2	3		4	5	6	7	8	9	10
---	---	---	--	---	---	---	---	---	---	----

¡Un tercio de sus ingresos! O sea, un 33% de todas sus ganancias. «Parecería que este pequeño aporte de los recursos del pueblo hubiera de empobrecerlo; pero, muy al contrario, la fiel observancia de estos reglamentos era uno de los requisitos que se les imponía para tener prosperidad».¹⁶

Por supuesto, aparte del diezmo, la cantidad o proporción de nuestras entradas que ofrendamos a Dios es una decisión personal de cada adorador o de cada familia. Te invito a meditar en la siguiente declaración: «Los que reciben su gracia, los que contemplan la cruz del Calvario, no tendrán duda acerca de la proporción que deben dar, sino que comprenderán que la ofrenda más cuantiosa carece de valor y no

puede compararse con el gran don del Hijo unigénito del Dios infinito. Por medio de la abnegación hasta el más pobre encontrará la manera de conseguir algo para devolverlo a Dios». ¹⁷

No hay duda alguna de que el plan de Dios es siempre el mejor. Seguir el principio de Pablo al ofrendar no solo logrará que las necesidades de la iglesia queden satisfechas, sino que nosotros experimentaremos el gozo de obedecer a Dios. Pero ¿y qué pasa si me cuesta aceptar el principio de Pablo? ¿Cómo puedo dar el primer paso? Dice Malaquías: «Prueba». Basta con dar un paso de fe para que experimentemos en nuestras vidas las bendiciones de Dios.

CONCLUSIÓN

En una oportunidad, estando Jesús en el templo, observaba a los adoradores mientras depositaban sus ofrendas. Entonces vino una viuda pobre y depositó dos moneditas. Jesús, entonces, comentó a sus discípulos: «Esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca, porque todos han echado de lo que les sobra, pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento». (Mar. 12: 43-44). Elena G. de White comenta el suceso:

«Anhelaba hacer algo, por poco que fuese, en favor de la causa que amaba. Miraba el donativo que tenía en la mano. Era muy pequeño [...]. Aprovechando su oportunidad, echó apresuradamente sus dos blancas y se dio vuelta para irse. Pero al hacerlo, notó que la mirada de Jesús se fijaba con fervor en ella.

»El Salvador llamó a sí a sus discípulos, y les pidió que notasen la pobreza de la viuda. Entonces las palabras de elogio cayeron en los oídos de ella: “De verdad os digo, que esta pobre viuda echó más que todos”. Lágrimas de gozo llenaron sus ojos al sentir que su acto era comprendido y apreciado. Muchos le habrían aconsejado que guardase su pitanza para su propio uso [...]. Pero Jesús comprendía el motivo de ella. Ella creía que el servicio del templo era ordenado por Dios, y anhelaba hacer cuanto pudiese para sostenerlo. Hizo lo que pudo, y su acto había de ser un monumento a su memoria para todos los tiempos, y su gozo en la eternidad. Su corazón acompañó

a su donativo, cuyo valor se había de estimar, no por el de la moneda, sino por el amor hacia Dios y el interés en su obra que había impulsado la acción».¹⁸

El caso de la viuda es el mejor ejemplo de lo que constituye **una ofrenda aceptable** a los ojos de Dios. Una ofrenda que brote de un corazón agradecido, dada con humildad y con el único objetivo de adorar y agradecer a nuestro Dios. Que cada una de nuestras ofrendas pueda caer dentro de esta categoría.

-
1. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 51.
 2. Ver *Patriarcas y profetas*, pp. 51-52.
 3. *Ibid.*, p. 52.
 4. M. L. Andreasen, *El santuario y sus servicios* (Buenos Aires: ACES, 2009), pp. 15-16.
 5. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 254.
 6. *Ibid.*, pp. 314, 315.
 7. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 79, 80.
 8. *Ibid.*, 196.
 9. *Ibid.*, 197.
 10. *Ibid.*, p. 79.
 11. *Idem.*
 12. *Idem.*
 13. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 511.
 14. *Ibid.*, p. 507.
 15. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, t. 4, p. 458.
 16. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 507.
 17. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 198.
 18. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 581, 582.



10. Una ofrenda aceptable

11

Por la senda de la generosidad





«El amor abnegado
de Cristo se revela
en la cruz. Él dio todo
lo que tenía, y luego
se dio a sí mismo
para que el hombre
fuese salvo. La cruz
de Cristo despierta
la generosidad de todo
aquel que sigue
al bienaventurado
Salvador».



Charles F. Fenney nació en Elizabeth, Nueva Jersey, en 1931, justamente en el período de la Gran Depresión de Estados Unidos. Su madre trabajaba como enfermera en un hospital y su padre era agente de seguros. Desde pequeño mostró habilidades de emprendedor. Vendía tarjetas de navidad de puerta en puerta con apenas diez años. Y ya de adolescente, se alistó en el ejército y participó en la guerra de Corea.

Aprovechó un programa del gobierno de los Estados Unidos para veteranos y se convirtió en el primer miembro de la familia en ir a la universidad. Después de graduarse en la Universidad de Cornell, en Nueva York, comenzó su propio negocio vendiendo productos a las tropas estadounidenses estacionadas en Europa. Ese negocio se convirtió en Duty Free Shoppers (DFS), la empresa de ventas libre de impuestos al viajero, que cofundó con Robert Miller en 1960.

DFS ahora emplea a más de nueve mil personas y se describe como «el minorista de viajes de lujo líder en el mundo», con miles de millones de ventas. Charles Fenney solía decir: «La riqueza conlleva responsabilidad». También pensaba: «Las personas deben definirse a sí mismas o sentir la responsabilidad de utilizar algunos de sus activos para mejorar la vida de sus semejantes, de lo contrario crearán problemas intratables para las generaciones futuras».

En la actualidad, vive en un apartamento de dos habitaciones en San Francisco con su esposa Helga. En 1982 creó la fundación The Atlantic Philantropies, una organización internacional para

distribuir su fortuna en buenas causas y proyectos en todo el mundo. Durante los primeros quince años, Fenney donó dinero en secreto, hasta que su forma de actuar se hizo de conocimiento público en 1997. Desde que fundó Atlantic Philantropies, ha entregado casi ocho mil millones de dólares en subvenciones. En América Latina dio más de 66 millones de dólares. También financió proyectos en Irlanda, Australia, Sudáfrica y otros países. La filosofía del empresario de «dar mientras se vive», ha inspirado a otros multimillonarios, como el cofundador de Microsoft, Bill Gates y el inversionista Warren Buffett.

EL OTRO RICO

Entre las muchas parábolas que el Señor Jesús contó acerca de la administración de los recursos, hay una que señala la actitud equivocada de un hombre a quien Dios bendice con muchas riquezas, pero, en vez de seguir la enseñanza bíblica, decide encaminarse por otra senda. Leamos el relato: «La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: “¿Qué haré, porque no tengo donde guardar mis frutos?”. Y dijo: “Esto haré: derribaré mis graneros y los edificaré más grande, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes” [...]. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has guardado, ¿de quién será?” (ver Luc. 12: 16-21).

En esta parábola el Señor destaca algunos elementos que conllevan grandes lecciones para nosotros, especialmente cuando consideramos que la actitud del hombre rico es muy común y a la vez constituye un peligro que hemos de evitar. Las bendiciones, y en este caso en abundancia, habían venido de Dios. Es común que, al recibir muchas bendiciones, consideremos que eso se debe a nuestra capacidad de hacer negocios, de conquistar el éxito o de ser uno de los «favoritos» de Dios. Pero todo lo anterior a menudo nos lleva a considerar lo recibido como algo exclusivamente propio. Por eso Dios advirtió a su pueblo, a través de Moisés, de este riesgo: «Acuérdate de no olvidarte de Jehová, tu Dios, [...] cuando tus vacas y tus ovejas aumenten, la plata y el oro se te multipliquen y todo lo que tengas se acreciente [...] y digas en tu corazón: “Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza”; sino acuérdate de Jehová, tu Dios, porque él es quien te da el poder para adquirir las riquezas» (Deut. 8: 11-17).

Cuando leemos la parábola del rico insensato notamos que el protagonista estaba ignorando al legítimo Dueño de las riquezas, en abierta oposición al consejo dado en Deuteronomio. Pero hay otra conducta que se refleja en la actitud del rico: «Guardaré todos mis frutos y mis bienes», dijo. Habiendo tanta necesidad en el mundo, este hombre la ignoró y decidió «guardar». Quizás pensó: «Hoy tengo, mañana ¿quién sabe? Yo me arreglo con mi presente y con mi futuro». Notemos el comentario inspirado de esta parábola:

«Este personaje lo había recibido todo de Dios. El sol había brillado sobre sus propiedades, porque sus rayos caen sobre buenos y malos. Las lluvias del cielo descenden sobre el malo y sobre el bueno. El Señor había hecho prosperar la vegetación y que los campos dieran mucho fruto. El hombre rico estaba desorientado porque no sabía qué hacer con sus productos. Sus graneros estaban llenos hasta rebosar, y no tenía lugar para almacenar el excedente de su cosecha. No pensó en Dios, de quien proceden todas las bondades. No se daba cuenta de que Dios lo había hecho administrador de sus bienes, para que ayudase a los necesitados. Se le ofrecía una bendita oportunidad de ser dispensador de Dios, pero solo pensó en procurar su propia comodidad».¹

En un mundo materialista como en el que nos encontramos, ¡qué fácil es olvidarnos de Dios! Centramos nuestra atención en cuidar y proteger lo que hemos recibido, a fin de disfrutarlo y nos olvidamos de Dios, de quien provienen todas esas bendiciones. Bien haríamos en estar conscientes del origen de lo que recibimos y expresar gratitud por ello. Ese olvido de Dios también nos conduce a aislarnos de nuestros semejantes; porque a veces los buscamos solo cuando los necesitamos. Cuando estamos satisfechos actuamos como el hombre de la parábola, evitamos el contacto con los pobres y menesterosos; una porque no los necesitamos, y la otra razón es que los podemos considerar una amenaza para lo que tenemos.

Quisiera aclarar antes de continuar que no estoy criticando el ahorro, la Biblia contiene muchos consejos sobre el ahorro, como la historia de José, pero la actitud del rico de la parábola va más allá del

simple hecho de guardar para el futuro. El rico manifestó una actitud egoísta y mezquina con sus semejantes, hacemos bien en mantener un sano equilibrio entre el ahorro y el egoísmo mezquino.

Hace un tiempo leí la historia de un hombre acaudalado que vivía solo. Su esposa había muerto y los hijos habían tomado diferentes rumbo en aras de hacer su propia vida. Este hombre tenía muchas riquezas, y a veces esto le provocaba insomnio. Poco a poco comenzó a aislarse; sin que se diera cuenta comenzó a perder amigos. No frecuentaba a sus vecinos y le molestaba que algunos le pidiesen algo. Ese aislamiento lo llevó poco a poco a perder la razón de vivir. Después de considerarlo más de una vez, decidió quitarse la vida. El día que planeó ejecutar su decisión salió de su casa y se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada, pues dentro de la casa había muchas cosas de valor y también dinero. Dice la historia que mientras se encaminaba al lugar donde se iba a quitar la vida, se encontró con un mendigo, este aprovechó la oportunidad para pedirle una limosna, a lo que el hombre rico, inmediatamente se negó, y agregó: «No tengo, no te voy a dar, voy a un lugar para quitarme la vida».

El mendigo, al conocer los planes de este hombre, le dijo: «Si te vas a quitar la vida, regálame tu camisa, ya no la vas a necesitar. Pero el hombre de inmediato dijo: «No», pues desde hacía un buen tiempo usaba esa respuesta para quien le pedía algo. Y ambos continuaron su camino, en direcciones opuestas. Sin embargo, el rico caballero se fue pensando en lo que le había dicho el mendigo, así que recapacitó: «Es cierto, me voy a matar. Ya no necesito la camisa». Así que se dio la vuelta y llamó al mendigo y le dijo: «Aquí está la camisa». La historia concluye diciendo que, al entregarle la camisa el señor sintió una extraña sensación placentera, lo que le hizo replantearse la decisión, y entonces llegó a la conclusión de que no valía la pena quitarse la vida. Regresó de nuevo a su casa, para vivir ahora con otra filosofía, la filosofía de la generosidad.

Es muy común hoy en día considerar que la acumulación de riquezas es la mejor definición del éxito. De allí que el afán por las riquezas, con frecuencia, compita con otros valores, que se hacen a un lado, con tal de conseguir lo que se quiere. Pero quien ha intercambiado sus valores por

las posesiones se queda solo y con frecuencia se siente miserable por la falta de aprecio, de amistad y de estima. Por eso el Señor nos advierte en su Palabra: «Mirad, guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Luc. 12: 15).

El hombre de nuestra historia podía ver la situación del huérfano, de la viuda, del que sufría y del afligido, de los necesitados en general y hubiese encontrado lugar dónde invertir sus bienes. ¡Cuántos corazones habrían sido confortados! Incluso él mismo hubiese experimentado la satisfacción de ser un conducto de bendición para muchos que le rodeaban. Comentando esta parábola, Elena G. de White agrega: «El Señor había oído las oraciones de los necesitados, y en su bondad había hecho provisión para el pobre. En las bendiciones confiadas al hombre rico, se había hecho amplia provisión para las necesidades de muchos».²

¡Si tan solo pudiésemos entender los planes de Dios para nuestra vida! ¡Qué tremenda enseñanza contiene esta parábola! No somos islas en el mar de la vida. No debemos vivir aislados. Dios, en su amor y misericordia, nos ha puesto en contacto con otros seres humanos. Unos están en nuestro nivel; otros, en un nivel muy diferente. Unos piensan como nosotros, otros piensan muy diferente; pero todos ellos son nuestros hermanos, hijos del mismo Padre nuestro. No hemos de olvidar que las riquezas acumuladas no solo no benefician a nadie, sino que se corrompen, y corrompen también la vasija que las contiene.

PROVISIÓN PARA LOS POBRES

Teniendo apenas unos nueve años, mientras vivíamos en un rancho, papá nos permitía, a mi hermano y a mí, participar de algunas tareas que podíamos realizar, bajo su vigilancia y con su ayuda. Papá había sembrado un pedazo de tierra con maíz, y había llegado el tiempo de la cosecha. Llegado el día de comenzar a cosechar, papá contrató a don Alejo para que nos ayudara a cosechar el maíz. Con su ayuda, terminaríamos más pronto. El maíz se cosechó y se guardó en casa. Días después pasé por el lugar y vi a don Alejo, otra vez cosechando maíz, en el mismo lugar; al volver a casa, con cierta preocupación, le conté

a papá, quien me dijo: es la «pepena». (Así se le llama, en algunos lugares, a lo que queda después de la cosecha), yo lo autoricé; y luego me citó Levítico 19: 9, 10, explicándome que ese era un plan de Dios para hacer provisión para los pobres.

El pueblo de Dios estaba por establecerse en la tierra de Canaán, y entre las regulaciones que Dios le dio a su pueblo estaba el cuidado y la responsabilidad que este debía ejercer en favor de aquellos menos favorecidos. Al llegar a un lugar de prosperidad, el pueblo no debía olvidar sus deberes hacia aquellos que mostraran necesidad. Pareciera que Dios usa la necesidad ajena como un medio para probar la misericordia y la compasión de quienes han recibido sus bendiciones. La señora White describe con exactitud lo que ahora contemplamos: «¡Cuanta miseria existe en el corazón mismo de nuestros países llamados cristianos! Pensemos en la condición de los pobres en nuestras grandes ciudades. Allí hay multitudes que no reciben siquiera el cuidado o la consideración que se otorga a las bestias. Hay miles de niños miserables, haraposos y hambrientos, con el vicio y la degradación escritos en el rostro. Hay familias hacinadas en miserables tugurios».³ Y la descripción continúa, pintando una cruda realidad. Muchos, ante cuadros tan lastimeros como el que se ha descrito, en vez de interesarse para combatir la miseria y suplir la necesidad, se preguntan: «¿Por qué un Dios como el que describe la Biblia permite que haya tanta miseria, necesidad y dolor?». Pero no, no es eso lo que Dios quería. «Nunca quiso que un hombre tuviese abundancia de los lujos de la vida, mientras que los hijos de otros lloraran por comida. El Señor es un Dios benévolo».⁴

Sí, nuestra conducta y proceder puede ser como un rayo de luz en la vida de una persona. Es cierto que no podemos cambiar el mundo o suplir todas las necesidades que vemos, pero cada vez que damos de lo que hemos recibido, provocamos un suspiro de alivio en la persona beneficiada. Y es que lo que motiva para realizar estos actos de generosidad es la compasión que se genera en el corazón de Dios y luego se traslada al corazón humano. El apóstol Santiago dice: «La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: ayudar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y no mancharse con la maldad

del mundo» (Santiago 1: 27, DHH). El tema de los pobres y de la responsabilidad que tenemos los cristianos hacia ellos tiene otra dimensión, que Elena de White identifica de esta manera:

«En la providencia de Dios los hechos han sido así ordenados para que los pobres estén siempre con nosotros, con el propósito de que pueda haber un constante ejercicio en el corazón humano de los atributos de la misericordia y el amor. Cada ser humano ha de cultivar la ternura y la compasión de Cristo; no ha de separarse de los dolientes, los afligidos, los necesitados y los angustiados [...]. Sáquese la pobreza y no tendremos cómo comprender la misericordia y el amor de Dios, no habrá forma de conocer la compasión y la empatía del Padre celestial».⁵

Mientras nos disponemos a cumplir con el plan de Dios de ser canales para llevar bendiciones a los que están cerca de nosotros, en nuestra propia vida se desarrolla la compasión que nos hace semejantes a Cristo. Allí también se cumple el «dad y se os dará»; pues damos algo que necesitan las viudas, los huérfanos y los menesterosos; y recibimos algo que nosotros necesitamos. En el Antiguo Testamento encontramos un elocuente ejemplo de esto en la vida de Job. A manera de ejemplo permíteme citar algunas de sus declaraciones: «Porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que carecía de ayudador [...]. Al corazón de la viuda yo procuraba alegría [...]. Yo era ojos para el ciego, y pies al cojo y padre los necesitados. De la causa que no entendía, me informaba con diligencia» (ver Job 29: 11-3, 15, 16). ¡Qué diferente sería el mundo si hiciéramos de las necesidades de nuestros semejantes el objeto de nuestro esfuerzo y el cumplimiento de nuestra misión! El proceder de Job se asemejaba al del Señor Jesús, que vivía para servir a los demás. Para Dios, Job representaba una ilustración viviente del carácter que él desea reproducir en la vida de sus hijos. Pero para Satanás representaba un obstáculo en su lucha por distorsionar el carácter divino en la mente humana. El desafío también es para nosotros. En un mundo lleno de egoísmo hemos de vivir para dar, para compartir, para suplir las necesidades de los demás, recordando las palabras que Cristo pronunciará en el día final: «Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis [...]. De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis

a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis» (Mat. 25: 35-40). La compasión generada en el corazón humano y puesta en acción en la vida de los semejantes tendrá repercusión de carácter eterno. Nótese cómo se puede comenzar a vivir el ambiente del cielo, aquí en la tierra:

«El espíritu de generosidad es el del cielo; el espíritu de egoísmo es el de Satanás. El amor abnegado de Cristo se revela en la cruz. Él dio todo lo que tenía, y luego se dio a sí mismo para que el hombre fuese salvo. La cruz de Cristo despierta la generosidad de todo aquel que sigue al bienaventurado Salvador. El principio que ilustra es el de dar, siempre dar. Este principio puesto en práctica mediante la generosidad genuina y las buenas obras es el verdadero fruto de la vida cristiana».⁶

SOMOS CONDUCTOS ELEGIDOS PARA BENDECIR

Cuando estamos con un grupo de personas que piensan como nosotros nos sentimos cómodos y es fácil llegar a la conclusión de que todo está bien, que estamos bien. Sin embargo, al participar de un grupo donde todos piensan en forma distinta a nosotros es común sentirnos incómodos. A veces, para evitar esa incomodidad, consciente o inconscientemente nos llegamos a parecer a quienes nos rodean. Por eso actuar egoístamente es estar a tono con el mundo que nos rodea; sin embargo, teniendo un marco más amplio en torno nuestro, nos damos cuenta de otra realidad. Pensemos en esto:

«Fuera del egoísta corazón humano, no hay nada que viva para sí. No hay ningún pájaro que surca el aire, ningún animal que se mueve en el suelo, que no sirva a alguna otra vida. No hay siquiera una hoja del bosque, ni una humilde brizna de hierba que no tenga su utilidad. Cada árbol, arbusto y hoja emite ese elemento de vida, sin el cual no podrían sostenerse ni el hombre ni los animales [...]. Los ángeles de gloria hallan su gozo en dar, dar amor y cuidado incansable a las almas que están caídas y destituidas de santidad».⁷

Cuando nos damos cuenta de que toda la naturaleza, aunque atrofiada por los siglos de pecado, cumple una valiosa tarea de ayuda mutua nosotros, la corona de la creación, hemos de sentir el deseo de

identificarnos con el propósito original de Dios. Como vimos en el relato de la parábola, no entender nuestra misión en esta tierra y no cumplirla es fallarle a nuestros semejantes y también fallarle a Dios. Elena G. de White, lo declara de esta manera:

«El Señor requiere que se hagan donativos en tiempos determinados, para establecer el hábito de dar y para que la benevolencia se considere como un deber cristiano. El corazón, abierto por un donativo, no debe tener tiempo de enfriarse egoístamente y cerrarse antes que se otorgue el próximo. La corriente ha de fluir continuamente, manteniéndose abierto el conducto por medio de actos de generosidad».⁸

PLANEA TUS DÁDIVAS

Era un sábado de mañana, mi esposa y yo estábamos haciendo los preparativos para salir a la iglesia. No teníamos auto, y la distancia de la casa al templo era considerable, así que debíamos salir con anticipación. De pronto, alguien tocó a la puerta. Pensando quién podría ser, me apresuré a abrir la puerta y allí encontré a un «necesitado». Me relató un incidente que incluía un trastorno en su viaje y que necesitaba dinero para poder llegar a su casa. Tomé algunas monedas, se las di y él, agradecido, se despidió. Unos minutos después, salimos rumbo a la iglesia y al pasar frente a una cantina, escuché que alguien, dirigiéndose a mí, dijo: «¡Adiós mi pastorcito!». Al ver quién me saludaba, identifiqué el rostro, y por el tono de su voz, supe en qué había gastado la ayuda que se le había dado.

Reconozco que me molesté bastante, me sentí burlado y por la tarde le dije a mi esposa que nunca más volvería a ayudar a alguien. Hoy me apena esa reacción. Afortunadamente ese sentimiento de engaño y molestia fue pasajero. Cambié mi determinación y aunque es posible que otros más me hayan engañado al pedir ayuda, he decidido dar; y confieso que he experimentado mucho placer en ayudar en la medida de mis posibilidades, especialmente cuando considero que Dios me ha bendecido en forma abundante.

El ministerio pastoral me ha permitido conocer a muchos hermanos y hermanas en diferentes lugares que han compartido sus testimonios de generosidad. Conocí a una familia que hacía muchos años había tomado la decisión de ser fiel en la devolución de sus diezmos y

también ofrendar generosamente, aportado un por ciento especial para ese concepto. Pero además supe que ellos apartaban un porcentaje adicional para la beneficencia. Es decir, contaban con un fondo especial para ayudar a gente que llegaba a su casa a pedir, o se encontraban en la calle. A veces adoptaban a cierta familia necesitada y les daban una despensa semanal; o ayudaba algún enfermo para ir al médico o comprar medicamentos. El fondo no provenía de los diezmos, tampoco tomaban de las ofrendas; sabían que ambos son para Dios y los entregaban íntegramente a la iglesia. Todo lo que hacían en favor de algunas personas necesitadas lo hacían con un fondo que alimentaban mensualmente con ese propósito.

Siempre habrá oportunidades de hacer una buena inversión en niños y jóvenes que muestran ganas de triunfar, ayudándoles en los estudios, como hacen otros. Por eso es muy importante tener siempre presente el objetivo por el cual Dios nos concede los recursos. La inspiración nos lo recuerda de esta manera:

«El dinero es un depósito que Dios nos ha confiado. No es nuestro para gastarlo en cosas que halaguen nuestro orgullo o ambición. En manos de los hijos de Dios el dinero es alimento para los hambrientos y ropa para los desnudos. Es defensa para los oprimidos, recurso de salud para los enfermos y un medio para predicar el evangelio. Se podría beneficiar a muchos corazones mediante el uso prudente de los recursos que ahora se gastan para la ostentación».⁹

Al terminar este capítulo quisiera motivarte a practicar la generosidad y, sobre todo, promoverla en tu hogar. No importa el estatus financiero que tenga la familia, es en el hogar donde los niños aprenderán el valor de la utilidad. La educadora y consejera Elena G. de White, lo describe así: «Muy temprano debe enseñarse al niño a ser útil [...]. Hay que animarle a tratar de ayudar a su padre y a su madre; a tener abnegación y dominio propio [...], a alentar y a ayudar a sus hermanos y a sus compañeros de juego y a ser bondadosos con los ancianos, los enfermos y los infortunados».¹⁰ Por eso el sabio consejo: «Instruye al niño en su camino» (Prov. 22: 6). ¡Hoy es el mejor día para sembrar!

Hace un tiempo leí que en Palestina hay dos lugares especiales que tienen que ver con el agua. El primero es el mar Muerto. Su nombre se

debe a que, por el grado de salinidad de sus aguas, no hay vida en él. Aunque el mar Muerto recibe de varios afluentes, como el agua no sale de su cuenca, los niveles de sal han crecido hasta alcanzar niveles tóxicos. El Mar Muerto recibe para no dar. En cambio, el río Jordán recibe de varios afluentes y sus aguas corren por su cauce, dejando vida y belleza en sus márgenes. La diferencia: el primero recibe, pero no da; allí no hay vida. El otro recibe para compartir. ¿Cuál de los dos ejemplos ilustrará mejor tu vida?

-
1. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro* (Doral, Florida: IADPA, 2019), p. 204.
 2. *Ibid.*, p. 205.
 3. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: IADPA, 2004), t. 6, p. 278.
 4. Elena G. de White, *Ministerio de la bondad* (Doral, Florida: IADPA, 2012), p. 18.
 5. *Ibid.*, p. 19.
 6. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: IADPA, 2004), t. 4, p. 83.
 7. Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 12.
 8. Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: IADPA, 2004), t. 3, p. 433.
 9. Elena G. de White, *El ministerio de curación* (Doral, IADPA: 2011), p. 191.
 10. *Ibid.*, p. 281.

12

Una
pandemia
terrible,
pero poco
combatida





«Muchos cristianos relacionan el egoísmo únicamente con las riquezas o los bienes terrenales, pero este razonamiento es equivocado; el egoísmo, como la mayordomía, abarca cada aspecto de la vida. A veces pensamos que el egoísmo consiste únicamente en aferrarnos a cosas materiales, pero no es así. Dios quiere toda nuestra vida, él dice: “Dame hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos”».



La pandemia de la COVID-19 ha cambiado los hábitos y ritmo de vida de todos nosotros. Los gobiernos de los distintos países emiten información para que la población se cuide; por otro lado, informan acerca del avance de los tratamientos y los casos para que las personas no vivan aterradas por la amenaza. Algunas personas escuchan y toman medidas precautorias; otros no creen, y en ocasiones involuntariamente contribuyen a la propagación del virus.

Entre las personas que desarrollan síntomas, la mayoría se recupera de la enfermedad sin necesidad de recibir tratamiento hospitalario. Un pequeño porcentaje puede sufrir complicaciones y requerir cuidados especiales, como oxígeno; y un pequesísimo porcentaje, mucho menor al 1%, llega a un estado crítico y requiere cuidados intensivos. Entre las complicaciones que pueden llevar a la muerte se encuentra la insuficiencia respiratoria, el síndrome de dificultad respiratorio agudo, la septicemia, la tromboembolia, incluidas las lesiones cardíacas, hepáticas y renales.

UNA PANDEMIA MÁS ANTIGUA

Hay una enfermedad mucho más antigua, más contagiosa, más peligrosa y menos combatida que el coronavirus, el sida, el cáncer y otras enfermedades que infunden terror en el corazón humano. Me refiero, por supuesto, al **egoísmo**. ¿Qué es el egoísmo? ¿Qué tan antiguo es? ¿Dónde se originó? ¿Cómo se manifiesta? Jorge Trejo señala que:

«El egoísmo es parte de los males de este mundo, entre ellos el divorcio, que deja en su estela la miseria a miles de niños que crecen sin amor y con un gran resentimiento hacia Dios.

El egoísmo ha dividido a hermanos que se amaban entrañablemente, hasta que se leyó el testamento a la muerte de sus padres. El egoísmo ha enriquecido a las naciones fuertes y ha mantenido en la miseria a los países pobres y débiles. Ha producido un mundo de grandes desigualdades sin importar la doctrina social. Ni la democracia, ni el consumismo, ni el socialismo, ni cualquier otra corriente de pensamiento filosófico han podido contribuir a la erradicación de la corrupción de corazón humano».¹

El egoísmo se manifiesta en la vida de todos los seres humanos sin tomar en consideración la edad, el género, la raza ni el nivel socioeconómico que represente. ¿Has visto cómo reacciona un niño pequeño cuando un amiguito o su hermano toma su juguete prestado? ¿Quién le enseñó a ese niño a reclamar como suyo lo que está a su alcance? Quizá la oración de penitencia del rey David nos proporciona la respuesta: «En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre» (Sal. 51: 5). No importa cuán pequeño, lindo o inocente parezca ese niño; pareciera haber nacido con el virus del egoísmo en su sistema.

Elena G. de White nos ayuda a comprender qué tan antiguo es el egoísmo. Ella aseveró: «El pecado tuvo su origen en el egoísmo. Lucifer, el querubín protector, deseó ser el primero en el cielo. Trató de dominar a los seres celestiales, apartándolos de su Creador, y granjearse su homenaje. Para ello, representó falsamente a Dios, atribuyéndole el deseo de ensalzarse».²

El primer pecado en el universo fue el resultado de la exaltación del yo (ver Isa. 14: 13, 14). Sucedió cuando el ego tomó el lugar de Dios en el corazón. Y en el escenario del jardín del Edén, por así decirlo, la fórmula se repitió; allí la vida del hombre se centraba en Dios. Nuestros primeros padres, atraídos por el espejismo de la independencia y la autonomía, se enajenaron de su Creador y perdieron su gloria y el acceso a disfrutar plenamente la vida. Ahora ellos, habiendo hecho a un lado la indicación divina, se convirtieron en transgresores y esclavos del pecado (Rom. 6: 16, 17). Así nació el egoísmo en sus corazones y desde entonces el egoísmo es la «configuración de fábrica» del ser humano.

Ahora bien, según lo que hemos visto hasta ahora, Dios desea que usemos sabia y responsablemente todo aquello que nos ha sido entregado para nuestro bien; sin embargo, el egoísmo que nos caracteriza

neutraliza nuestros mejores planes y deseos. El egoísmo nos marca otro camino a seguir, como lo hicieron nuestros primeros padres en el jardín del Edén. Notemos la siguiente declaración:

«El egoísmo es el uso insensato de la vida, y consiste en seguir nuestros propios planes, en vez de los planes de Dios. “El peligro que han corrido los hijos de Dios durante los últimos años ha sido el amor al mundo. De este han nacido los pecados del egoísmo y la codicia. Cuanto más obtienen de este mundo, tanto más fijan sus afectos en él; y tanto más procuran obtener”. Aun siendo cristianos nuestra mayor lucha es con nuestro propio egoísmo. Vencer el egoísmo es el mayor desafío de cada profeso seguidor de Cristo».³

Hazael Bustos, en su libro *Un compromiso de amor* relata que «una vez se le preguntó a Sócrates por qué Alcibíades, un inescrupuloso y extravagante general ateniense que había viajado como nadie en su época y había conocido todo el mundo, nunca estaba contento. Sócrates, con su proverbial sabiduría, supo responder con una metáfora, para no ponerse en peligro a la vez que pudiera revelar más profundamente el carácter del militar. “Lo que sucede —dijo el filósofo—, es que Alcibíades siempre lleva su yo consigo”. Y así reveló la cruda realidad del egoísta. Pensar primero y siempre en sí mismo trae la más profunda de las amarguras y la más terrible falta de felicidad».⁴ Hoy existen pocas personas con ese nombre, pero estoy seguro de que hay demasiadas con ese tipo de carácter.

La lucha es real, el egoísmo es real. Lee con atención la siguiente declaración de Elena G. de White: «El egoísmo es el impulso humano más poderoso y más generalizado, y debido a esto la lucha del alma entre la simpatía y la codicia constituye una prueba desigual; porque mientras el egoísmo es la pasión más fuerte, el amor y la benevolencia son con mucha frecuencia los sentimientos más débiles, y por regla general el maligno gana la victoria».⁵ «Vi que algunos se han disculpado por no ayudar a la causa de Dios debido a sus deudas. Si hubieran examinado detenidamente sus propios corazones, habrían descubierto que el egoísmo era la razón por la que no llevaban ofrendas voluntarias a Dios».⁶

Sí, el egoísmo trabaja desde dentro y lo hace camuflando su identidad. Dicho lo dicho, cabe que nos preguntemos ¿cómo se manifiesta el egoísmo en la iglesia? «El egoísmo engendrado por el deseo de ganancias, es lo que amortece la espiritualidad de la iglesia y aleja de ella el favor de Dios». ⁷ Esta situación entraña peligro y puede llegar a ser desastroso para la iglesia. «Los frutos del egoísmo siempre se manifiestan en el descuido del deber y en el fracaso en la tarea de emplear los dones dados por Dios para el adelantamiento de su obra». ⁸

Sí, incluso en la iglesia podemos encontrar personas contagiadas de egoísmo. Solo la intervención divina puede rescatarnos de la senda autodestructiva del egoísmo. Pero no podemos pasar por alto otra gran realidad: La iglesia está en manos del Médico, Jesucristo, que ha aceptado hacerse cargo de ella. Este Médico no ha perdido un solo caso. ¡Hay esperanza!

LA VACUNA CONTRA EL EGOÍSMO

Tenía razón Jorge Dzul Trejo al afirmar que: «Muchos cristianos relacionan el egoísmo únicamente con las riquezas o los bienes terrenales, pero este razonamiento es equivocado; el egoísmo, como la mayordomía, abarca cada aspecto de la vida. A veces pensamos que el egoísmo consiste únicamente en aferrarnos a cosas materiales, pero no es así. Dios quiere toda nuestra vida, él dice: “Dame hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos”». ⁹ Así como el egoísmo afecta todo el ser humano, de igual manera el remedio que pretende curar esta mortífera enfermedad la combate en cualquiera de sus manifestaciones. La vacuna contra el egoísmo es, simple y llanamente, la generosidad. Analicemos juntos a continuación una serie de citas que explican cómo Dios, mediante la generosidad, nos puede librar de la pandemia del egoísmo:

1. «El egoísmo queda vencido y se obra de acuerdo con la mente de Cristo únicamente cuando se reconocen plenamente los motivos cristianos, cuando la conciencia despierta al deber y cuando la luz divina impresiona el corazón y el carácter. El Espíritu Santo, obrando sobre los corazones y los caracteres humanos expulsará toda tendencia hacia la codicia y el proceder engañoso». ¹⁰ De manera

que resulta importante permitir que el Espíritu Santo obre tanto individual como colectivamente, haciendo claro en nuestra mente, los deberes y exigencias del Señor.

2. «La lepra del egoísmo ha entrado en la iglesia. El Señor Jesucristo sanará a la iglesia de esta terrible enfermedad si ella quiere ser curada. El remedio se encuentra en el capítulo 58 de Isaías».¹¹ Sí, es determinante nuestra voluntad; aceptar que estamos enfermos y que deseamos sanar. Los versículos 6 y 7, resumen el mensaje de Isaías 58: «Que rompas las cadenas de la injusticia y desates los nudos que aprietan el yugo; en que dejes libres a los oprimidos y acabes, en fin, con toda tiranía; en que compartas tu pan con el hambriento y recibas en tu casa al pobre sin techo; en que vistas al que no tiene ropa y no dejes de socorrer a tus semejantes» (Isa. 58: 6, 7, DHH).
3. La costumbre de dar, que es fruto de la abnegación, ayuda en forma admirable al dador. Le imparte una educación que le habilita para comprender mejor la obra de Aquel que anduvo haciendo bienes, aliviando a los dolientes y supliendo las necesidades de los indigentes. «La benevolencia abnegada y constante es el remedio de Dios para los pecados roedores del egoísmo y de la codicia. Dios ordenó la benevolencia sistemática para sostener su causa y aliviar las necesidades de los dolientes y menesterosos. Ordenó que se adquiriera el hábito de dar, a fin de contrarrestar el peligroso y engañoso pecado de la codicia. El dar de continuo ahoga la codicia».¹²
Para algunos que no quieren dar, dar provoca dolor; y eso es lo que no queremos experimentar. Con frecuencia los creyentes se preguntan: «¿Por qué tengo que dar tanto?». Cuando nos hacemos esta pregunta a menudo aludimos a las necesidades de la iglesia y en los necesitados; pero lo interesante es que con ese ejercicio Dios está pensando en nuestro tratamiento, en el proceso de nuestra restauración y la erradicación total del egoísmo. Aunque Dios desea contar con nosotros para sufragar las necesidades de la iglesia y de nuestros semejantes no hemos de pensar que los problemas se solucionarán *solo* por nuestra ayuda e intervención.
4. «Dios no depende de los hombres para promover su causa. Podría convertir a los ángeles en embajadores de su verdad. Habría podido

revelar su voluntad por medio de su propia voz cuando proclamó la ley desde el Sinaí. Pero ha elegido emplear a los hombres para que hagan su obra a fin de cultivar en ellos el espíritu de liberalidad. Cada acto de abnegación realizado en bien de otros fortalecerá el espíritu de generosidad en el donante, y lo vinculará más estrechamente con el Redentor del mundo». ¹³ ¿Notas cómo el Señor está haciendo un experimento con cada uno de sus hijos que aspira a vivir en su presencia? Él espera que nuestro espíritu de egoísmo finalmente se convierta en un espíritu de generosidad. Nuestro trabajo no consiste en evaluar el progreso de la obra de Dios ni supervisar lo que Dios está haciendo. Nuestra obra consiste en permitir que Dios realice su obra, su «experimento» en nosotros. Si así lo hacemos, disfrutaremos de la satisfacción de ayudar a otros y nuestro carácter se verá edificado y estaremos mejor preparados para la eternidad.

5. «Nunca debemos olvidar que se nos ha puesto a prueba en este mundo a fin de determinar nuestra aptitud para la vida futura. No podrá entrar en el cielo ninguna persona cuyo carácter haya sido contaminado por la fea mancha del egoísmo. Por lo tanto, Dios nos prueba aquí entregándonos posesiones temporales a fin de que el uso que hagamos de ellas demuestre si se nos pueden confiar las riquezas eternas». ¹⁴ Por último, es preciso tener siempre presente que esta vida es una prueba, pero también contamos con todas las indicaciones para salir aprobados y victoriosos de dicha prueba. Gracias a Dios por los recursos que ha provisto para garantizar nuestra victoria. No hay duda, estamos contagiados con el virus del egoísmo, pero Dios ha hecho provisión para la vacuna: la generosidad y la liberalidad.

CONCLUSIÓN

Hazael Bustos relata la siguiente historia en su libro: Un niño de nueve años llamado Santiago que, en medio de una emergencia médica, era el único que podía proveer la sangre necesaria para la transfusión que su hermana necesitaba. Cuando el médico le preguntó si estaría dispuesto a dar parte de su sangre para salvar la vida de ella, Santiago vaciló un instante y respondió que lo haría si ella lo necesitaba. Como

la necesidad era grande, se preparó al niño para la transfusión. Durante los preparativos, el médico notó que Santiago palidecía intensamente sin que aparentemente hubiera razón para ello.

—¿Te sientes mal? —preguntó el médico.

—No —dijo Santiago—, pero me gustaría saber cuándo voy a morir.

—¿Morir? —le preguntó el médico asombrado— ¿Te parece que una persona muere cuando da un poco de sangre?

—Sí... eso creo —contestó el niño.

Por suerte no hace falta morir para salvar otras vidas.¹⁵ El Señor Jesús murió por todos, ese fue su gran sacrificio de amor y generosidad, pero tú y yo no tenemos que morir para ayudar a otras personas, basta con dar, dar lo que tengamos, pero darlo con alegría y de corazón. Esa es la solución a la pandemia de egoísmo que ha infectado al mundo.

1 Jorge Dzúl Trejo, *Más que dinero* (México D. F., México: GEMA, 2011), p. 51.

2 Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 13.

3 Dzúl Trejo, *Más que dinero*, p. 52.

4 Hazael Bustos Catalán, *Un compromiso de amor*, p. 104.

5 Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 27.

6 *Ibid.*, 91.

7 *Ibid.*, p. 22.

8 *Ibid.*, p. 28.

9 Dzúl Trejo, *Más que dinero*, p. 53.

10 Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp. 308-309.

11 *Ibid.*, p. 84.

12 Elena G. de White, *El hogar cristiano* (Doral, Florida: IADPA, 2011), p. 354.

13 Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 22.

14 *Ibid.*, p. 24.

15 Hazael Bustos, *Un compromiso de amor*, pp. 104, 105.

13

Jornal, denarios y otros privilegios





El Señor pronto vendrá
a pedir cuentas del capital
que nos ha confiado
y de los intereses
que espera que nosotros
produzcamos. Es su deseo
que la experiencia de
trabajar ahora, aquí
en la viña del Señor,
nos anticipe el gozo
de colaborar con él
eternamente.



A mediados de la década de 1970, un aspirante a la presidencia de la República de México, estando en el sureste del país y haciendo referencia a la reciente noticia del encuentro de nuevos y abundantes yacimientos de petróleo en la región, dijo en un discurso público: «Tenemos que prepararnos ahora para administrar la abundancia». Sí, ciertamente, no cualquier persona puede administrar una acaudalada fortuna; debe ser alguien que ha demostrado tener capacidad. En la parábola de los obreros de la viña, registrada en Mateo 20: 1-16, hay algunos elementos que nos presentan grandes lecciones a los cristianos de hoy.

LA CONTRATACIÓN DE LOS OBREROS EN DIFERENTES HORARIOS

Era una costumbre en la época de Cristo que aquellos que necesitaban empleo fueran a la plaza de la ciudad a esperar a que los contratistas que necesitaban trabajadores fueran a buscarlos para contratarlos.¹ Resulta interesante que en esta parábola el señor de la viña fue varias veces durante el día a ese lugar y siempre encontró gente lista para trabajar. Esto denota un cierto sentido de urgencia.

EL SALARIO CONVENIDO

En este sentido se destacan dos aspectos:

1. El versículo 2 señala que el primer grupo de trabajadores fue contratado por un denario al día. En aquel tiempo ese era el pago justo por un día de trabajo. Así que este era un convenio justo entre el patrón y los obreros.

2. Los versículos 4-7 nos informan que los otros grupos no se detuvieron para escuchar la cantidad exacta a recibir. Solo nos dice que ellos se conformaron al escuchar «os daré lo que sea justo». Al hacer esto manifestaron confianza en el patrón y su sentido de justicia. Elena G. de White comenta al respecto que «el trato del jefe de la casa con los obreros de su viña representa la forma en que Dios se relaciona con la familia humana. Dicho trato es contrario a las costumbres que prevalecen entre nosotros. En los negocios del mundo, se otorga la compensación de acuerdo con la obra realizada. El obrero espera que se le pague únicamente lo que gana. Pero en la parábola, Cristo estaba ilustrando los principios de su reino, un reino que no es de este mundo».²

LA HORA DEL JORNAL

Aparentemente toda la jornada se desarrolló en calma. Ya era de noche y los obreros habían concluido cuando el dueño de la viña llamó al mayordomo para que les pagara el jornal a los obreros y le indicó cómo debía hacerlo: «comenzando desde los últimos hasta los primeros» (vers. 8). ¡Pobre mayordomo! La calma del día se tornó en contienda. Quizás tú y yo hubiésemos escogido otro método para pagar y que cada uno se fuera en paz a casa. Pero parece que el Señor de la viña tenía en mente algo distinto. Indudablemente mediante esta interacción Jesús deseaba enseñar algo especial a sus discípulos y también a nosotros.

Los primeros en recibir el jornal habían llegado al final y recibieron un denario. Eso hizo pensar a quienes habían trabajado todo el día que recibirían más, pero para su desilusión, también recibieron un denario. Eso produjo en ellos murmuración, discusión e inconformidad. Aquí se puso de manifiesto que habían trabajado en la viña dos tipos de obreros. Elena G. de White menciona lo que estaba pasando en la mente y el corazón de cada uno de estos dos grupos:

«Los primeros trabajadores [...] realizan su obra con espíritu de gratificación propia, y no ponen en ella abnegación y sacrificio [...]. Pueden haber profesado servir a Dios durante toda su vida; pueden haber sido delanteros en soportar duros trabajos, privaciones y pruebas,

y por lo tanto se creen merecedores de una gran recompensa. Piensan más en el pago que en el privilegio de ser siervos de Cristo [...]. No conocen el gozo de cooperar con el Artífice Maestro.

»Los que vinieron a la viña a la hora undécima estaban agradecidos por la oportunidad de trabajar. Sus corazones estaban llenos de gratitud hacia la persona que los aceptó [...]. Su tiempo de servicio parece muy corto, no se siente digno de recompensa alguna, pero está lleno de gozo porque por lo menos Dios lo ha aceptado. Trabaja con un espíritu humilde y confiado, agradecido por el privilegio de ser un colaborador de Cristo».³

Hoy en día la misma actitud de estos dos grupos de trabajadores se manifiesta en el pueblo de Dios. Es cierto que un predicador puede asegurar con vehemencia que las promesas de Dios son ciertas y fieles, y lo son; pero a menudo muchos malinterpretamos este tipo de declaraciones y llegamos a creer que la fidelidad a Dios nos garantiza un cambio de status socioeconómico. Eso no quiere decir que las bendiciones materiales no están incluidas en las promesas de Dios, pero quisiera que podamos obtener una comprensión más amplia de dichas bendiciones.

El primer grupo puso de manifiesto su interés únicamente en el denario del jornal. Parece no haber visto ni valorado otros detalles. Es decir, en un mundo materialista como el que nos rodea, solemos valorar las bendiciones en pesos y centavos. Pero notemos la actitud del segundo grupo. Sus corazones estaban llenos de gratitud, trabajan con un espíritu humilde y confiado, agradecidos por el privilegio de ser un colaborador de Cristo. Ellos confiaron en que el Señor les daría lo justo como recompensa; y entonces tienen tiempo de disfrutar la oportunidad de trabajar y de estar con el Señor de la viña. Sí, la recompensa es llamativa y desempeña un papel en la vida cristiana, pero hay otros elementos mucho más importantes. A continuación, permítame presentar algunos de esos elementos que provienen de esa relación vivificante que nos brinda el ser mayordomos de Dios.

Salud. En el capítulo 5 hablamos de cómo nuestro cuerpo es un regalo recibido de Dios. La salud y el buen funcionamiento del organismo dependen de nuestra comprensión de lo que es ese regalo y de

que tomemos la decisión de tratarlo con esmero. Podemos decir que la salud es un don y un deseo de Dios (3 Juan 2). Un don porque nuestro cuerpo es una maravilla que funciona a pesar de nuestro descuido; y un deseo porque Dios mismo nos orienta a fin de capacitarnos en la administración de nuestro cuerpo.

Es cierto que hay elementos fuera de nuestro control que nos producen dolor, pena y enfermedad. A veces hemos heredado de nuestros padres esos elementos que se manifiestan en nuestro cuerpo y tenemos que afrontar los efectos y consecuencias de decisiones que no tomamos nosotros. Pero, en sentido general, nuestras decisiones determinan la cosecha. Elena G. de White nos dice: «El conocimiento de que el ser humano ha de ser templo de Dios, una habitación para revelar su gloria, debe ser el mayor incentivo para el cuidado y desarrollo de nuestras facultades físicas. Asombrosa y maravillosamente Dios formó el cuerpo humano, y nos manda que lo estudiemos, que nos demos cuenta de sus necesidades, que hagamos cuanto esté de nuestra parte para librarlo de daño y contaminación».⁴

Con frecuencia, muchas personas gastan grandes sumas de dinero en su búsqueda de la salud. La salud es la mayor riqueza que podemos disfrutar en este mundo. Cuando tenemos salud nos sentimos optimistas y con disposición de luchar por nuestros proyectos; de igual manera somos una gran ayuda a nuestra familia y a la sociedad. Pero, sobre todo, estando saludables podemos servir plenamente a Dios pues fuimos creados para buenas obras (ver Efe. 2: 10).

Influencia. Aquí hay otro elemento muy importante en esta vida, la influencia. Estoy seguro de que tú, como la mayoría, te has beneficiado de la rica influencia de otras personas. Tus padres, tus maestros, amigos, vecinos o compañeros de escuela o de trabajo. ¿Recuerdas algunos de ellos? Dios los colocó en tu camino para enriquecer tu vida, para equiparte desde ahora como candidato al reino de los cielos. El apóstol Pablo dice que: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo ni muere para sí mismo» (Rom. 14: 7, DHH). Sí, nuestra relación y asociación con otras personas en el viaje de la vida produce dividendos. La señora White nos presenta aquí el ejemplo de Cristo: «La vida de Cristo era de una influencia siempre creciente, sin límites; una

influencia que lo ligaba a Dios y a toda la familia humana. Por medio de Cristo, Dios ha investido al ser humano de una influencia que le hace imposible vivir para sí». ⁵

Sin embargo, es importante recordar que cuando recibes el toque distintivo de la influencia de una persona, esa no es toda la riqueza, también es preciso considerar la satisfacción que experimentas cuando tú influyes positivamente en otros. Nota lo que agrega Elena G. de White:

«Nadie puede ser independiente de sus prójimos, pues el bienestar de cada uno afecta a los demás. Es el propósito de Dios que cada uno se sienta necesario para el bienestar de los otros y trate de promover la felicidad de sus semejantes [...]. Es esta una responsabilidad de la que no nos podemos librar [...]. El carácter es poder. El carácter es poder. El testimonio silencioso de una vida sincera, abnegada y piadosa tiene una influencia casi irresistible. Al revelar en nuestra propia vida el carácter de Cristo, cooperamos con él en la obra de salvar almas». ⁶

A estas alturas resulta obvio que el jornal del Señor incluye más que denarios.

Conocimiento, sabiduría. La historia de los pioneros de nuestra iglesia no solo lleva la insignia de la inteligencia y el conocimiento, sino también la del esfuerzo de un puñado de fieles que deseaba seguir las instrucciones de Dios. Ellos colocaron todo su interés y todo su intelecto para formar la estructura de lo que hoy conocemos como la Iglesia Adventista. Hay hombres y mujeres intelectuales que se dedican por completo a escudriñar las Escrituras y luego comparten el producto de su conocimiento para el bienestar espiritual de la iglesia. No debemos olvidar quién es la fuente del verdadero conocimiento (ver Prov. 9: 10; 8: 11; 16: 16).

Un hogar feliz. Ser parte de un hogar feliz constituye una gran fortuna. Si bien es cierto que el matrimonio es una institución establecida por Dios para el bien y la felicidad del ser humano, esta felicidad no surgirá de forma automática. Los efectos del pecado se sienten en el seno del hogar y la familia. Son muchos los que se casan para establecer hogares felices, pero se encuentran con una realidad muy

distinta. Sin embargo, en la Biblia hay indicaciones y consejos que pueden ayudarnos a mantener un hogar feliz que sirva de ejemplo para los que nos rodean. El Sabio promete que: «El hombre que halla esposa encuentra un tesoro, y recibe el favor del Señor» (Prov. 18: 22, NTV). Ciertamente encontrar al compañero o compañera de la vida y mantenerse unidos a través de los años es una bendición muy especial que proviene de Dios. Si te preguntas cómo puede esto llegar a ser una realidad te comparto parte de la fórmula mediante la siguiente declaración:

«El vínculo de la familia es el más estrecho, el más tierno y sagrado de la tierra. Ha estado destinado a ser una bendición para la humanidad. Y lo es siempre que el pacto matrimonial haya sido sellado con inteligencia, en el temor de Dios y con la debida consideración de sus responsabilidades. Cuando se reconocen y obedecen los principios divinos en esta materia, el matrimonio es una bendición: salvaguarda el gozo y la pureza de la raza, satisface las necesidades sociales del ser humano y eleva su naturaleza física, intelectual y moral».⁷

No quiero finalizar este apartado sin incluir una bendición adicional que entraña un buen hogar y a la vez constituye una herramienta poderosa en favor del evangelio. Elena G. de White lo dice de esta manera: «La mayor evidencia del poder del cristianismo que podemos presentar ante el mundo es una familia ordenada y bien disciplinada. Esa es la mejor manera de recomendar la verdad porque es un testimonio vivo de su poder práctico sobre el corazón».⁸

La familia es otro dividendo que enriquece la vida de aquellos que han aceptado ser fieles mayordomos del Señor al participar en su viña.

La educación cristiana. Quiero incluir aquí un breve comentario dedicado al plan educativo que Dios ha señalado para sus hijos. Dios, en su gran amor por su pueblo y por las nuevas generaciones, ha dado valiosas instrucciones (ver Deut. 6: 4-9) que desea que se reproduzcan en la mente y el corazón de los niños y jóvenes de su pueblo.

Es interesante notar en la Biblia el papel que desempeñan los padres en la educación de los hijos, así como la importancia de que los valores espirituales estén integrados en dicha educación. Tengo el placer de asistir a una iglesia cuya feligresía mayormente se compone de familias

que han decidido acercarse a la Universidad de Montemorelos para que sus hijos estudien allí. Soy testigo del esfuerzo que muchos padres hacen a pesar de los costos de la educación para que sus hijos participen en ella. También soy testigo de la profunda convicción de la iglesia que generosamente apoya con su presupuesto el esfuerzo de los miembros.

En la medida en que la iglesia en general, y los padres en particular, creen, aceptan y se deciden a probar a Dios en este terreno, los niños y jóvenes que ingresan a nuestras aulas se forman y capacitan para ser hombres y mujeres de bien, así como embajadores del cielo. Elena G. de White señala la importancia de la educación adventista de la siguiente manera: «En el sentido más elevado, la obra de la educación y la de la redención, son una».⁹

LOS DENARIOS TAMBIÉN SON BIENVENIDOS

Por supuesto, no podemos obviar que el dinero y la capacidad de producirlo son una gran bendición que recibimos del Señor y, como en otras áreas de la vida, al demostrar un buen uso este don precioso, Dios nos podrá confiar más y mayores responsabilidades.

Muchas personas suelen decir despectivamente que «el dinero es la raíz de todos los males», citando equivocadamente a Pablo, en 1 Timoteo 6: 10, donde dice que: «la raíz de todos los males es *el amor al dinero*». El Creador del cielo y la tierra, el dueño del oro y la plata, no se siente honrado cuando sus hijos carecen de lo indispensable. Dios desea otorgar su abundancia a sus hijos para que sea una bendición para todos. «Las Escrituras enseñan que la riqueza es una posesión peligrosa únicamente cuando se la hace competir con el tesoro inmortal [...]. El dinero en sí mismo es el don de Dios al hombre, para que este lo utilice con fidelidad en su servicio».¹⁰

Dios no es el culpable del uso incorrecto que hacemos del dinero. Por otro lado, cuán honrado se siente Dios cuando sus hijos hacen un buen uso de las bendiciones que él les ha otorgado. El dinero en las manos de un fiel mayordomo es pan para el hambriento y ropa para el desnudo; medicina para el enfermo y protección para el desamparado.

De manera que Dios no condena la riqueza y mucho menos el dinero que él otorga, sino que se siente honrado cuando usamos el dinero

para responder a sus expectativas. La señora White lo plantea de esta manera: «La Biblia no condena al rico por el hecho de ser rico; tampoco declara que la adquisición de riquezas sea un pecado, ni dice que el dinero es la raíz de todo mal. Todo lo contrario, las Escrituras declaran que Dios es el que da el poder para conseguir riquezas». ¹¹ La vida de Job es un perfecto ejemplo de la obediencia a Dios y la posesión de muchas riquezas. Además, el patriarca Job tenía una sensibilidad especial hacia las necesidades de sus semejantes (ver Job 1: 1-3; 29: 12-16).

También en el proyecto de formar a un pueblo especial, Dios eligió a un hombre que tenía una gran riqueza como su fundador (ver Génesis 13: 2). Cuando consideramos estos y otros ejemplos pareciera como si Dios estuviera buscando y probando a mayordomos en quien pueda confiar riquezas materiales para edificar su reino en esta tierra y para ayudar a los necesitados. El Señor pronto vendrá a pedir cuentas del capital que nos ha confiado y de los intereses que espera que nosotros produzcamos. Es su deseo que la experiencia de trabajar ahora, aquí en la viña del Señor, nos anticipe el gozo de colaborar con él eternamente.

TODO ES REGALO

Por último, te invito a considerar el intercambio final de palabras en la parábola de los obreros de la viña:

«Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: “Estos últimos han trabajado una sola hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día.” Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete; pero quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No me está permitido hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?”» (Mat. 20: 11-15).

Resulta interesante ver cómo el patrón identifica su manera de actuar como bondad. Nota cómo el jornalero habrá de haber soportado la carga y el calor del día. Se está enfocando en su trabajo, en su esfuerzo y en lo que considera que merece y que se le ha quitado «injustamente». Por otro lado, el patrón no discute la idea, no rebate

el concepto de que los jornaleros han trabajado y merecen recibir una paga, pero él introduce un elemento adicional. Nota cómo habla de que «quiero dar», «lo mío» y «soy bueno».

En este intercambio el padre de familia, que representa a Dios, está más interesado en resaltar su bondad que su justicia. Esta no es una parábola sobre la justicia sino sobre la bondad y misericordia de Dios. Su objetivo no es mostrarnos cómo Dios *paga* sino lo que Dios *da*. El clímax de la parábola es que el padre de familia, el patrón, es *bueno*, es *misericordioso*. De manera que este relato es una invitación a cambiar nuestra perspectiva de ver la vida, de ver las cosas y de ver las posesiones y lo que administramos. Dios nos invita a dejar de concentrarnos en lo que *creemos que merecemos* y prestemos atención a lo que Dios nos quiere dar, a su misericordia y su bondad.

Considero que vale la pena apropiarnos de este concepto y aplicarlo a manera de resumen y conclusión de esta obra. Dios es amor, él es bueno, y en su misericordia nos ha otorgado todo lo que necesitamos para ser felices. En vez de vagar por la vida con una actitud crítica, la invitación que te hago es la de emular la actitud de los jornaleros contratados a la hora undécima: ver la vida como un regalo de Dios, atesorar cada segundo como el mejor regalo que él nos hace, cuidar de nuestro cuerpo como el más exquisito presente alguna vez recibido, utilizar nuestros talentos con el mismo esmero con el que usaríamos un instrumento musical obsequiado por un gran maestro, ver el dinero no como un fin en sí mismo sino como un medio para honrar a Dios, suplir nuestras necesidades y hacer bien a un mundo herido y que pide a gritos esperanza y alivio.

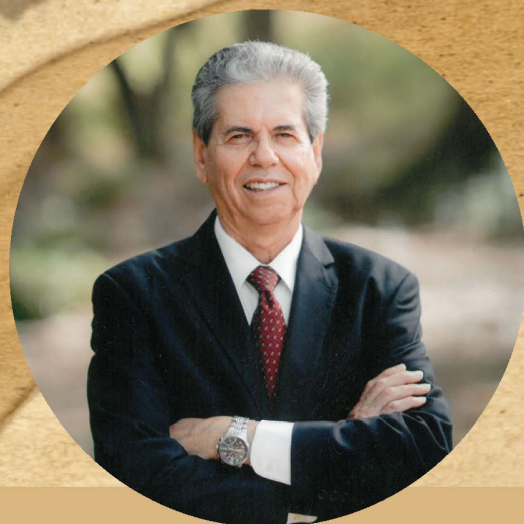
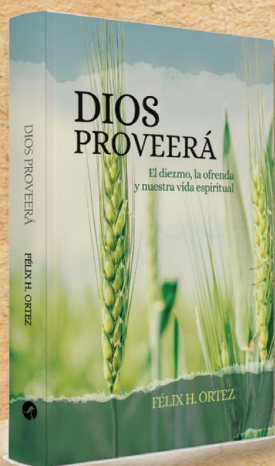
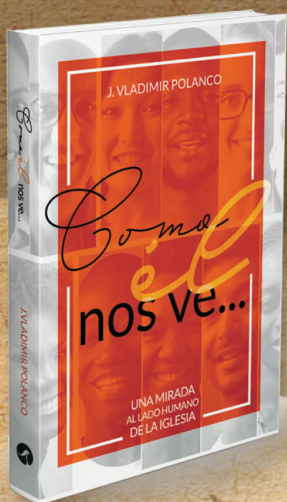
Te invito, apreciado lector, a verlo todo a través del lente de la generosidad y la gratitud. Después de aquella experiencia en la viña la vida de estos trabajadores nunca más volvió a ser la misma. Si tú y yo comprendemos esta gran lección nuestra vida cobrará un nuevo sentido y nosotros tampoco seremos los mismos.

-
1. «En algunos países del Cercano Oriente los jornaleros todavía suelen reunirse en la plaza del mercado, donde aguardan quien les ofrezca trabajo»; Ver Francis D. Nichol, *Comentario bíblico adventista*, (Buenos Aires: ACES, 1995), t. 5, p. 451.
 2. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 329.
 3. *Ibid.*, pp. 329, 330.
 4. Elena G. de White, *El ministerio de curación*, p. 179.

5. Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 278.
6. *Ibid.*, pp. 278, 279.
7. Elena G. de White, *El hogar cristiano* (Doral, Florida: IADPA, 2011), pp. 18, 26.
8. *Ibid.*, p. 32.
9. Elena G. de White, *La educación*, p. 29.
10. Elena G. de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Doral, Florida: IADPA, 2005), p. 136.
11. *Ibid.*, p. 135.



OTROS LIBROS PUBLICADOS POR IADPA



Saúl Barceló Guerrero, ya jubilado, es oriundo de Sonora, México. Cursó estudios de Teología en la Universidad de Montemorelos y obtuvo una maestría en Religión y posteriormente un doctorado en Teología Pastoral, ambos en la Universidad Andrews.

El pastor Saúl Barceló sirvió durante más de cuarenta años en distintas partes de México como pastor, departamental y administrador. Está casado con Noemí, también oriunda de Sonora, y juntos han sido bendecidos con dos hijos: Eila y Saúl. Actualmente el pastor Barceló reside en Montemorelos, Nuevo León.

FUNDAMENTOS DE LA MAYORDOMÍA CRISTIANA

Vivimos en un mundo de cambios constantes, donde lo moderno y lo tradicional constantemente compiten por nuestra atención. Es precisamente en estos tiempos donde Dios llama al ser humano a rendirle homenaje y reconocerlo como el Creador de todo cuanto existe. El libro que tienes entre manos tiene como propósito llevarnos de regreso a lo fundamental, a la raíz de la mayordomía cristiana. Mediante un estudio del carácter de Dios y su obra creadora, podrás redescubrir el plan que Dios tiene para tu vida y cómo él espera que administres cada aspecto de tu vida, de manera más concreta:

- o Tu tiempo
- o Tus talentos y capacidades
- o Tus recursos financieros
- o Tu cuerpo, que es el templo del Espíritu Santo
- o La tierra que nos sirve como hogar

Al recorrer las páginas de esta obra obtendrás una mejor comprensión de la mayordomía bíblica y cómo esta te acerca al Dios del cielo. Un Dios que te ama y desea morar para siempre contigo.

Saúl Barceló Guerrero, ya jubilado, sirvió durante más de cuarenta años en distintas partes de México como pastor, departamental y administrador. Actualmente reside en Montemorelos, Nuevo León.

ISBN: 978-1-78665-568-4



9 781786 655684